

EMMA K. JOHNSON

A romantic couple is shown in a close embrace, kissing. The woman, on the left, has long dark hair and is wearing a white long-sleeved shirt. The man, on the right, has a beard and is wearing a dark suit jacket over a white shirt. He is holding a glass of amber liquid, likely whiskey. The background is a dark city skyline at night, with numerous lights from buildings and streets. The overall mood is intimate and romantic.

AHORA ERES  
MI JEFE

# Ahora Eres Mi Jefe

*por Emma K. Johnson*

Ésta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos residen únicamente en la imaginación del autor, y cualquier parecido con gente real, viva o muerta, es mera coincidencia.

Ninguna porción de este trabajo puede ser reproducida de ninguna manera sin el consentimiento previo del autor, con la excepción de propósitos editoriales y de reseña.

© 2020, Emma K. Johnson.

# **CONTENIDO**

[Capítulo 1.](#)

[Capítulo 2.](#)

[Capítulo 3.](#)

[Capítulo 4.](#)

[Capítulo 5.](#)

[Capítulo 6.](#)

[Capítulo 7.](#)

[Capítulo 8.](#)

[Capítulo 9.](#)

[Capítulo 10.](#)

[Capítulo 11.](#)

[Capítulo 12.](#)

[Capítulo 13.](#)

[Capítulo 14.](#)

[Capítulo 15.](#)

[Capítulo 16.](#)

[Capítulo 17.](#)

[Capítulo 18.](#)

[Capítulo 19.](#)

[Capítulo 20.](#)

[Capítulo 21.](#)

[Capítulo 22.](#)

[Capítulo 23.](#)

[Capítulo 24.](#)

[Capítulo 25.](#)

[Capítulo 26.](#)

[Capítulo 27.](#)

[Capítulo 28.](#)

[Capítulo 29.](#)

[Capítulo 30.](#)

[Capítulo 31.](#)

[Epílogo.](#)

[Agradecimientos y otras obras](#)

# Capítulo 1.

*Camila*

—Ah, café —dije para mí misma al inhalar el humo que emanaba de mi gigantesca taza de café antes de sentarme en la silla de mi escritorio. Cerré mis ojos tras darle un pequeño sorbo, y suspiré.

Por unos hermosos instantes no existieron los problemas que el imbécil de Norberto me causó, ni las deudas que había generado gracias al largo proceso legal que supuso el divorcio.

Facturas, abogado, comida... Todo desapareció en ese breve instante de explosión de sabor. Sólo existió el placer al dar esa probada a mi primera taza del día.

Abrí los ojos, dejé mi café junto al teclado de mi ordenador, y miré la pantalla donde tenía abiertos mis correos electrónicos más recientes.

“*De vuelta a la realidad, Cami,*” pensé al mismo tiempo que la calidez de mi bebida se extendió dentro de mi pecho y bajó hacia mi estómago.

Mi corazón se aceleró al ver el correo de la señora Armendáriz, la encargada de los Jardines San Cristóbal.

La emoción desapareció de un plumazo cuando leí que tenía intención de elevar los precios a los que ya habíamos acordado para el día de campo de la compañía.

—¡Hija de su puta madre! —murmuré al escribirle la respuesta a su correo, donde le exigí de la forma más educada que no fuera una desgraciada, y le recordé que el Grupo Beringer había realizado su evento de primavera con ellos todos los años desde que abrieron.

Sonreí al terminar de escribir, y luego vi la foto de mi padre que tenía en el escritorio. La tomé en mis manos y admiré lo bien que lucía con traje formal, siempre presentable como el mayordomo del fallecido señor Beringer.

“*Te extraño tanto, papá,*” pensé, asintiendo.

—¿Todo bien, Cami? —preguntaron detrás de la pantalla de mi ordenador. Levanté la vista y Lorena me miraba mientras ella daba un trago a su vaso viajero gigante. El aroma que desprendía delató que se trataba de su acostumbrada bomba de azúcar disfrazada de capuchino.

—Sí —dije con una sonrisa—. Sólo... —coloqué la foto en su lugar— Recordando viejos tiempos.

Ella sonrió. —¿Cómo vas con la organización del día de campo?

“*¿Le digo que están poniéndose difíciles?*” pensé mientras respiraba profundo. —Está bajo control —le dije—. Yo te haré saber si surge algo.

—¿Y los avisos a personal?

—Tienes los borradores en tu correo esperando que les des un vistazo antes de enviarlos.

Lorena asintió y resopló. —Estoy segura que están bien —dijo como si aquello no fuera importante—. También necesito que organices una junta de la mesa directiva para la siguiente semana. Necesitamos nombrar a un nuevo presidente para la compañía cuanto antes.

—Dalo por hecho.

—¿Ya has desayunado? —preguntó con una pícara sonrisa y ojos entrecerrados.

Sonreí. Pasar el día con Lorena implicaba comida de los mejores restaurantes de la ciudad, facilidad para irnos a trabajar a su casa, estar cerca de Inés, y pasar el día con mi mejor amiga.

“*Y el vino, Camila,*” pensé, recordando la succulenta botella que nos terminamos el otro día.

—Ahora iré por una barrita energética —le dije.

Lorena entrecerró sus ojos. —¡Por eso estás tan flaca! ¡Eso no es un desayuno! —dijo— Espera que haga unas llamadas y nos vamos a desayunar bien.

—Lo que digas, jefa —dije antes de seguirla con la mirada hacia la puerta de su oficina que se encontraba detrás de mí.

“*¿Qué vestido más bonito!*” pensé al reparar en el traje verde oliva que traía puesto, muriéndome de la envidia de su metabolismo. Aquella mujer podía comer más que cualquier hombre que conocía, y jamás tendría gramos no deseados en ningún lado de su esbelta figura.

Hay que señalar que se mataba en el gimnasio todas las mañanas antes de llegar a la oficina. Gracias a Dios que con mi hija tengo un pretexto válido para no aceptar su invitación a hacerle compañía. ¡Ni siquiera Dios se levanta tan temprano!

Volví a centrar mi atención en la pantalla del ordenador. Abrí mis archivos de trabajo y puse manos a la obra para estar preparada cuando Lorena quisiera que nos fuéramos. No habían pasado ni cinco minutos cuando escuché sus tacones andar a toda velocidad a su puerta.

Miré hacia su oficina y ahí estaba parada bajo el umbral, con los brazos cruzados y su rostro como si hubiera visto un fantasma.

—¿Qué ha pasado? —pregunté un poco alterada.

Lorena se acercó a mi mesa y se apoyó en ella, miró hacia ambos lados, y luego a mí.

—Me acaban de llamar de recepción —dijo—. Thomas Beringer está aquí.

Mi corazón se detuvo un instante antes de estrellarse contra mis costillas, intentando escapar de mi cuerpo. Me costó respirar, como si acabara de recibir un puñetazo en el estómago.

—¿Thomas está aquí?

—¡A menos que la recepcionista me esté gastando una broma! —dijo Lorena— Sí la veo capaz. ¿Recuerdas el año pasado cuando me dijo...?

—¡Lore, concéntrate! —la interrumpí— ¿A qué estás esperando? ¡Ve a recepción!

—No sé —dijo, enderezándose.

Me levanté. —No puedes dejarlo esperando —dije—, ¿te imaginas que sí es él?

—No, yo sé que no —dijo—. Pero... pensé que llamaría al móvil o que iría a buscarme a mi casa o... ¡Mierda!

—Bueno, ¿caso tiene tu número o sabe dónde vives?

Lorena estaba boquiabierta y apuntó a mi rostro con su dedo índice. —¿No? —dijo— ¿O sí lo tendrá? Mierda, no recuerdo si le puse mis datos en la carta que le envié.

“*¿Por qué está tan nerviosa?*” pensé, tratando de aguantarme la risa. “*Ella no fue la que se acostó con él la noche antes de que se largara de Ciudad del Sol.*”

Forcé una sonrisa y respiré profundo. Lorena ajustó su vestido y asintió rápido antes de girarse hacia mí.

—Acompáñame —dijo.

—¿Qué?

—Acompáñame.

Apreté mis dientes y sonreí todo lo que pude buscando la manera de librarme de aquella situación.

—Anda —dijo—. Necesito apoyo.

Apreté mis labios y respiré profundo. Mi maldito cerebro no me ofreció ninguna excusa para negarme. —Vale, te acompaño —le dije a regañadientes, aunque con la rapidez a la que iba creo que ni me escuchó.

Cogimos el ascensor hasta la planta baja, y caminamos hacia el vestíbulo.

Recordé el rostro juguetón y creído de Thomas. Se parecía muchísimo a su padre en aquellos tiempos: igual de delgado, casi esquelético, pero siempre rebosaba tanta energía que contagiaba a todos a su alrededor.

Volví a emocionarme como en los tiempos de mi adolescencia cuando Thomas, Lorena, y yo éramos los mejores amigos antes que él y yo empezáramos a sentir algo el uno por el otro.

Lorena iba delante de mí cuando entramos al vestíbulo. Vi a dos personas frente al escritorio de la recepcionista: una rubia trajeada sentada en uno de los sofás situados junto a las puertas leyendo algo de su móvil, y un hombre con las manos puestas en las caderas mirando por la ventana.

Tuve que esforzarme por no quedarme boquiabierto cuando el hombre giró y pudimos verle la cara. Dios, parecía Thomas, pero tenía un aire muy distinto al que le había conocido. Era alto, y llevaba unos vaqueros y camisa negra ajustados que trataban, en vano, de ocultar un cuerpo digno de un atleta olímpico.

—Buenos días —saludó Lorena.

El hombre la miró al rostro y respiró profundo. Su mirada penetrante e intimidante duró unos instantes antes de sonreír, lo que provocó que mi interior vibrase al reconocer su encantadora mueca.

—Buenos días, cariño —dijo despacio con una voz grave y rasposa que me erizó la piel.

Lorena alzó la mandíbula y rio. —¿Cariño? —dijo entre risas— No me reconoces, ¿verdad?

Thomas dio un paso hacia ella, la miró a los ojos sin quitar la sonrisa de sus labios, y luego asintió.

—¿Cómo demonios olvidaría el rostro de mi mejor amiga? —dijo Thomas antes de darle un fuerte abrazo a Lorena, quien le correspondió con la misma efusividad— Lore, te ves fantástica.

—Cállate —dijo Lorena al separarse de él.

—Mujer, ese cuerpo no se mantiene así sólo a base de dietas —dijo, mirándola de arriba abajo con absoluto descaro—. Tu marido es un hombre con muchísima suerte.

—¿Cómo sabes que estoy casada? —preguntó.

Thomas cogió su mano izquierda y acarició la alianza de matrimonio de Lorena. —Sigo teniendo ojo de halcón para las casadas, cariño.

Lorena y yo soltamos una carcajada. —¡Sigues siendo el mismo imbécil! —dijo Lorena.

Thomas se movió a un lado para mirar quién se encontraba detrás de Lorena, y cuando sus ojos se posaron en los míos me quedé sin respiración.

—Camila —dijo, haciendo más grande su increíble sonrisa—. Guau.

Me entró una risa tonta de esas imposible de parar. No entendí por qué me sorprendió tanto que me hubiese reconocido tan rápido.

“*Demonios, Cami, contrólate,*” pensé.

—Hola, Thomas —le saludé entre risas—. Veo que te has alimentado bien durante este tiempo.

—¿Quién? ¿Yo? —dijo, levantando sus brazos y flexionando sus bíceps mientras los miraba— Para nada, estoy adelgazando de lo mal que estoy comiendo.

La rubia sentada en uno de los sillones soltó una carcajada. —¡Lo dice el que se comió un pollo entero anoche! —dijo.

Todos nos giramos para mirarla y ella sonrió mientras nos saludaba con la mano.

—Chicas, ella es Lexi —dijo Thomas—. Viene conmigo.

“*Era de esperarse,*” pensé al verla y sonreírle. “*Thomas no iba a estar soltero.*”

—De hecho... —Lexi se puso de pie y le mostró la pantalla apagada de su teléfono— Bebé, necesito irme si he de llegar a tiempo a la reunión que mi jefe...

“*¡Joder, es altísima!*” pensé al caer en cuenta que yo apenas le llegaría al hombro, pero Thomas era de su estatura.

Thomas sacó unas llaves de su bolsillo. —¿Necesitas llevarte el coche?

—Tomaré un taxi —dijo, apoyando una mano en su brazo mientras nos miraba a Lorena y a mí—. Encantada de conocelras, espero que podamos juntarnos para que me cuenten historias vergonzosas de la niñez de este hombre. Quiero saberlo *todo*.

—Eso no va a pasar, cariño —dijo Thomas, mientras la veía salir del vestíbulo.

Me di cuenta demasiado tarde que me mordía el labio inferior al fijarme en su abdomen que, aún bajo esa camisa, podía notarse lo cincelado que estaba. “*Joder, qué bueno está.*”

Me giré hacia Lorena y la pillé sonriendo al observarme.

—¿Estás bien? —susurró, arqueando una ceja.

—Sí —le susurré—. ¿Por qué no iba a estarlo?

Lorena sonrió. —Porque tus mejillas están sonrojadas —susurró.

Thomas regresó con nosotras y puso sus manos en sus caderas. —Vine tan pronto me entregaron la carta que me escribiste —dijo despacio a Lorena—. Pero olvidaste poner un teléfono de contacto para poder llamarte.

Lorena soltó una carcajada. —¡Lo sabía! —dijo Lorena.

Él negó con la cabeza y me miró. —¿Y tú eres su... asistente?

—No —dije—. Bueno, sí, de momento. Trabajo en relaciones laborales, pero desde que tu padre falleció ayudo a Lorena cuando lo necesita.

—Que es todos los días —dijo Lorena entre risas antes de taparse la boca— ¡Mierda! —exclamó, poniendo sus manos en los hombros de él— Thomas, yo... Lo siento, lo de tu padre...

Thomas asintió y sonrió. —Estoy encantado de volver a verlas —dijo, ampliando su sonrisa—. Joder, ¿cuánto tiempo ha pasado?

—Doce años —dije sin pararme a pensarlo, como si le hubiera tirado una piedra en su frente.

Thomas me miró a los ojos, y pude ver que captó el resentimiento que le tenía por haberse ido como lo hizo.

—Vamos a la oficina —dijo Lorena, abriendo la puerta del vestíbulo, pero se detuvo y miró a Thomas— Tenemos mucho de qué hablar.

—Sí —dijo Thomas al entrar, luego volteó y sostuvo la puerta para que Lorena y yo pasáramos—. Yo las sigo.

Caminé junto a Lorena, y mi garganta se cerró cuando entramos en el ascensor. Me vino el aroma embriagador de la loción de Thomas y mi interior se volvió loco. Tenía calor, hambre, deseo, un cúmulo de cosas que no pude identificar que estaba sintiendo o si lo estaba disfrutando.

Pero sentía algo. Maldita sea, sentía algo.

Y lo peor es que me encantaba. Hacía mucho tiempo que no me sentía así.

Él seguía teniendo esa sonrisa juguetona y todavía me retorció el estómago como lo hacía aquellos años cuando yo recién había cumplido mi mayoría de edad, y el destino quiso que él dejara de verme como una amiga y me viera como me estaba mirando de reojo en aquel momento.

—Necesito terminar unas cosas —le dije a Lorena cuando salimos del ascensor.

Lorena miró a Thomas y luego a mí.

“*Por favor no me obligues a acompañarlos,*” pensé, como si Lorena fuera capaz de leer mi mente.

—¡Vale! —dijo, esforzando una sonrisa— Cuando termines me avisas para...

—Sí —la interrumpí, luego miré a los ojos a Thomas y traté de sostenerle la mirada, pero un instante bastó para que mis defensas cayeran y mis labios dibujaran la más grande sonrisa que podrían dibujar—. Encantada de volverte a ver, Thomas.

—Yo también... Camila —dijo con una sinceridad aplastante que paró los engranes dentro de mi cabeza.

No sé qué mala influencia se apoderó de mí que me acerqué a él, me puse de puntillas, y le di un rápido beso en la mejilla antes de darme la vuelta y alejarme de ellos tan rápido como pude.

Me dejé caer en mi silla, y seguí con la mirada a Lorena y Thomas hasta que entraron a la oficina que había pertenecido al señor Beringer.

“*Estás en problemas, Camila*” pensé, suspirando. “*¿Por qué me tiene que poner así? ¿Por qué!*”

## Capítulo 2.

*Thomas*

“*Qué guapa está,*” pensé al dar unos pasos dentro de la oficina. Todavía tenía la imagen de Camila fresca en mi memoria.

Noté de reojo a Lorena pasar junto a mí mientras me quedaba a unos pasos de la entrada mirando alrededor de la oficina.

“*Lore tampoco se mira nada mal,*” pensé. Al parecer los problemas de peso que ella había tenido en la adolescencia quedaron muy atrás. Se miraba espectacular.

“*Igual que Camila,*” pensé al imaginar a Cami allá afuera, con esa blusa color melocotón y falda blanca tratando sin éxito de ocultar aquel cuerpo que seguro invadía la cabeza de todo hombre que la miraba. Y cuando recordé esos ojos suyos mi corazón aceleró su latir sin control alguno.

Di un paso dentro de la oficina y miré los muros tapizado de galardones entregados a mi padre por distintas organizaciones de beneficencia, y una que otra foto suya dando la mano a algún político u hombre de negocios importante.

“*Qué casualidad que en las fotos con mujeres sale más sonriente,*” pensé, respirando profundo. “*Sin duda lo canalla lo heredé de él.*”

Caminé hacia la mesa larga que tenía contra la pared, llena de recuerdos de sus viajes y regalos que le habían dado. Destacaban un bate firmado, algunos balones de fútbol, un par de cascos de fútbol americano, y una pelota de béisbol.

Al caminar junto a la mesa noté la alfombra bajo mis pies. Se sentía acolchada, como si estuviera caminando encima de lujosas pieles.

“*De seguro se descalzaba como cuando trabajaba en casa.*”

Cogí una foto en la mesa que llamó mi atención: la foto de bodas de mi padre y mi madre. Parecía recién impresa, y el marco se miraba más nuevo que muchas fotos colgadas en el muro.

—No recuerdo la última vez que entré a esta oficina —dije, mirando la foto de mi madre y mi padre sonriendo—. Debía estar en primaria o secundaria. Aún tenía ganas de pasar tiempo con él.

—Lamento que no hayan tenido oportunidad de reconciliarse, Thomas —dijo Lorena.

Resoplé mientras pasaba mi mano encima de la imagen de mi madre, siendo lo más cercano que podría volverla a tocar.

—Sí lo hicimos, Lore —le dije, mirando los ojos de mi madre en la foto—. Hace unos cinco años estaba en Washington para una ceremonia de entrega de medallas en la Casa Blanca, y cuando terminó ahí estaba, esperándome junto...

Me detuve y miré un periódico militar enmarcado en la pared. El titular decía: Líder terrorista llevado a la justicia.

Reconocí la foto que acompañaba el titular pues me la habían tomado con mi unidad junto con el prisionero un par de años atrás.

—¿Cuándo...? —pregunté, apuntando al periódico.

Lorena rio. —Aunque no lo creas tu papá jamás te perdió el rastro —dijo—. Tampoco eras

difícil de seguir, eras un... ¿capitán? ¿teniente?

—Comandante —corregí, mirando el periódico con una sonrisa—. Conque así es como supo dónde encontrarme.

—Estaba muy orgulloso de ti —dijo Lorena, y mi garganta se cerró un poco al escucharla—. A cada rato te presumía a sus socios y a los clientes. “Mi hijo, el héroe de guerra,” decía.

Solté una carcajada. —Demonios, ¿de verdad?

Ella rio. —¡Claro! —dijo— Lo mencioné en los miles de correos electrónicos que nos enviábamos para mantenernos en contacto... —cerré mis ojos y negué con la cabeza mientras giraba a verla acercarse a mí— Espera —acomodó un puñetazo en mi hombro— ¡Nunca me mandaste ningún correo! ¡Ni una puta señal de humo!

“*No la culpo por estar molesta,*” pensé, frotándome el lugar de impacto. —Lo siento, Lore —dije—. Eras mi mejor amiga. Merecías al menos una llamada. Te lo compensaré.

Lorena torció sus labios y asintió. —¿Entonces tú papá te buscó?

—Hablamos esa noche —dije, metiendo mis manos en los bolsillos de mis vaqueros—. Le dije lo que tenía que decirle, lo que pensaba de él. Me dio su explicación, trató de convencerme que regresara y le diera un uso a esa carrera que me pagó en la escuela de negocios de Harvard.

—No pudo —dijo Lorena entre risas.

—No —dije—. Y lo aceptó.

Reí al tomar una pelota de béisbol firmada. —Antes de salir a una misión me decía “le llamaré cuando regrese,” y cuando lo olvidaba me decía “lo llamaré después.”

—Y cuando menos lo esperabas ya habían pasado los años y te enteraste que había muerto —dijo Lorena.

“*Sigue doliendo como un puñetazo en el estómago.*” Respiré profundo. —Sí —dije—. Cuando mi oficial al mando me entregó tu carta y la leí no lo podía creer.

—Lamento tanto tu pérdida, Thomas.

Me acerqué a ella. —Este lugar aún huele a esos puros que le encantaban —dije, dejando la pelota en su lugar—. ¿El doctor nunca le dijo que debía dejarlo?

Lorena rio. —¿Me creerías si te dijera que lo intentó?

—En absoluto —dije, caminando hacia su escrito y abriendo sus cajones, encontrando la caja con los habanos y sonriendo.

Ella rio, y aquello fue un sonido familiar que regresó mi mente a mi juventud cuando Lorena, Camila, y yo pasábamos las tardes en la caseta de la piscina jugando videojuegos o viendo alguna peli.

Puse mi mano abierta encima del monitor de su ordenador.

—Vayamos al grano, ¿sí? —le dije a Lorena, mirando fuera de la ventana hacia el estacionamiento del edificio del Grupo Beringer— Hay un par de cosas que quisiera recuperar de la mansión. Recuerdos de mi infancia y cosas así. Como eres el albacea supongo que tienes acceso a ella.

Giré y Lorena me miraba raro, como si hubiera dicho que el cielo era rojo o algo así. —Sí, claro que lo tengo, pero...

—¿Pero?

—Pero... —ella sacudió su cabeza— Thomas, ¿no lo sabes?

—¿Saber qué?

—Tu papá te dejó todo.

Aquella frase golpeó contra mí como un disparo enemigo en mi chaleco antibalas justo bajo el

plexo solar.

Lorena amplió su sonrisa al verme el rostro.

—¿Todo? —pregunté.

Lorena chasqueó la lengua. —Bueno —dijo—. Dejó pequeñas sumas de dinero a algunas personas: empleados de confianza, viejas amantes, a mí, a Camila...

—¿A Camila? —pregunté extrañado.

—Sí —dijo Lorena—. Su papá fue su mayordomo y administrador de la mansión. ¿Recuerdas? “*Cierto*,” pensé.

—Don Ezequiel falleció hace algunos años, y tu papá le dio trabajo a Camila cuando ella se divorció hace poco. Siempre la cuidó mucho.

—Ya veo —dije, asintiendo. “*Joder, tengo que ponerme al día*.”

—Pero son sumas pequeñas —dijo Lorena—. La más grande fue de doce millones y medio a una beneficencia.

Solté una carcajada. —¿Doce millones es una suma pequeña? —dije, cruzándome de brazos—  
¿En comparación con qué?

—Espera —dijo Lorena al sacar su móvil—. Por aquí tengo la cifra calculada —deslizó su dedo en la pantalla un par de veces—... ¡Aquí está!

Tomé su móvil y vi la cantidad.

—Que me lleve el diablo —dije, cubriéndome la boca.

—¿Por qué te sorprende tanto? —dijo Lorena— El Grupo Beringer maneja muchísimos productos energéticos, además de que nuestro centro técnico está desarrollando tecnologías que...

—No me sorprende la cantidad, Lore —le interrumpí—. Bueno, sí, un poco, pero me sorprende más que me lo haya dejado.

—¿Por qué?

—Porque... —miré al techo y sacudí mi cabeza—. Lorena, cuando arreglé las cosas con mi papá le dejé muy claro que, aunque ya no había resentimientos entre nosotros, no necesitaba de su dinero.

Lorena quedó boquiabierta. —No sé qué decirte, Thomas —dijo—. Su última revisión del testamento la hizo cuando se divorció hace unos meses, pero incluso entonces ya estabas declarado como su único heredero. Lo sé porque yo lo redacté.

Asentí y crucé mis brazos.

—Mañana hablaré al banco para poner sus cuentas a tu nombre —dijo—. Las cuentas locales no tomarán mucho tiempo, y tampoco sus acciones mayoritarias de la compañía, pero sus cuentas de inversiones y las ubicadas en el extranjero tomarán algo más de...

Levanté la mirada. —Espera, ¿acciones mayoritarias?

—Sí —dijo Lorena—. Tu padre dejó claro que quería que te quedaras con sus acciones del Grupo Beringer. Él era dueño del sesenta por ciento de las acciones, por lo tanto, eres el dueño de la compañía.

Solté una carcajada, pero al ver que Lorena no reía dejé de hacerlo.

—¿Es en serio? —pregunté.

—Sí —dijo Lorena—. En cuanto firmes el testamento serás el accionista mayoritario del Grupo Beringer —Ella se detuvo un momento y quedó boquiabierta— ¡Joder, serás mi jefe!

—Lorena —pasé mis manos entre mi cabello—. No tengo el mínimo interés en hacerme cargo de la compañía.

—¿Qué dices? —exclamó.

—¡No! —dije— Lorena, no soy un hombre de negocios. Soy un soldado.

—Pero estudiaste administración en Harvard —dijo Lorena sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su indignación—, y te graduaste con honores. ¡Pasaste dos veranos en Carvalho Capital!

—¡Eso fue para restregárselo al viejo en su cara! —le dije— ¡Estaba enojado con él! ¡Cuando me gradué me alisté y...! —puse mis manos en mis caderas— ¿Habría alguien que le interese comprar mis acciones en la compañía?

Lorena quedó estupefacta, como si le hubieran dado una bofetada.

—Thomas —dijo Lorena—, esta compañía...

—Lo sé.

—Es el legado de tu padre.

—Lo sé.

—Y te lo confío a ti.

Gruñí. —No lo quiero —le dije—. Él lo sabía.

Podía palpar la decepción emanando de los ojos de Lorena, que movía su cabeza de lado a lado.

—No sé qué decir —dijo.

Suspiré. —¿Me ayudarás a encontrar un comprador, o grupo de compradores?

Ella asintió. —Si es lo que quieres —dijo titubeando.

—Lo es.

—Entonces sí —dijo Lorena—. Haré algunas llamadas.

—Bien —dije, cruzándome de brazos—. ¿En dónde está el testamento para que lo firme? ¿O qué tengo que hacer?

Lorena apretó sus labios. —Está en la mansión, bajo llave —dijo—. Dame un par de horas para terminar algunas cosas.

—Toma tu tiempo, Lore —le dije—. Tengo hambre. Iré a comer algo y a... Procesar esto que acabas de decirme...

—¿Nos vemos en la mansión más tarde?

—¿A las dieciocho horas te parece bien?

—A las dieciocho... —Lorena murmuró mientras miraba hacia arriba.

Sonreí. —Son las seis de la tarde —dije—. Lo siento, cariño. Es hábito.

Lorena entrecerró los ojos y sacudió la cabeza. —Como sea. A esa hora está bien.

Caminé hacia la puerta y tomé el pomo, pero no lo giré.

—Lo siento, Lore.

—Hay tanto por lo que podrías estarte disculpando —dijo. No tuve que girar a verla para saber que estaba sonriendo.

—Por... haberme ido —dije. Levanté la mirada y me enfoqué en una mancha de la madera de la puerta—. Un amigo al menos se despide antes de irse.

Hubo silencio unos instantes. —Sí pudiste haber hecho eso, al menos.

Asentí. —Lo siento.

Escuché a Lorena acercarse. Giré a mi lado y la vi recargar su hombro contra la puerta y mirarme a la cara.

—Hay alguien más con quien deberías disculparte.

“Mierda,” pensé. —¿Con quién? —fingí demencia, pero la mirada que me lanzó me dejó saber que no se tragó mi actuación— Camila.

—Camila —confirmó—. Yo era tu amiga, pero ella estaba tan enamorada de ti...

—Lo sé.

—Y se acostaron, y al día siguiente hiciste un acto digno de Houdini.

Respiré profundo. —Sí que fui un tonto.

—No diría tonto —dijo Lorena, negando con la cabeza—. Queda mejor: idiota, patán, imbécil.

—Muy bien —dije entre risas.

—Desconsiderado, “hijo de puta” es muy popular —ella continuó.

Le cubrí la boca con mi mano. —Ya entendí —asentí y di un paso atrás para poder abrir la puerta.

—Pero ya no eres un niño —dijo, luego me miró de arriba abajo—. Ya eres bastante hombre como para al menos disculparte con ella. Estoy segura que lo agradecería.

—¿Cómo lo sabes?

Ella rio. —¿No notaste cómo te miraba hace unos momentos? —reí, y Lorena me miró de arriba abajo. —Nunca le había visto los ojos brillar tanto.

Resoplé. —Me disculparé con ella, pero nada más.

—Ah, ya veo —dijo Lorena—. La chica que te acompañaba es tu...

—¿Qué? —exclamé— ¡No! Es sólo una amiga.

—Entonces estás soltero —dijo Lorena, subiendo y bajando sus cejas.

Sonreí y abrí la puerta de la oficina. —Nos vemos más tarde, cariño.

Ella asintió, y todavía la escuché reírse mientras me alejaba.

Miré hacia un lado y alcancé a pillar a Camila hablando por el móvil. Tuve el breve impulso de despedirme de ella con la mano, el cuál contuve por unos instantes.

Hasta que levantó la vista. Seguía hablando, y yo no podía quitarle la mirada de encima.

Levanté mi mano, sonreí, y la agité un instante antes de girar y salir de ahí.

Mi corazón palpitaba como si estuviera por tirarme de paracaídas en territorio enemigo. “*Brillante, Thomas,*” pensé, mirando directo al frente, moviendo la cabeza de lado a lado. “*¿Un saludo de mano? ¿Es en serio? De verdad eres el puto amo.*”

## Capítulo 3.

### *Camila*

“*Esto está todo mal,*” pensé al leer los formatos enviados de tiempo extra que debía revisar para Lorena mientras escuchaba por mi móvil las excusas sin sentido que el tipo me daba.

—Se lo he dicho muchas veces, señor Arteaga —le dije, amasándome la frente luego de apoyar mis codos en el escritorio—. Las salidas de las horas extras deben coincidir con sus...

—Camila, es sólo esta vez.

“*¿De dónde demonios contratan a estos idiotas?*,” pensé al aguantar la risa de su comentario.

—No —le dije—. Le hemos hecho saber a todos los supervisores lo mismo: Si no me trae esos formatos bien no se le pagara tiempo extra a su gente.

—Páseme a Lorena, por favor —dijo con tono fastidiado.

—Está en una reunión —le dije—. Si quiere cuando se desocupe le digo que se comunique con usted.

Alcé la mirada mientras escuchaba al sujeto parlotear. Quedé inmóvil al cruzar mirada con Thomas, quien de pronto sonrió y se despidió con su mano antes de girar e irse.

Resoplé, crucé mis brazos, apreté mis labios y respiré profundo.

—Al menos esta vez te despediste, tarado —refunfuñé, moviendo mi cabeza de lado a lado despacio.

—¿Disculpe? —escuché al teléfono.

“*¡Pinche Camila!*” pensé boquiabierta, mirando de lado a lado— Le pasaré su recado a Lorena, señor Arteaga. ¡Tenga lindo día!

Sacudí mi cabeza y aguanté la respiración mientras colgaba la llamada. Me cubrí la cara con mis manos y dejé salir la carcajada a todo lo que da.

—Joder, Camila, ¿por qué te enojas por eso? —susurré para mí misma.

—¿De qué te ríes? —preguntó una voz de chica— Cuéntame el chiste.

Descubrí mi rostro y vi a Lorena robándome una gomita de dulce del frasco que tenía en mi escritorio.

“*Buena pregunta,*” pensé al ponerme de pie. “*¿Por qué me río?*”

—Nada —le dije, aplacando mi falda por mis costados—. ¿Cómo te fue?

Lorena encogió sus hombros y apretó sus labios. —No sé.

—¿Cómo no vas a saber si estuviste ahí?

—Sí, pero... —Lorena se sentó en mi escritorio—. Era Thomas, tan claro como el agua, pero también era un completo extraño para mí, ¿sabes?

Asentí. —Han pasado doce años.

—Sí, lo sé —dijo—. Pero, vamos, la gente cambia y al mismo tiempo no cambia, ¿me entiendes?

Reí, y Lorena gruñó antes de arrojar otra gomita a su boca.

—Dicen que el ejército cambia a la gente —dije—. Quizá él cambió.

—Pensábamos que estaba loco cuando decía que quería ser un soldado mientras veíamos esas

películas de Rambo y de Salvando al Soldado Ryan y así —dijo Lorena, estirando su mano hacia mi frasco de gomitas—. Resulta que sí estaba hablando en serio.

—Su obsesión con La Chaqueta Metálica debió haber sido un indicador —dije, asintiendo.

Lorena comió otra gomita, y ya no pude contener mi deseo de saborear una. En cuanto la eché a mi boca Lorena sonrió y me miró a los ojos.

—Joder, qué bien se veía —dijo.

—¿La gomita? Siempre. Las rojas son mis favoritas.

—No, tonta —dijo sonriendo—. Thomas.

Gemí, y no por el delicioso sabor cereza de mi dulce. —No hace falta que lo digas.

—¿Viste sus...? —dijo Lorena, levantando sus brazos y flexionándolos.

Reí y asentí. —No inventes, un brazo suyo es como una pierna mía.

—¡Ni lo digas! —dijo— Y ese trasero —Lorena cerró sus ojos y emitió un quejido—. Joder, parecía de película.

—Él ya tenía buen trasero cuando se fue —le dije.

Lorena miró hacia arriba y asintió. —Sí es cierto —dijo—. Estaba flaco, pero no desnalgado.

Ambas suspiramos y luego reímos un poco.

—¿Él está bien? —pregunté.

—Sí, parece estarlo —dijo—. Le sorprendió que su papá le dejara todo.

Asentí. —Mi papá me contó que Don Mathías le dijo a Thomas que si se iba no le daría nada. Quizá todavía tenía esa idea.

Lorena tomó otra gomita de mi frasco, y luego lo cerró y deslizó en mi dirección. —Quítame estas cosas —dijo—. Escóndelas. Tíralas al fondo del mar. Quémalas y tira las cenizas por el inodoro.

—¡Llévate el frasco! —le dije con una mueca— Tengo más en la casa.

—¡No! —exclamó— ¡Si me llevo el frasco me lo acabo en un minuto!

Reí, lo tomé, y guardé dentro de uno de mis cajones.

Lorena suspiró mientras rodeaba mi escritorio, y me abrazó con calidez exagerada.

—Quería preguntarte algo —dijo, soltándome y dando un paso a un lado.

—Dime.

—¿Tienes planes para esta tarde?

Miré hacia arriba. —Tengo que ayudarle a Inés con esa maqueta que tiene que llevar a la escuela el viernes.

—¿Hoy? —exclamó— ¡Es martes!

—No a todos nos gusta hacer las cosas a últimos minutos —le regañé—. ¿Por qué?

—Quería que me acompañaras a la mansión en la tarde.

—¿A qué? —contesté sin pensar. Lorena me miró, y yo deduje rápido por qué— No, Lorena.

—Por favor.

—Es que... No sé.

—¿Cómo no sabes? —dijo—. Vamos, podemos...

Mi teléfono sonó, y cuando lo tomé en el escritorio le mostré a Lorena que la llamada venía de los juzgados familiares.

—No hemos terminado de hablar —dijo Lorena, apuntándome con el dedo.

Le saqué la lengua antes de contestar la llamada y alejarme unos pasos hacia la ventana.

—¿Diga? —vi que Lorena abrió mi cajón y sacó otra gomita del frasco.

—¿Señora Santana? —preguntó una mujer mientras aguantaba la risa.

—Sí, soy yo —contesté a regañadientes. Odiaba que me dijeran “señora.”

—Soy la trabajadora social asignada a su caso de custodia compartida con su exmarido.

Asentí. —¿En qué puedo ayudarle?

—Su exmarido llamó a nuestra oficina solicitando cita para una visita supervisada.

Miré afuera de la ventana, esperando ver cerdos volando. —De acuerdo —dije haciendo mi mejor esfuerzo por ocultar mi sorpresa.

—Para ello primero necesito abrir un expediente donde llevaré un registro de la relación que él tiene con su hija y con usted para en un futuro determinar si se puede cambiar el arreglo de custodia que usted y su exmarido han acordado.

“*Él no lo acordó, el juez se lo impuso,*” pensé con una sonrisa.

—Perfecto —dije—. Nada me daría más gusto que Norberto pasara más tiempo con su hija.

“*Demonios, Camila, ¿puedes oírte menos falsa?*” pensé, rascándome la nuca.

—Señora Santana —dijo la trabajadora, y me estremecí al escucharla—, ¿hay algo que necesitemos saber de su expareja para determinar si necesitamos tener protección policial en estas visitas?

—¿Qué? —moví mi cabeza de lado a lado— ¿Protección policial?

—¿Su esposo es alcohólico, drogadicto, maltratador... ?

Abrí mi boca a punto de decirle sobre su problema con el alcohol y su mal temperamento, pero luego recordé el rostro triste de Inés cuando le dije que ya no viviríamos en casa de su papá.

Respiré profundo. —No, señorita —le dije.

—Con todo respeto, señora Santana, no la escucho muy segura —dijo.

“*Mierda, soy una pésima mentirosa,*” pensé, sacudiendo mi cabeza. —Estoy segura —dije—. Norberto habrá sido un mal esposo, pero no un mal padre. Quiere mucho a nuestra hija.

La trabajadora social suspiró mientras anotaba algo, o al menos así se escuchaba.

—De acuerdo, señora Santana —dijo—. ¿Hay algún lugar donde prefiera que se dieran las visitas? ¿En su casa? ¿En la de su exmarido? ¿Aquí en los juzgados?

—Estaría usted presente, ¿correcto?

—Así es.

—En casa de él.

—¿Y gustaría estar presente?

Suspiré. —¿Hay algún problema si lo pienso? No estoy segura si quisiera.

—En absoluto, señora Santana —dijo—. Me comunicaré con usted una vez que hayamos acordado con el señor Hueso el día de su visita. Solemos sugerir que las visitas sean los fines de semana.

—Sí, está bien.

—Encantada de hablar con usted, señora Santana.

“*¡Ya deje de decirme señora!*” pensé. —Igualmente. Lindo día.

Colgué y presioné la orilla de mi móvil contra mi labio, y pensé en cómo reaccionaría Inés al decirle que podría ver a su padre en los siguientes días.

Regresé a mi escritorio y vi a Lorena usando mi ordenador con el frasco de gomitas en su regazo. Puse mis manos en mis caderas y ella volteó a verme.

—¿Todo bien? —preguntó sin quitar la vista de la pantalla.

—Sí —dije, sonriendo, mirando el frasco en sus piernas—, ¿está rico tu desayuno?

Lorena tomó el frasco, lo cerró, y metió en el cajón. —Nueva política de la compañía —dijo—: Prohibidos los dulces de gomitas. Son más adictivos que la cocaína.

Rodeé el escritorio y conecté mi móvil a su cargador. Miré de reojo la pantalla de mi ordenador y quedé boquiabierta.

—¿Qué estás viendo?! —le pregunté a Lorena.

—¿Qué parece?

—¡La página de redes sociales de Thomas! —dije.

—Sí —dijo—. Aceptó la solicitud de amistad en un instante.

“*Hija de tu reputísima madre,*” pensé. —¿Le mandaste una solicitud?! —le regañé.

—Tenía todo en privado, por eso no podíamos ver nada —dijo como si nada—. ¿Qué debía hacer?

—¡Conectarte con tu perfil! —le dije— ¡No del mío!

Lorena soltó una carcajada. —¿Usé el tuyo? ¡Dios mío! ¡Qué irá a pensar de ti!

Entrecerré los ojos y miré la franja en la parte superior de la página. La foto de Lorena estaba en la esquina, indicando que estaba en su perfil.

—Tarada, me provocarás un infarto —le dije.

—Verte entrar en pánico así me alegró el día, ¿sabes?

—Eres una maldita —le dije, dándole un manotazo en su brazo. Ella se levantó de mi silla y yo me senté.

Miré la foto en la pantalla de Thomas vestido con un pantalón de estampado de camuflaje oscuro, rodeado por otros soldados con la misma vestimenta.

—Mira esta —dijo Lorena, girando la ruedita del ratón, y la foto cambió a una donde Thomas estaba en una playa con una pose de Superman. Sin camisa, y sólo una trusa verde oscuro cubriéndole.

“*Definitivamente ha hecho mucho ejercicio,*” pensé, recargando un codo en mi escritorio, y recordé la petición de Lorena sobre acompañarla a la mansión más tarde.

—Lo pensaré —le dije a Lorena.

—Ay, cariño, te aseguro que varias de aquí que lo vieron lo van a pensar —dijo Lorena.

—¡No, tarada! —le regañé— Lo de acompañarte a la mansión.

Suspiré y miré otra foto con Thomas colgado de un tubo, presumiendo sus abdominales de acero. “*Lo otro también lo pensaré. Dios mío.*”

## Capítulo 4.

*Thomas*

—... y luego le dije: si así protege la información de sus clientes, no me imagino lo fácil que será hackear sus servidores —dijo Lexi entre risas con su copa casi vacía en su mano. Casi gritaba, pues el bar se escuchaba mucho más concurrido de lo que estaba.

Sonreí y di un sorbo de mi bebida. Chasqué mi lengua y miré la delgada capa de whisky que aún me quedaba en el fondo del vaso, y me perdí pensando en esa mirada tan llena de energía de Camila.

Y claro que eso me llevó a pensar en los rasgos de su rostro que quedó grabado en mis pensamientos, para después sonreír como bobo al pensar en su físico.

“*Se miraba buenísima,*” pensé.

—¡Y por cierto! —alcancé a escuchar a Lexi— Dora y yo hemos decidido invitar a un hombre a nuestra cama, y nos gustaría que fueras tú.

Me tomó unos momentos procesar aquellas palabras, demasiado increíbles para ser verdad.

—¿Qué acabas de decir? —pregunté aguantando una risa nerviosa.

Lexi acomodó un certero puñetazo en mi pecho. —¡Claro! ¡A eso sí pones atención!

Solté una carcajada mientras frotaba donde me había golpeado. —Lo siento, cariño. Hoy no estoy en mi mejor momento.

Lexi puso su mano encima de mi antebrazo. —Hablemos de eso.

—No.

—Tú eres quien me dijo que hay que hablar de la mierda que nos preocupa, porque si no se queda atascada en nuestro interior y nos pudre por dentro.

—¿Cuándo te dije eso?

—Kandahar —contestó Lexi, haciéndole una seña al mesero que requeríamos más bebida—. Justo después del asunto de Salah Darzi.

—Sí, ese fue un día de mierda —dije, tomando mi vaso relleno.

—Hoy no pudo haber sido igual.

—Fue... raro —dije, sonriendo, mirando la ventana detrás de Lexi hacia la calle con el tráfico de media tarde—. Entré a esa oficina y esperaba encontrar a mi viejo en su escritorio con sus gafas puestas y su puro encendido a un lado de su ordenador. Y cuando no lo encontré...

—Te entiendo —dijo Lexi tras suspirar—. Todavía voy a casa esperando que mi mamá abra la puerta cuando toco.

—¿Todavía?

Lexi asintió. —Sólo aprendes a vivir con ello —dijo antes de dar un sorbo a su vino—. Crecer es una mierda.

—¿Crecer?

—¡Sí! —dijo Lexi— La triste realidad es que el tiempo es un rival invicto, y ya estamos llegando a la edad en que el tiempo se irá llevando a nuestros seres queridos uno por uno. Al menos tú arreglaste las cosas con tu viejo. Mi mamá murió antes de que yo saliera del armario.

—Sí, supongo que puedo estar agradecido por eso.

—Y por muchas cosas más, bebé —dijo Lexi, metiendo su mano dentro del bolsillo de mi pantalón.

—¡Oye! ¡Oye! ¿Aquí, cariño? —dije con una mueca coqueta.

—Ay, bebé, ya quisieras ser tan afortunado —dijo, sacando mi teléfono—. Quiero ver ese número otra vez.

—Demonios, Lexi.

—¡Ave María, Madre Santísima de nuestro Salvador! —gritó Lexi cuando de seguro vio el mensaje de texto de Lorena indicándome el saldo de mi nueva cuenta— ¡Bebé, tú vas a pagar esta noche! ¿A qué diablos se dedica tu familia?

La miré tras darle un trago a mi whisky y dejar el vaso en la barra. —¿Mi apellido Beringer no es pista suficiente? Me decepcionas, cariño.

—¡Es como si mi apellido fuera Gates o Slim! —dijo— ¿Yo cómo iba a saber que Mathias Beringer era tu papá? Anda, dime qué hace la compañía de tu familia.

Me quedé en silencio, mirándola a los ojos. —¿Berposol? —le dije.

—¿La gasolina? —preguntó, y de pronto sus ojos se abrieron de par en par— ¿Eres dueño de Berposol?

—Y de otras compañías pertenecientes al Grupo Beringer —le dije, regresando mi atención a mi whisky.

Tomé lo que quedaba, miré al camarero y levanté mi vaso con una mano y con la otra le indiqué que sirviera otro trago para mí y para Lexi.

—¿Eso quiere decir que ya no tendré que preocuparme por ponerle gasolina al coche? —preguntó entre risas.

Reí. —Yo soy el dueño, tú no.

—¿Y acaso ser mejor amiga del dueño no me gana ciertos privilegios? —dijo sonriendo, dándome un puñetazo juguetón en el mismo lugar que unos instantes antes.

—Supongo que puedo conseguirte unos cupones.

Escuchamos una campanita de notificación. Lexi sacó su teléfono de la chaqueta que había dejado encima de la barra y sonrió.

—¿Dora? —le pregunté.

—Quiere saber cómo me fue en mi reunión —dijo suspirando.

Noté algo de preocupación en su rostro mientras le contestaba. —¿Todo bien con ella?

Lexi se sentó junto a mí y pegó su hombro al mío. —Creo que me pedirá matrimonio.

Arquee una ceja. —Sí sabe que eso significa pasar toda la vida contigo, ¿verdad?

—¡Calla, tarado! —dijo riendo— Encontré un anillo cuando empacaba para el viaje.

—Estoy feliz por ti —le dije.

—No sé qué haré cuando me lo pregunte —dijo Lexi.

—Decirle que sí, imagino.

—¡Obvio! —exclamó riendo.

—Entonces sí lo sabes.

Lexi gruñó y miró hacia arriba. —Tenía miedo que estar pensando en ello fuera a distraerme este día en la reunión que tuve.

Miré hacia enfrente y recordé mi propia reunión ese día. Joder, Lorena se veía fantástica.

Y Camila. Dios, Camila, cómo le hicieron bien los años. Sin duda se veía diferente, mayor, pero de una forma tal que quedó grabada en mi cabeza su caminar. Aún inclinaba su cabeza hacia

un lado cuando hablaba y estaba por reírse.

Y su sonrisa. Tan amplia, enmarcada con unos labios gruesos, rosas, y perfectos. Impecable, igual que doce años atrás.

Y sus ojos. Joder, esos ojos.

—Y luego metieron un caballo con la cara pintada a la sala de juntas —dijo Lexi, sacándome de mis pensamientos.

—Espera, ¿qué? —me giré a verla, y estaba sonriendo.

—¿A dónde te fuiste? —preguntó con tono juguetón antes de coger el vaso y darle un trago.

—A ningún lado —le dije, moviendo mi cabeza de lado a lado.

—¡Claro! —dijo Lexi— ¿Alguien de quien deba ponerse celosa Celeste?

—Celeste y yo ya no estamos juntos.

—¡Lo sabía! —dijo, dándome un puñetazo más en el pecho — Desde que te pregunté por ella en el avión y me diste evasivas lo sospeché.

—Tus poderes de observación son terribles —le dije sonriendo, frotándome el pecho—. Creo que eso me rompió una costilla.

—Ay, sana sana colita de rana —dijo Lexi, frotando fuerte mi pecho— ¿Entonces en quién pensabas?

—En nadie.

—¿La de las piernas largas y culo de campeonato? —le miré de reojo y tenía su mirada fija en mi rostro— ¿Qué? Como si tú no lo hubieras... ¡Oh! La de la blusa color melocotón.

“*Hija de la chingada,*” pensé, moviendo mi cabeza de lado a lado. —Se llama Camila.

Lexi bebía de su vaso y se atragantó al escucharme. —¿*Ella* es Camila?!

—¿Tú cómo sabes de Camila?

—Me hablaste de ella.

—¿Cuándo?

—Frankfurt —dijo—, luego de la operación Rubí del Desierto.

—No recuerdo habértelo dicho.

—Ay, bebé, si supieras todo lo que me has contado tras acabarte dos botellas de whisky tú solo —dijo entre risas.

Reí y terminé mi trago.

—Así que esa es Camila —dijo Lexi, sonriendo—. Nada mal, Beringer. Nada mal. ¿Cómo se veía en aquel entonces?

—Distinta.

—¿Cómo distinta?

—¿Tienes que ser tan entrometida?

—Tío, me gano la vida interrogando a la gente —dijo Lexi—. Ser entrometida es parte de mi formación profesional.

Me bajé de mi asiento, di un giro, tomé la barra con mis dos manos, y suspiré.

—¿Ya hablaste con el Coronel? —preguntó.

Gruñí. —Le llamaré mañana.

—¿Cuándo tienes que presentarte a la base?

—Dos semanas después de que aprueben mi solicitud de realistamiento, pero el coronel la tiene detenida hasta que yo esté listo —sacudí mi cabeza—. Maldita sea, Lexi, no esperaba esto.

—¿Quieres quedarte?

Reí y solté la barra. —No soy un hombre de negocios.

Ella apretó sus labios. —Quizá no lo seas, pero me consta que te ves increíble de traje.

—Vamos, Lexi.

Ella dio la vuelta y recargó sus codos en la barra, arqueando su espalda. No pude evitar voltear a ver de reojo sus pechos que parecían demasiado ajustados debajo de su blusa.

—¿Vamos qué? —dijo.

—Soy un soldado —dije, girando y recargando mi espalda contra la barra—. Mi trabajo es luchar por un mundo mejor. Siempre ha sido así.

—Okey —dijo Lexi, asintiendo—. Siguiendo tu lógica, quieres hacer del mundo un lugar mejor, ¿correcto?

—Correcto.

—Pero como soldado no decides con quién luchar —dijo Lexi, y luego rio un poco—. Seamos realistas, con el tarado al frente de nuestro país diciéndote a dónde ir y con quién pelear, ¿qué tan seguro estás de que haces un mundo mejor?

—Entiendo tu punto.

—Además, no eres inmortal —dijo Lexi—. La suerte se te puede acabar, la edad te puede alcanzar, o un combatiente enemigo podría tener un tiro de suerte y...

—Ya veo, ya veo.

—¡Pero! —dijo Lexi con una sonrisa— Si fueras dueño de un conglomerado internacional las posibilidades serían interminables.

Giré a verla. —¿Cómo?

—Independientemente de legislaciones de mierda y gobiernos incompetentes podrías asegurarte que tu compañía cuidara de la gente que trabaja para ti.

—¿Y para los que no?

—Existen beneficencias —dijo Lexi—, y como es tu dinero, tú decides qué tanto bien hacer con él.

Crucé mis brazos y asentí. —Tienes razón.

—Y eso que no estudié en Harvard —Lexi acomodó un codazo juguetón contra mi brazo.

—Llama la naturaleza —dije. Le indiqué al camarero con mis manos que sirviera otra ronda para mí y para Lexi. Di la vuelta y fui al baño.

Miré mi reflejo en el espejo del lavabo mientras me enjuagaba las manos, y sentí mi teléfono vibrar en el bolsillo de mi pantalón.

Una canción inició con una explosión, y cuando caí en cuenta de mí mismo ya estaba en cuclillas contra la pared, buscando mi rifle en el suelo. Mi corazón palpitaba rápido y fuerte, amenazando con romper mis costillas desde adentro, y mi frente estaba fresca del sudor frío que la cubría.

Cerré mis ojos y respiré profundo, concentrándome en el golpeteo de mi corazón y el temblar de mi mandíbula.

—Estás aquí, el infierno está allá —dije para mí mismo—. Estás aquí, el infierno está allá. Estás aquí, el infierno está allá.

Abrí mis ojos cuando mi corazón bajó su palpar. Me puse de pie, respiré profundo, y saqué el teléfono de mi pantalón.

Vi una notificación de comentario a una foto de mis redes sociales. La abrí y reí al ver que Lorena había visto una foto mía posando coquetamente junto a una escultura de una mujer desnuda.

—Qué gusto que sigas siendo el mismo tarado sinvergüenza —decía su comentario.

Abrí su perfil y vi algunas de sus fotos. Se veía feliz con el sujeto y la niña pequeña que la

abrazaban. Supuse que eran su marido e hija.

“*Me habría gustado acompañarla en su boda,*” pensé al mismo tiempo que mi corazón se detenía un instante.

Miré algunas otras fotos y me detuve al verla a ella y a Camila afuera de una casa abrazadas.

“*Qué bueno que siguieron siendo amigas,*” pensé, mirando el rostro de Camila.

Se veía un poco demacrada en esa foto, como si no hubiera dormido en semanas o hubiera estado llorando por mucho tiempo.

“*¿Habrá pasado algo?*”

Abrí el perfil de Camila, y vi su foto principal. Estaba feliz, sin duda, abrazando a una niña. No habría podido contener mi sonrisa si lo hubiera querido. Recordé que ella quería tener una hija cuando fuera más grande.

—Algunos sueños sí se cumplen—dije para mí mismo.

Puse mi dedo encima del botón que enviaría una solicitud de amistad. Antes de tocar la pantalla escuché un golpe y vidrio rompiéndose fuera del baño.

Metí mi teléfono en el bolsillo de mis vaqueros y salí corriendo del baño. Giré hacia Lexi y la encontré torciéndole el brazo a un sujeto con una mano mientras empujaba su rostro contra la barra.

—¡Suéltalo!—gritó un tipo que mantenía su distancia de Lexi.

—Hasta que pida una disculpa—dijo Lexi, luego empujó el brazo torcido del sujeto más hacia arriba, haciéndolo retorcerse del dolor.

—¿Qué está pasando aquí?—pregunté al acercarme a los dos amigos del sujeto.

—¡Esta perra loca atacó a nuestro amigo!

—Amigo... —le puse una mano en el hombro— No le digas “perro.”

Me giré a ver a Lexi. —¿Qué?—dijo— Me pellizcó el culo cuando pasó detrás de mí.

—¡Ah!—miré a sus amigos— Caballeros, a estas alturas de la vida deberían saber que no se debe tocar el cuerpo de una mujer sin su permiso.

—Entonces que esa perra no se vista así.

Respiré profundo. —Es la segunda vez que te lo pido, amigo —le dije, esforzando una sonrisa—. No le digas perro, y no te lo volveré a pedir.

—¿Quién es este tipo?—preguntó el otro amigo.

—Caballeros, pasará lo siguiente —les dije—. Mi amiga soltará a su amigo, él pagará el trago de ella, ustedes tres se disculparán, y se largarán de aquí.

Ambos sujetos rieron, y yo reí junto con ellos.

—Nos gustaría ver que tú —dijo uno de ellos, empujando la punta de su dedo índice sobre mi pecho— y esa *perro* nos obliguen.

Arqué una ceja y me giré hacia Lexi.

Ella encogió sus hombros y sonrió. —Con lo que heredaste puedes pagar nuestra fianza y un buen abogado, ¿no?

Asentí. Regresé mi atención a los dos sujetos frente a mí, y sonreí.

## Capítulo 5.

*Camila*

—Ahora sí creo que haya vuelto —dije mientras caminábamos hacia la puerta de la casa que Reyes usaba como consultorio, y había sido mi hogar y el de Inés desde que me separé de Norberto.

—Qué graciosa —dijo Lorena entre risas. Giré a verla y estaba sacudiendo su cabeza—. De verdad, no le tomó ni un par de horas meterse en problemas.

—¡Mamá! —gritó Inés mientras jalaba de mi blusa— ¡No compramos galletas!

Lorena, Reyes, y yo nos detuvimos, nos miramos a los ojos, y soltamos una carcajada.

—¡No es gracioso! —dijo Luciana, la hija adoptiva de Lorena y Reyes— ¡Lo prometieron!

—Y dijimos que no olvidaríamos llegar a la tienda a comprarlas —dijo Reyes, sacudiendo su cabeza—. Ustedes adelántense. Yo voy.

—Gracias, amor —dijo Lorena antes de besarle.

Vi a Reyes caminar rápido hasta el coche, y envidié un poco a Lorena el buen hombre con el que se había casado.

“*Si tan solo se arreglara esa nariz,*” pensé. “*¡Es sólo un tabique desviado!*”

Nadie dudaría de la felicidad que compartían Reyes, Lorena, y Luciana.

—¿Entonces no le levantarán cargos? —le pregunté a Lorena.

Me miró como si hubiera insultado lo más sagrado de su vida. —¿Que acaso no soy buena en mi trabajo?

Encogí mis hombros y reí. —¿Yo que sé? —suspiré— Estamos hablando de Thomas.

Subimos las escaleras hacia la entrada, y cuando abrí la puerta giré hacia la calle al escuchar un camión dar vuelta en la esquina. Reconocí el coche amarillo de modelo viejo estacionado en la esquina y mi estómago se hundió.

—No puede ser —dije para mí misma, pero no tan bajo como para que Lorena no me escuchara.

—¿Qué pasa? —ella miró en la misma dirección, y el hombre dentro del coche abrió la puerta y bajó— ¿Qué hace *él* aquí?

—Entra con Inés y Luciana, ¿sí? —le dije en voz baja, mirando a mi hija y asegurándome que ya hubiera entrado y no me viera alarmada.

Lorena me lanzó una mirada preocupada. —Estaré en la ventana con el móvil listo para llamar a la policía.

—Lore, eso no será necesario —le dije, poniendo mi mano encima de la suya—. Créeme. Él es molesto, no peligroso.

Mi amiga sacudió su cabeza, entró a la casa, y levantó su móvil a la altura de su rostro.

Sonreí y cerré la puerta detrás de ella. Respiré profundo antes de girar y bajar por las escaleras.

Para entonces Norberto estaba a unos metros de mí.

“*Con un demonio,*” pensé.

—Camila, mi vid...

—¿Qué demonios haces aquí, Norberto? —le dije, estampando mis manos abiertas contra su pecho, deteniéndole su andar.

Norberto puso sus manos en las caderas y respiró profundo. —Vine a ver a mi mujer y a mi hija —dijo con ese tonito autoritario que siempre ponía mis pelos de punta.

Suspiré y cerré mi ojos mientras rechinaba los dientes. —Norberto —lamenté, frotándome los párpados—. Entiende, por favor...

—¿Y esa faldita? —preguntó. Abrí los ojos y le noté clavando su mirada en mis piernas— Todos te verán el culo. ¿Es lo que...?

Solté una carcajada, y aquello pareció golpear a Norberto como si le hubiera dado una bofetada a su rostro. Trató de tomarme las manos, pero di un paso hacia atrás fuera de su alcance.

—¿De qué te...! —gritó, pero se detuvo y respiró profundo. Contuve la risa mientras él hacía su esfuerzo por no explotar.

—Camila, mi amor —dijo luego de unos respiros. Apuntó a mi rostro con su dedo índice— Soy tu marido, y me vas a respe...

—No, Norberto —le interrumpí dando un paso hacia él y acercando mi rostro al suyo, lanzándole toda mi ira en la mirada a sus ojos—, entiende de una buena vez: tú ya no eres mi esposo.

El sostuvo mi mirada. —Yo nunca te firmé el divorcio.

Negué con la cabeza. —¡Porque nunca te dignaste a aparecer ante el juez! —le dije— ¿Creías que podías ignorar las citaciones de la corte y me jodería yo? ¡Quien se jode eres tú! Aunque me haya costado un dineral valió la pena para ya no estar atada a ti.

Norberto acarició su boca y respiró profundo. —No me gusta que me hables así —dijo, luego apuntó hacia mi casa—. Es por tu amiga esa, que te metió ideas a la cabeza que estás hablando así.

—*Lorena* no me convenció de divorciarme de ti, grandísimo animal —le dije—. Eso lo hiciste tú con tus borracheras, y tus prohibiciones, y tus...

Me detuve. Respiré profundo y di un par de pasos hacia atrás. Estiré mi blusa hacia abajo y pasé mi mano entre mi cabello.

—Te felicito —le dije—. Has vuelto a hacerme caer en tu maldito juego.

—No estoy jugando, Camila.

—Y yo tampoco, Norberto —le dije, empujando mi dedo índice contra su pecho—. Si vuelves a aparecerte aquí sin avisar te juro que llamo a la policía y les cuento todo lo que sé de cómo mantienes a flote esa pocilga que llamas restaurante.

—¿Dejarías a tu hija sin padre, estúpida? —dijo, levantando su mano.

No me moví. Jamás me puso un dedo encima, pero me había amenazado con aquel gesto tantas veces que ya ni me hacía reaccionar.

—¡Oye! —escuché a Lorena gritar detrás de mí— ¡Te estoy grabando, imbécil! ¡Baja la mano y lárgate antes de que se me ocurra subir este video a redes sociales!

Norberto miró detrás de mí y respiró profundo. —Tengo derecho a ver a mi hija.

—Y no te lo estoy negando —le dije con mi voz a punto de quebrarse por aguantar el llanto—. Hoy hablé con la trabajadora social, y me dijo que te comunicaste para hacer una cita y ver a Inés. ¿Ves cómo sí...?

—Yo no necesito que un extraño supervise mi tiempo con mi hija —dijo—. Eso fue lo más humillante que he tenido que hacer en mi vida —acercó su mano a mi mentón y le hizo una rápida

caricia—, pero lo haré con tal de mostrarte que puedo cambiar para recuperar a mi familia.

Sonreí y asentí. —Claro, Norberto —le dije—. Claro.

—Lo haré —dijo, asintiendo—, y también te haré cambiar de opinión —dio un paso hacia atrás, sonrió, y apuntó su dedo al cielo—. No olvides que lo que Dios ha unido, no lo separa el hombre.

Crucé mis brazos mientras un escalofrío recorría toda mi espalda al verlo dar la vuelta y caminar hacia su coche.

—Mierda —dije, temblando un poco al dar la vuelta y caminar hacia mi casa. Apreté mi agarre de mis brazos, y cuando levanté la mirada Lorena me esperaba al subir las escaleras hacia la entrada.

—¿Estás bien? —preguntó, poniendo una mano en mi hombro.

—¿Las niñas? —pregunté mientras asentía, tensando mi rostro tanto como pude para evitar que salieran lágrimas. De ninguna manera iba a permitir que Inés me viera llorar.

—Pusieron una peli —dijo Lorena. —Cami, no tienes por qué aguantarlo —dijo Lorena—. Basta con que me lo digas y saco una orden de alejamiento para que te deje en paz.

“*Norberto no es el tipo de hombre que le intimide eso,*” pensé, pero sonreí y asentí. —Lo pensaré.

Lorena suspiró y entramos a la casa abrazadas. Dejé mis llaves encima del escritorio ante la entrada donde se sentaba la recepcionista de Reyes cuando abría su consultorio.

Escuché gritillos y luego carcajadas venir del fondo del pasillo donde Inés y Luciana veían la televisión.

—Necesito una cerveza —dije cuando entramos a la cocina— ¿Quieres una?

—Quiero algo más fuerte —dijo Lorena, luego atravesó el pasillo hacia la habitación que servía de consultorio para su marido.

Solté una carcajada al verla salir dando brinquetes con una botella de vodka en sus manos.

—¿Y eso? —pregunté.

—Reyes la guarda bajo llave en su escritorio para —dejó la botella e hizo la seña de comillas con sus dedos— “recuperarse de un paciente difícil.”

—¿No le molestará?

Lorena rio mientras sacaba un par de vasos de mi alacena. —Si se enoja le compro otra —dijo sin dudar—, que con lo que me dejó Don Mathias le puedo hasta comprar una destilería.

Solté una carcajada y la vi mientras servía nuestros tragos.

—¿Y tú qué planes tienes con lo que te dejó Don Mathias? —preguntó Lorena.

—Pagar deudas, y lo demás al banco y algunas inversiones —dije, tomando mi vaso y dándole vueltas entre mis manos—. Por fin podré liquidar lo que le debo al abogado.

—¡Eres una aburrida! —exclamó Lorena luego de dar un trago— ¿No quieres comprar coche? ¿Una casa? ¿Llevar a Inés a la playa o a Disney World o algo así?

—¡Claro que quiero! —exclamé— Pero tarde o temprano puedo pagar todo eso con mi trabajo. ¿Que si Inés quiere ser abogada como su tía Lorena? ¿Con ese dinero la mando a una buena universidad sin tener que vender mi riñón!

—¡Salud por eso! —dijo Lorena— Pero al menos date un gusto. Invierte en tu sanidad mental.

Escuchamos más carcajadas venir desde el fondo del pasillo, y sonreí. —Eso me mantiene sana, sabes.

Lorena suspiró. —Eso sí —dijo, terminando su trago—. Sabes, si Reyes traerá galletas podría convencerlo de que saque un porro o dos de su escondite.

—¡Estás loca! —le regañé— ¡Están las niñas!

—¡Cuando se duerman! —exclamó Lorena— Y dejamos que Reyes sólo fume un poco, y lo demás nosotras.

Reí y sacudí mi cabeza. —Entonces no irás a la mansión esta noche.

—¿Luego del rato tan agradable que me hizo pasar ese tarado en la comisaría? —dijo Lorena

— Le dije que podía esperar a mañana.

—Vale —dije entre risas.

Lorena alzó sus cejas y sonrió. —¿Por qué? ¿Acaso estás cambiando de opinión respecto a acompañarme?

—¿Qué? No.

—¡Anda! —dijo Lorena— Te prometo que vamos a Barb's Bistro a desayunar antes de ir a la mansión.

Sonreí y negué con la cabeza.

—Me preguntó por ti, sabes —dijo Lorena.

—Bien por él —le dije, aguantándome el retorcijón en mis entrañas exprimiendo mi aliento.

—¿No te interesa saber que la chica que le acompaña no es su pareja?

Reí. —En absoluto.

“*Se la ha de estar tirando, de todos modos.*”

—Entonces no te interesará saber que ella es homosexual.

—¿Y cómo sabrías eso?

—Estuvo hablando con su pareja en el asiento de atrás mientras los llevaba de la comisaría a su hotel —dijo Lorena, sirviendo más vodka en su vaso—, y Thomas me dijo que están por pedirle matrimonio.

—Estoy feliz por ella —dije, forzando una sonrisa.

—¡Contigo no se puede cotillear! —Lorena apretó sus labios y cruzó sus brazos.

—¡Para eso tienes a Reyes!

—¡Con él tampoco se puede! Siempre termina psicoanalizando lo que le estoy diciendo. Es lo desesperante de estar casada con un loquero.

Reí, y miré mi vaso vacío. Un calor extraño invadió mi pecho. Mis pensamientos divagaron hacia una época más sencilla de mi vida, cuando éramos sólo tres buenos amigos disfrutando de un verano en la mansión de Don Mathias Beringer.

—Lore —dejé el vaso en la mesa y la miré—. Quiero pedirte un favor en buen plan.

—Lo que quieras.

Respiré profundo. —Por favor no hagas bromas de Thomas y de mí, ¿va?

Lorena alzó sus cejas y apretó sus labios. —¿Puedo preguntar por qué?

—Aunque ya llevo un rato divorciada de Norberto sigo... —puse mi mano en mi pecho y respiré profundo— Ya sabes, ¿no?

—Ajá.

—Y ver a Thomas hoy... —sacudí mi cabeza—. No sé, me tiene mal, y no quiero sentirme así. Sólo quiero... No, *necesito* estar sola.

—Amiga, sólo lo hago jugando.

Sonreí. —Lo sé, pero me gustaría que dejaras de hacerlo.

Lorena asintió.

Estiré mi mano y tomé la suya. —Gracias, Lore.

Apretó su agarre de la mía un instante antes de soltarla. Tomé mi vaso y lo deslicé en su

dirección. Ella vertió más del licor en el vaso, y yo me encontré a mí misma pensando en él otra vez.

“*Maldita sea,*” pensé, tratando de sacarme la mirada de Thomas de la cabeza.

## Capítulo 6.

*Thomas*

—¡No me jodas! —exclamó Lexi al ver los portones artesanales de la mansión Beringer ante nosotros.

Mi padre siempre tuvo fascinación hacia las águilas, y aquellas aves de acero postradas encima de la reja miraban hacia abajo con tal realismo que no me habría sorprendido que alguna de ellas emprendiera el vuelo.

—¿Qué? —le pregunté a Lexi, que estaba boquiabierta.

—¿Aquí es?

—Sí.

—¡No me jodas! —dijo Lexi cuando las rejas se abrieron. Alcé la mirada a una de las cámaras instaladas encima del portón y saludé agradeciendo a quien haya abierto el portón para nosotros.

—Viví aquí hasta graduarme del bachillerato —le dije a Lexi mientras aceleraba el coche y subía por el camino hacia la mansión.

—Es mejor que la pocilga en la que viví —dijo Lexi, mirando fuera de la ventana.

El aroma a césped cortado y pino que sopló con la brisa fresca de la mañana entrando por las ventanas me hizo pensar que el camino ante mí me regresaba en el tiempo. Quizá nunca me había fijado en cuántos árboles había en la propiedad.

Detrás de todos ellos la alcancé a ver: la monstruosidad de dos plantas con cochera subterránea que había sido mi hogar.

Parecía una de esas mansiones sacadas de Francia en tiempos de cuando los hombres usaban aquellas ridículas pelucas grises y blancas que veía en las películas, rodeada por una fila de arbustos y rosales recortados a la perfección.

Suspiré al detenerme ante la puerta principal, y miré hacia ella esperando a que se abriese y me recibiera Ezequiel, el padre de Camila y mayordomo de mi padre desde que tenía memoria.

Pero en lugar de Ezequiel salió un hombre de tez blanca con cabeza rasurada, alrededor de mi edad, vestido con ese mismo traje que Ezequiel usó durante tantos años.

—Buenas noches, amo Thomas —me dijo cuando salí del coche—. La señorita Lorena nos avisó que vendría.

Suspiré mientras miraba la fachada de la vieja mansión, que parecía recién construida de lo bien cuidada que la tenían.

—Mi nombre es Dante, y estoy a sus órdenes.

—Gracias, Dante, quisiéramos...

—¿Qué es eso! —gritó Lexi.

Giré hacia ella, y seguí su mirada hasta la estatua a unos metros de la entrada.

—No puede ser —dije, mirando la gigantesca bola de pelos café y negros echada al pie de la fuente, levantando su cabeza y mirando en nuestra dirección—. ¿Atlas?

El perro levantó sus orejas, soltó un ladrido que pareció más un aullido, se levantó y trotó en mi dirección.

Me bajé a una rodilla, y abracé al animal como si fuera un oso gigantesco de peluche.

—¡Hijo de puta, cómo pesas! —exclamé entre risas cuando levantó sus patas frontales y las dejó caer encima de mis hombros para luego lamerme el rostro.

—¿Tienes un oso de mascota? —exclamó Lexi.

—Es un mastín tibetano —dije, rascando fuerte sus mejillas, sacándole un quejido a Atlas. Casi podía jurar que estaba sonriendo—. Tenía apenas un año cuando me fui. Joder, no pensé que mi padre fuera a quedarse con él... ¡O que creciera tanto!

—Su padre lo cuidaba mucho, amo Thomas —dijo Dante—. Ambos eran muy unidos. Desde que su padre falleció esto es lo más emocionado que le he visto.

Atlas bajó sus patas y tornó su atención a Lexi. Ella se acercó y estiró su mano a él para que la oliera. Cuando lo hizo, le rascó detrás de la oreja.

Atlas se levantó en sus patas traseras, y Lexi se carcajeó cuando él intentó derribarla. Pero ella le tomó las patas, las dejó sobre su pecho, y siguió rascándole detrás de las orejas.

—¡Eres un hermoso! —dijo Lexi— ¿Verdad que eres un hermoso? ¿Quién es un perro bello?

Yo sonreía cuando escuché un motor entre los árboles, indicando otro coche acercándose a la mansión.

Lorena estacionó su Mercedes detrás de mi coche y bajó. Atlas dejó a Lexi en paz y volteó a verla.

Pero no había dado dos pasos antes de que Lorena le apuntara con su dedo índice.

—¡Ah! ¡Ah! ¡No, Atlas! —gritó— ¡No brinques!

Lexi se acercó detrás de Atlas y le abrazó del cuello. —No le hables así —dijo—. Él sólo quiere cariño.

—Y mis zapatos —dijo Lorena—. Mis tacones han de ser los juguetes de perro más caros de la historia.

Puse mi mano encima del hombro del mayordomo. —¿Tienen para prepararnos un desayuno?

—Sí, amo Thomas...

—Deja de decirme “amo” —le interrumpí, luego respiré profundo—. “Señor” está bien.

—Puedo prepararles lo que gusten. ¿Hay algo en particular que deseen?

—¡Algo que podamos compartir con él! —gritó Lexi, hincada en el suelo frotando la barriga de un Atlas boca arriba— ¡Claro que te froto la panza, mi amor!

—Huevos estrellados con cualquier corte de carne que tengan a la mano —dije—, y algo para el perro y... —miré a Lorena.

Ella negó con la cabeza. —No, yo ya desayuné.

Dante entró a la mansión, y Lorena se acercó a mí de brazos cruzados.

—No se lo podrá quitar de encima —dijo, mirando a Lexi jugando con Atlas.

—Fue una agradable sorpresa verlo —dije, suspirando al recordar cuando mi padre lo trajo a la casa.

Lexi se levantó. —Exploraré el lugar con mi nuevo mejor amigo mientras está el desayuno.

Lorena y yo reímos al verla entrar a la casa seguida de Atlas.

—Hagamos esto, ¿sí? —le dije a Lorena.

Ella suspiró. —Claro —dijo.

Seguí a Lorena a través de las enormes puertas de madera abiertas de par en par de la entrada. El vestíbulo consistía de dos escaleras en semicírculo a los extremos hacia la planta alta, y rodeando un pequeña fuente que tenía hadas y aves pequeñas esculpidas alrededor de su base.

—No pensé que hubiera personal aun trabajando —le dije a Lorena.

—Mantuve a todo el personal en la nómina mientras encontraban una situación de empleo más clara a largo plazo —dijo.

—Estoy seguro que te lo agradecen.

—Es lo que tu papá habría querido —dijo, subiendo por las escaleras al lado derecho.

Tomé el pasamanos, y el mármol frío pulido a mano arrojó mi mente a algún recuerdo aleatorio en el que subía por esas mismas escaleras siendo un pequeño, en busca de mi padre encerrado en su oficina.

La misma oficina a la que seguí a Lorena tras llegar hasta arriba y llegar al fondo.

Al abrir esas puertas rojas fue como si volviera en el tiempo: los libreros llenos de los textos favoritos de mi padre y que yo mismo leí cuando lograba colarme adentro cubrían casi toda la pared opuesta a la puerta, excepto por el espacio destinado para una chimenea que parecía llevar tiempo sin ser encendida.

Tenía los mismos dos sillones de piel café mirándose frente a frente ubicados ante la chimenea, con una mesita entre ellos, y una alfombra artesanal debajo.

Al fondo, bajo un ventanal que encerraba una vista hermosa a los jardines de la propiedad, había otro escritorio masivo de madera, y la misma silla de oficina con tapiz de cuero que había tenido siempre.

—Caray, esta cosa debe tener mi edad —le dije a Lorena al poner mi mano en el respaldo de la silla.

Giré a verla. Ella hacía a un lado un cuadro que mi padre tenía entre dos libreros al lado opuesto de la oficina, revelando la caja fuerte. Miré hacia el escritorio y los papeles que tenía acomodados, y tomé la pluma que estaba debajo del monitor de su ordenador.

—¿Cómo murió? —pregunté mientras miraba la pantalla apagada.

Escuché a Lorena aclarar su garganta mientras caminaba hacia mí. —Un infarto —dijo—. Acababa de discutir con uno de los socios sobre cerrar la nueva división de energía limpia.

—Pensé que el fuerte de la compañía era la producción de combustible.

—Lo es —dijo—, pero en los últimos años tu padre financió un departamento de energía limpia, y quería que el enfoque del Grupo Beringer dejara de estar en la gasolina y pasara a ese.

Sonreí. —Me da algo de orgullo que mi padre haya querido eso —dije—. Imagino que puso en su lugar a su socio.

—En eso estaba —dijo Lorena. Alcé la cabeza y noté la mirada perdida en el espacio de Lorena.

Reconocí esa expresión. —Estabas en esa reunión —le dije, y ella asintió—. Y es cuando le dio el...

Lorena se estremeció. —Llamé a la ambulancia sin pensarlo —dijo—, y el tipo con el que discutía le dio resucitación cardiopulmonar pero...

Rodeé el escritorio y puse mi mano en su hombro. —Hiciste lo que pudiste —le dije—. Gracias.

—Pude haber...

—No eres doctora, no eres enfermera, no tienes entrenamiento paramédico —le dije lo mismo que siempre le decía a los soldados que caían en esa maldita trampa mental de creer que podían haber hecho algo más—. *Hiciste lo que pudiste*. Es todo lo que se puede pedir de ti.

Lorena respiró profundo y trató de ocultar esa pequeña lágrima que escapó de su ojo. Puso su mano en los papeles que dejó en el escritorio. —Aquí está: su testamento.

Asentí, lo tomé, y leí.

—En cuanto lo firmes eres dueño de... —dejé el testamento en la mesa, tomé la pluma de mi padre, y firmé—. Guau, eso fue rápido —dijo Lorena entre risas—. Ni siquiera lo pensaste.

—¿Investigaste a quién podría vender las acciones de la compañía? —le pregunté, caminando alrededor del escritorio.

—Hice un par de llamadas —dijo sin ningún esfuerzo para ocultar su decepción—. Hay algunas personas en la ciudad que podría interesarles, pero los socios de tu papá son quienes tendrían más interés en hacerlo.

Suspiré, bajé la cabeza, y apreté mis labios. —Los mismos socios que quieren cerrar la división de energía limpia.

Miré a Lorena y ella asentía. —No todos —dijo—. Pero sí los que tienen más peso en la mesa directiva.

—¿Cuántos empleados se quedarían sin trabajo?

—Unos doscientos aquí en Ciudad del Sol—dijo Lorena—. Y tendríamos que cerrar las fábricas que tu padre abrió el año pasado. Son alrededor de cuatro mil empleados.

—Ya veo —dije, asomándome por la ventana.

Clavé mi mirada en la caseta junto a la piscina vacía, y recordé que ahí fue donde pasé la noche con Camila doce años antes. Chispazos de aquella noche impactaron en mis pensamientos, y viejos sentimientos brotaron de mi interior.

—¿Para cuándo necesito decidir? —le pregunté a Lorena sin quitar la vista de la caseta.

—En lo que a todo mundo respecta, eres el dueño —dijo—. Pero la mesa directiva querrá reunirse contigo lo más pronto posible para darte la bienvenida como el nuevo socio mayoritario de la compañía, además de reunirse con nuestros accionistas y...

—De acuerdo —dije, sonriendo—. Programa la reunión.

—¿Puedo saber por adelantado qué les vas a decir respecto a tu rol en la compañía?

Miré la pluma de mi padre y sonreí. —Que haré todo dentro de mis posibilidades para mantener vivo el legado de mi padre.

—Muy bien... —dijo Lorena, luego sonrió, arqueó una ceja, y me guiñó un ojo— Jefe.

Reí mientras me acercaba a ella y le daba un abrazo. —¿Qué sigue, cariño? —pregunté antes de alejarme.

—¡Uff! ¡Un mundo de cosas! —dijo, luego descansó sus manos encima de mis pechos—. Heredar una fortuna no es sólo recibir un cheque, querido.

—Me imagino.

—Pero por hoy descansa —dijo, luego levantó sus manos a los lados y miró a su alrededor—. Disfruta tu nueva... O vieja casa... No sé, cómo sea. Dante te ayudará. El papá de Camila lo capacitó, y es bastante bueno en su trabajo. Vendré mañana y hablaremos de lo que sigue.

Asentí, y Lorena palmó mi hombro antes de irse.

Giré y regresé a la ventana detrás del escritorio de mi padre. Crucé mis brazos y fijé la mirada en la caseta de la piscina.

Recordé el momento en que desperté y vi el cuerpo desnudo de Camila acostado boca abajo en la cama, y reviví el pánico que me abrumó en aquel momento. Un pánico que me hizo levantarme y largarme.

—¿Nos vamos o nos quedamos? —preguntaron detrás de mí.

Giré y Atlas ya había entrado a la oficina, dejando a Lexi de pie en la entrada. Sonreí al verlo echarse frente a la chimenea apagada.

—Nos quedamos —le dije.

Ella sonrió. —¡Genial! Iré a elegir un cuarto.

Reí al verla irse. Fui con Atlas y me arrodillé junto a él para alcanzar a rascarle la cabeza.

—Se siente bien regresar a casa.

## Capítulo 7.

*Camila*

—Uff, ya —dije antes de cerrar los ojos y tallarme los párpados. Regresé mi atención a la pantalla con el portal del banco y procedí a mostrarle mi dedo medio a la pantalla al lugar donde tenía en ceros mi balance de tarjeta de crédito.

Suspiré y moví mis hombros en círculos. “*De verdad se siente uno más ligero cuando paga una deuda grande,*” pensé.

—¡Mamá! —gritó Inés desde su habitación. Me asomé por la puerta de la cocina hacia su habitación con una mueca en mis labios.

—¿Qué pasó?

—¿Dónde está mi libro de historia?

Gruñí. —Te mato si volviste a olvidarlo en la escuela —susurré para mí misma—. ¡Revisa en tu mochila!

Pasaron dos segundos. —¡No está!

—¿Si voy y lo encuentro lavas los platos de la cena?

—¡No, te toca a ti!

—¡Busca bien! —crucé mis brazos y escuché mientras Inés de seguro sacaba todos los libros de su mochila y los dejaba caer en el suelo.

—¡Ya lo encontré!

Reí y volví a sentarme frente a mi portátil en la cocina. Tomé la cerveza que tenía abierta y di un sorbo mientras abría mis redes sociales.

Dejaba que mi mente se adormeciera viendo memes y videos de idiotas intentando algo tonto, hasta que la página me mostró sugerencias de amistad.

—Thomas Beringer —leí en voz baja el nombre bajo la foto de perfil en blanco. Abajo de ella indicaba que Lorena y otras compañeras del trabajo eran amistades en común.

Torcí mi boca y deslicé el puntero del ratón hasta el botón para mandarle una solicitud, pero una fuerza invisible detuvo mi dedo de dar clic.

Miré la silueta blanca donde iría una foto de perfil como si haciéndolo fuera a aparecer por arte de magia la imagen de Thomas. Cuando pensaba en él solía recordar al muchacho alto, delgado, ocurrente y juguetón que me había roto el corazón.

Ahora imaginaba un adonis con cuerpo de película de superhéroes, y me encontré a mí misma mordiéndome el labio por dentro de mi boca mientras titubeaba el enviarle la solicitud o no.

“*No seas tonta,*” pensé, dándole otro trago a mi cerveza.

Mi portátil sonó, sacándome un grillo y logrando que regresara mi atención a la pantalla. Vi el texto del botón para enviar solicitud, y decía otra cosa.

“*Aceptar solicitud,*” leí. “*¿Es en serio?*”

Sonreí, y dejé de hacerlo el instante en que lo noté. “*¿Por qué diablos sonrío?*” pensé.

Y como si mi cerebro me hubiera escuchado recordé a Thomas el día anterior: Sus vaqueros y cómo lucía un trasero perfecto, su camisa negra ajustada a un torso atlético y musculoso. Caray,

por detrás se le notaban los músculos de la espalda.

*“Con razón las de nóminas no paraban de hablar de él.”*

Y cuando Lorena me mostró su perfil y vi sus fotos no pude evitar imaginar cómo se vería desnudo teniendo como referencia su apariencia doce años atrás.

*“Definitivamente me gustó lo que vi,”* pensé al suspirar.

Sacudí mi cabeza cuando el primer indicio de calidez apareció en mi estómago y volví a sonreír como idiota.

Tapé mi rostro con mis manos y recargué mis codos en la mesa. —Ya, Camila —dije—. Contróláte, por favor.

Recordé ese instante doce años atrás cuando abrí los ojos acostada en la cama de su caseta de piscina, y mi corazón se aceleró de tanta emoción que cuando noté su ausencia casi me moría.

—No puedo negar que se ve increíble —me dije, quitando mis manos de mi rostro y volviendo mi atención a la pantalla.

—¡Mamá!

Me levanté, asomé mi cabeza por el pasillo de la casa, y miré la entrada a su habitación.

—¡Dime!

—¿Puedo ver televisión? —dijo antes de salir de su habitación— Ya terminé mi tarea.

Asentí. —¿Qué quieres cen...?

Sonó el timbre de la casa. Inés corrió hacia la sala y yo fui a la puerta. Al asomarme chasqué mis labios antes de abrirla.

—¡Hola! —saludé a Lorena.

—¡Inés! —gritó su hija Luciana, que entró corriendo a la casa.

—Hola, Lucy —le dije luego que pasó junto a mí—. Pásale, Inés ya acabó su tarea.

—¡Se emocionan de verse como si no fueran a la escuela juntas! —dijo Lorena al pasar y saludarme de beso en la mejilla.

—¿Qué hacen aquí?

Lorena gruñó. —En cuanto llegué a la casa Reyes se fue apurado por una emergencia en el psiquiátrico —ella pasó y le seguí tras cerrar la puerta—, y hoy necesito un trago. Ha sido un día cansado.

—Tú necesitas un trago todos los días —le dije riendo cuando entramos a la cocina—, pero aquí sólo tengo cerveza.

—¿Y la botella de vodka que sacamos del consultorio de Reyes el otro día?

—¡Nos la acabamos!

Lorena se sentó y miró al techo con la boca abierta. —Es verdad, y él se enojó por eso.

—Se enojó porque no le dejamos.

Saqué una cerveza y la puse frente a ella mientras se asomaba a la pantalla de mi portátil.

—¿Qué ves? —preguntó con demasiada alegría.

Mi corazón dio un brinco en mi pecho y bajé la pantalla tan rápido como pude.

—¡Nada!

Lorena arqueó una ceja. —Eres una mala amiga.

—¿Por no dejarte ver mis redes sociales?

—Sí —dijo luego de dar un sorbo a su cerveza—, y también por no acompañarme hoy.

—Ah —asentí y me senté—. Lo siento.

—No te preocupes —dijo Lorena.

—¿Cómo te fue?

—Tengo hambre —dijo antes de ponerse de pie y dirigirse a mi refrigerador—, ¿ya cenaron?

—Apenas iba a cocinar...

Lorena caminó hasta el pasillo. —¡Niñas, vamos a cenar pizza!

Reí al escuchar a nuestras dos traviesas gritar de emoción.

Salimos de la casa y luego de unos pasos hacia el coche de Lorena no pude contenerme. —¿Y bien? —insistí.

Lorena pareció no haberme escuchado, o me ignoró a propósito.

—¿Te pregunté algo! —le dije a Lorena cuando abrí las puertas del coche y ambas niñas entraron.

—Fue como tenía que ir —dijo antes de subir.

—No, no, no —entré al lado de pasajero y amarré mi cinturón mientras la miraba—. Detalles, mujer. Detalles.

—Si tanto quieres saber me hubieras acompañado.

—¡Ay, ya! ¡No seas payasa!

Lorena encendió el motor. —No hay mucho que decir —dijo al avanzar el coche—. Llegamos a la mansión, saqué los papeles que tenía que firmar, lo hizo y ya.

—¿Entonces por qué estás rara?

—¡No le digas rara a mi mamá! —dijo Luciana— ¡Sólo mi papá le puede decir rara!

Lorena y yo soltamos una carcajada junto con las niñas.

Manejamos unas calles y Lorena me miró de reojo al detenerse en un semáforo. —¿Por qué quieres saber? —preguntó Lorena con ese tonito insinuante que tenía tan bien dominado.

—Tengo curiosidad.

—¿Y esa curiosidad no tiene nada que ver con la solicitud de amistad que dejaste pendiente?

—¡Es...!

—¡Ajá! —Lorena apuntó su dedo a mí.

—¡Él me envió la solicitud! —dije— además no la he aceptado.

—¿Quién te envió solicitud, mamá? —preguntó Inés.

—Nadie, mi amor —contesté.

—¿Vas a hacerlo? —preguntó Lorena, subiendo y bajando sus cejas.

Me quedé pensando un instante, mirando las farolas iluminando la calle frente a nosotras.

—No sé —dije—. Hoy ha sido un día raro.

—Dímelo a mí —dijo Lorena—. Nunca en toda mi vida me habría imaginado que tendría que llamarle “jefe” a Thomas.

Solté una risilla que pronto se convirtió en una carcajada.

—¿Qué es tan gracioso, mamá? —preguntó Inés.

Negué con la cabeza y reprimí la risa lo más que pude. Miré a Lorena y respiré profundo.

—Thomas es nuestro nuevo jefe, Lore —dije.

—¡Yo le pasé las tareas de Matemáticas, de Física, de Historia! —dijo Lorena— ¡Ese hombre pasó el bachillerato gracias a mí! ¡Y ahora es mi jefe!

Ambas suspiramos.

—¿Entonces no venderá sus acciones? —pregunté, y Lorena me miró de reojo— Escuché cuando llamaste al señor Olmos.

Lorena sonrió. —Parece que se quedará con la compañía.

Mi corazón se aceleró un poco, y me dolió el rostro por tratar de reprimir una maldita sonrisa que quiso formarse sin mi permiso.

—Eso es bueno, ¿no? —dije— Es lo que don Mathias quería.

Lorena asintió. —Estaba decidido a vender, pero cuando supo de las intenciones de algunos de los socios de cerrar la división de energía limpia cambió de opinión.

—¿En serio?

—Ajá —dijo Lorena con una sonrisa—. Parece que se preocupará por su gente igual que lo hizo don Mathias.

—Vaya —dije, asintiendo—. Quizá no vaya a ser tan malo tenerlo como jefe.

—Quizá —dijo Lorena.

Seguimos manejando hasta llegar a la pizzería. Lorena dirigió el coche al estacionamiento y soltó un gritillo alegre al ver un espacio a un lado de la puerta.

Inés y Luciana salieron del coche corriendo y entraron. Cuando por fin las alcanzamos ya estaban en la caja ordenando por todos.

—Qué bueno que nuestras hijas tienen nuestros gustos —le dije a Lorena cuando la cajera nos entregó el recibo.

—Ya quisiera que se movieran así de rápido cuando limpiaran su habitación —dijo mientras sacaba su tarjeta bancaria de su bolso.

Las niñas corrieron hacia la sala de juegos, y yo saqué mi teléfono del bolsillo de mi pantalón. Al desbloquearlo abrí mis redes sociales y ahí seguía la solicitud de amistad de Thomas en mi listado de notificaciones.

Torcí mi boca, respiré profundo, toqué el botón para aceptarla, y apagué la pantalla antes de guardar mi móvil de nuevo en mi pantalón.

“*Espera,*” pensé, sintiendo mis ojos abriéndose milímetro a milímetro y el aire dentro de mi pecho tratando de salir con un grito. “*¡Camila, qué rayos acabas de hacer!*”

—¿Y las mutantes? —preguntó Lorena.

Sacudí mi cabeza y aclaré mi garganta. —¿Dónde crees? —le dije, apuntando con mi pulgar el castillo inflable donde ambas brincaban y hablaban.

Lorena acercó su rostro a mi oído. —Nos compré un par de cervezas mientras nos traen la comida —susurró. Giré y tenía en sus manos dos botellas.

—Me vas a volver borracha —dije, aliviada.

—Querida, con todo lo que te ha pasado es admirable que no seas alcohólica.

Me senté, miré la botella, y asentí.

Mi móvil vibró en mi pantalón. Lo saqué y revisé la notificación que recibí de un comentario a una foto mía en la que tenía las mejillas infladas y los labios embarrados de salsa de tomate pues Inés había empujado de más una rebanada de pizza contra mi boca abierta.

—Sigues siendo adicta a la pizza. No lo habría adivinado luego de verte —decía el comentario acompañado por una carita de un guiño.

Emití una risilla al mismo tiempo que mis mejillas se incendiaban de la pena, y miré el ícono de su foto de perfil en miniatura, al fin visible ahora que ambos estábamos conectados en redes sociales.

“*¿Qué estoy pensando?*” sacudí mi cabeza mientras leía su comentario una y otra vez, imaginándolo diciendo esas palabras frente a mí. “*Por Dios, Camila, no te ilusiones otra vez.*”

—¿Por qué sonríes? —preguntó Lorena de manera insinuante.

—¡Nada, ya! —dije, metiendo mi móvil en mi pantalón.

—Ajá, claro, nada —dijo Lorena, entrecerrando los ojos sin hacer el mínimo esfuerzo de ocultar su sonrisa.

*“Maldita sea,”* pensé, dando un sorbo a mi cerveza, imaginando a Thomas sentado al otro lado de la mesa sonriendo. *“Ahora eres mi jefe. ¿Qué voy a hacer?”*

## Capítulo 8.

*Thomas*

—Buenos días, señor Beringer —dijo el guardia antes de abrir la puerta al edificio.

Me hice a un lado y dejé a Lexi pasar primero. Ella alzó las cejas y sonrió al mirarme antes de entrar.

La recepcionista alzó la vista y se puso de pie al vernos atravesar el vestíbulo.

—¡Buenos días, señor Beringer! —saludó con demasiada energía, y yo sólo sonreí al caminar hacia la puerta que daba hacia las oficinas.

Ésta se abrió, y luego que Lexi y yo pasamos noté al guardia que la sostenía abierta.

—Buenos días, señor Beringer —saludó el viejo con una mueca cálida.

Giré hacia enfrente, y alcancé a escuchar a Lexi soltar una risilla. La miré y estaba sonriendo al verme.

—¿Qué?

—Nada —dijo como una niña pequeña buscando atención— *Señor Beringer*.

Reí y moví mi cabeza de lado a lado.

—¿Ves que tenía razón sobre el traje? —dijo, dándome un manotazo con el dorso de su mano.

—Vamos, Lexi —moví mi cabeza de lado a lado—. A estas alturas todo mundo ya sabe que soy el nuevo dueño de la compañía. Me habrían tratado igual si hubiera venido en mis pijamas.

—Ay, bebe —dijo al dar la vuelta frente a mí, deteniéndome, luego tomó las solapas de mi traje y tiró un poco de ellas— Mi mamá solía decir: un duque mal vestido, en poco será tenido.

Resoplé y miré hacia arriba mientras ella ajustaba mi corbata. —No soy ningún duque, cariño.

—No, bebé —dijo, palmándome las mejillas—, eres el puto rey. Y en este momento estás entrando a tu reino y reclamando tu derecho al trono. Este traje le dice a todo el mundo “aquí mando yo.”

Reí, pero al ver a mi alrededor y leer mi apellido en los cuadros de los muros, los estampados de las puertas, y en los broches de identificación la realidad de mi situación cayó sobre mis hombros como un saco de cemento.

—Qué vueltas da el mundo, ¿no? —dije— Hace un mes estaba en Siria rescatando a reporteros secuestrados por ISIS, y ahora...

— Yo una semana estaba trabajando con un idiota de la CIA, y a la siguiente ya estaba en casa siendo reclutado por mi jefe —dijo Lexi, dándome una palmada en el pecho. Ella se detuvo, y yo hice lo mismo antes de girar hacia ella—. Asumo, entonces, que no aceptarás la oferta de trabajo de mi compañía de seguridad.

Giré a verla. —¿Se te ocurre preguntar aquí? ¿Por qué no anoche?

—¡Anoche estábamos viendo *El Resplandor*, bebé! —exclamó— El maestro Kubrick no merece nada menos que nuestra atención absoluta.

Asentí. —Vale —dije—. Bien sabes que de todos modos no iba a aceptar.

Lexi sacudió su cabeza. —Lo imaginaba.

—Pero —dije, levantando mi dedo índice—, sí quiero contratarte.

—¡No, bebé! —dijo Lexi al dar la vuelta la esquina— No me llegarás al precio y tengo cláusula de no competencia en mi contrato.

—Me refiero a la compañía para la que trabajas —dijo mientras ambos seguimos nuestro camino—. Necesito una auditoría completa al Grupo Beringer. Quiero saber todo lo que pueda ocasionar algún problema legal o escándalo mediático.

—¿Por qué no se lo preguntas a Lorena? —dijo Lexi— Tu padre confiaba en ella.

—Lo sé, pero ella no sabe encontrar mugre como tú —le dije.

—Es un don, bebé—dijo Lexi al acercarse a la puerta de la oficina de mi padre—. Podría no gustarte lo que encuentre.

—Eso en particular es lo que necesito saber.

Lexi sonrió y abrió la puerta sin quitarme la mirada de encima. —Vale, bebé —dijo—, voy a desnudar tu compañía como me desnudaron aquella noche en...

Entré a la oficina, y mi garganta se cerró en el instante que noté a Camila y Lorena mirando en nuestra dirección desde el escritorio.

—¡Hola! ¡Buenos días! —dijo Lorena, esforzando una sonrisa.

Lexi dio un grito y volteó de un brinco. Su rostro se volvió más rojo de lo que alguna vez le había visto, y sucumbió a un ataque de risa.

—¡Vale, bien! —exclamó al voltear hacia mí— En la noche afinamos detalles.

—Claro, cariño —dije, aguantando la risa, y Lexi salió caminando de ahí tan rápido como sus tacones le permitieron.

Cerré la puerta detrás de mí antes de caminar hacia el escritorio.

—Disculpen a Lexi —les dije—. Puede ser muy expresiva en ocasiones.

—Expresiva, claro —alcancé a escuchar a Camila murmurar. Levantó la vista y confirmó al verme el rostro que había alcanzado a escucharla.

“*Qué tierna se ve abochornada,*” pensé al verle entreabrir su boca y mirar hacia las carpetas sobre el escritorio.

—¿Dijiste algo? —pregunté sonriendo sin quitarle la mirada de encima.

Ella movió su cabeza de lado a lado. —No —dijo, levantando la cabeza y mirándome a los ojos—. No es mi lugar decir nada sobre tus acompañantes.

—Vale —tomé una de las carpetas en el escritorio—. Es sólo una amiga, sabes.

—¡No es mi lugar! —repitió Camila.

—Sólo digo que ella no es...

—¡Y bien, jefe! —exclamó Lorena, dando un paso hacia enfrente y poniendo una mano en mi hombro— ¿Ya estás listo para hablar con la mesa directiva de la compañía? ¿Subirte al caballo y tomar las riendas de esto? ¿Tomar el toro por los cuernos?

Miré de reojo a Camila, y ya había cambiado su atención a un documento que tenía en sus manos.

—Sí —dije, dejando la carpeta que había tomado—. Estoy listo.

—Bien —dijo Lorena, juntando sus dos manos frente a su pecho—. Larga vida al rey y todo eso.

Reí y seguí a Lorena con la vista mientras caminaba al otro lado del escritorio, donde tenía su portátil encendido.

—¿A qué hora programaron la junta? —pregunté.

—Al medio día —dijo Camila—. Todos los miembros de la mesa directiva han confirmado su asistencia.

—¿Serás mi asistente o algo así? —pregunté.

—¿Qué? —Camila pareció que había visto una aparición frente a ella— ¡No! No, sólo le ayudo a Lorena...

—Porque necesitaré un asistente, ¿no? —pregunté— Mi padre tenía a... —chasqué mis dedos mientras cerraba mis ojos, recordando al amor de mujer que dirigía la vida de mi padre mejor que él— ¡Olga! Sí, Olga. Que Olga me ayude como ayudaba a mi padre.

—Olga se jubiló hace tres años —dijo Camila, con una sonrisa.

—Debió dejar un reemplazo, ¿no? —pregunté.

—Lisa ya encontró otro trabajo.

—Si te hubiéramos localizado antes, quizá podrías haberla retenido —dijo Lorena.

—Lo siento, le haré saber al Departamento de Defensa que ponga en pausa la guerra contra el terrorismo la próxima vez que muera el padre de uno de sus soldados.

—¿Qué? —preguntó Lorena.

—Estaba en Siria cuando mi padre murió, Lore —le dije—. En un operativo ultra secreto. No tenía contacto ni con mi oficial al mando. Por eso tardé tanto en recibir la carta.

—¿Qué clase de soldado eras? —preguntó Camila con ojos entrecerrados, atravesándome con la intensidad de su curiosidad.

—Fuerzas Especiales —dije—, es todo lo que les puedo decir, legalmente.

—¿Eras bueno? —preguntó Camila, arqueando una ceja.

Reí unos momentos sin quitar la mirada de sus ojos. —Soy el mejor.

Camila suspiró mientras Lorena tomaba una carpeta y me la entregaba. —Okey, Soldado Ryan, éste es el listado del veinte por ciento de nuestros clientes que más capital aportan a la compañía, y...

Abrí la carpeta y vi la tabla impresa ante mí. —Principio de Pareto, entendido.

—¿Sabes qué es eso? —preguntó Lorena sin hacer el mínimo esfuerzo por ocultarlo.

—No actúes tan sorprendida —dije mientras leía los datos—. Fui a la escuela de negocios de Harvard antes de enlistarme. Éstos son nuestros clientes clave. Aportan el ochenta por ciento de nuestras ganancias.

Cerré la carpeta y miré a Camila y a Lorena. —Aproximadamente —añadí con un guiño de ojo.

—Bueno, como puedes ver tenemos mucho qué revisar —dijo Lorena—. El Grupo Beringer le surte plástico y gasolina a medio mundo, además de tener intereses en...

Me quité la chaqueta y la dejé colgada encima del respaldo de una de las sillas, luego desabroché los botones de mis mangas y las enrollé hasta mis codos.

—Manos a la obra, entonces —dije.

—Iré por café —dijo Camila. Caminó alrededor del escritorio y se detuvo a mi lado—. Sí tomas café, ¿verdad?

—Por litros —dije con una mueca—. Me lo inyectaría directo a la vena si no me matara.

Camila rio luego apuntó a Lorena al mismo tiempo que la miraba. —¿Capuchino o Expreso?

—Capuchino —dijo Lorena mientras leía de una carpeta—, con vainilla extra y tres cucharadas de azúcar.

—Joder, mujer, te dará un coma diabético —dije.

Lorena sólo levantó la mirada un segundo mientras sonreía para decirme con sus ojos que me fuera al diablo.

—Vale —luego miré a Camila con su teléfono en su mano y una aplicación para tomar notas abierta—. Yo te encargo un café negro, cariño.

Ella arqueó su ceja. —¿Negro? —preguntó con una sonrisa— ¿Sin crema? ¿Ni azúcar?

Asentí mientras sostenía la mirada con ella por un breve instante que bastó para acelerar mi pulso. —Negro... Como mi alma.

Camila apagó su móvil y lo echó en el bolsillo de su pantalón de vestir. Se alejó y yo no pude quitarle la mirada de encima.

—Una pregunta —dije, y ella volteó—. ¿Tú cómo lo tomas?

—Negro —dijo, sonriendo y guiñando el ojo—, como mi alma.

Camila cerró la puerta, y Lorena resopló. —Maldita sea, Thomas.

—¿Qué? —giré a verla.

Ella alzó la mirada y podría haberme atravesado con los puñales que me lanzaba con su mirada. —¿Te lo tengo que decir? ¿De verdad?

Reí. —Relájate, es sólo coqueteo inocente.

Lorena soltó una carcajada. —¿Inocente? ¡Claro!

Le acompañé en su risa. —¿Dónde está la información de Chandler Platt? —pregunté al rodear el escritorio y me senté en la silla de mi padre.

Cuando lo hice me quedé quieto unos momentos, y respiré profundo mientras analizaba el frío de la piel del asiento y el poco desgaste del colchón.

Recargué mis codos en el escritorio, y miré hacia enfrente al mismo tiempo que un calor extraño explotó de mi estómago y el aire dentro de mis pulmones desapareció.

Me había sentado en esa silla cuando era pequeño. Me pareció tan grande en aquel entonces.

Pero ya no.

—¿Qué tal se siente el trono? —preguntó Lorena, mirándome.

Sonreí. —Extraño —dije—. Se siente... extraño.

—Pues te ves bien en él —dijo Lorena, poniendo una carpeta en mis manos—. Ésta es la información de Chandler Platt.

Leí la información, pero no dejé de poner atención a la puerta de mi oficina, esperando mi dosis de cafeína y, sobre todo, a la encargada de traerla.

## Capítulo 9.

*Camila*

“Claro que iba a tener cerveza,” pensé al asomarme al refrigerador de Norberto en busca de un refresco o agua de sabor. Cada que veía esa estúpida lata amarilla con letras rojas me daban unos escalofríos horribles en mis brazos y mi espalda.

Cerré la puerta recordando el aroma de aquella cerveza y me atraganté un poco.

Tomé un vaso de la alacena, y me serví algo de agua del grifo. Miré alrededor de la cocina y fue como ver fantasmas del pasado. Un escalofrío estalló desde mi cadera y explotó hacia mi nuca, como si hubiera escuchado a Norberto gritarme por primera vez.

¿Puede alguien acostumbrarse a recibir gritos así? Porque cada vez que él lo hizo la sensación era idéntica: un puñal en mi corazón y unas ganas incontrolables de llorar.

“¿Por qué me gritó en aquella ocasión?” pensé, al darle un trago al vaso. “Ah, sí, porque yo quería regresar a terminar mi carrera de administración de empresas, y él no quería que le dejaran de calentar la cena.”

Caminé alrededor de la mesa, y escuché ese grito en mi cabeza tan claro como aquel día.

“¡Mejor aprende a cocinar y a ser agradecida con tu marido! ¿A qué rayos vas a perder el tiempo a la universidad?”

Dejé el vaso en la mesa y miré por las escaleras que daban hacia la segunda planta. Escuché a Norberto y a Inés hablando y riendo. Me atreví a sonreír.

Luego me senté en las escaleras y vi hacia la sala. Reí al ver que aún tenía el mismo sillón gris rata que nos regalaron cuando nos mudamos a esa casa, y nunca nos decidimos a cambiarlo.

Mi teléfono sonó. Lo saqué de mi abrigo y desbloqueé la pantalla.

—Mira lo que te estás perdiendo —decía el mensaje de texto, seguido de una liga a redes sociales. Lo abrí y reí al ver una foto de Thomas con un costillar enorme en la mesa detrás de él, junto con Lorena, Reyes, y Luciana.

“Joder, qué daría por estar ahí en lugar de aquí,” pensé.

Junté mis piernas, recargué mi codo en mi muslo, y mi mentón en mi mano al ver hacia la puerta.

La imagen de Thomas vino a mi mente. No era justo para los demás hombres que alguien con su atractivo físico se viera tan bien de traje. Pero, joder, sí que se veía irresistible con él puesto. Cada día en la oficina era un reto no verlo sin salivar un poco.

Cuando los miembros de la mesa directiva entraron a la junta tenían dudas sobre el rumbo de la compañía, pero le tomó a Thomas diez minutos para apaciguar su nerviosismo. Ni siquiera el fastidioso que siempre alargaba las reuniones con sus preguntas idiotas le hicieron titubear.

No había pregunta para la que él no tuviera respuesta.

—Él nació para esto —me susurró Lorena al verlo dominar su primer junta como Dueño y Presidente del Grupo Beringer.

—Ha terminado la hora, señor Hueso —escuché a la trabajadora social decirle a Norberto.

Sacudí mi cabeza, salí, y me dirigí al coche de la trabajadora social. Recargué mi trasero en la

orilla del maletero, crucé mis brazos y respiré profundo, mirando mi vieja casa. No quería pasar un segundo más de lo necesario ahí.

La trabajadora social salió sosteniendo un cuadernillo en sus manos. Me miró, ajustó sus gafas, y caminó hacia mí mientras dejaba de recargarme en su coche.

—¿Cómo les fue? —pregunté.

—Muy bien, señora Santana —dijo con tono neutro, como si fuera un robot—. No hubo complicaciones de ningún tipo. Inés y su exmarido miraron videos en el portátil y hablaron trivialidades como el trabajo escolar y vida social de la niña.

—Qué bien —dije, esforzando un sonrisa.

—¿Sería conveniente para usted programar la siguiente visita dentro de quince días?

Asentí. —Sí, está bien —miré detrás de la trabajadora y hacia la puerta de la casa—. ¿Dónde está Inés?

—Está despidiéndose de su padre adentro —dijo, volteando en aquella dirección—. Iré por ella.

—No se preocupe —le dije, poniendo mi mano en su hombro—. Iré yo.

Ella miró la hora en su reloj de muñeca. —Claro que sí, señora Santana.

Respiré profundo mientras caminaba de regreso al interior de la casa. Me asomé a la cocina y la vi vacía, y sostuve mi respiración cuando me asomé en la sala. Pude respirar cuando vi a Norberto arrodillado ante Inés dándole un abrazo.

—Tú tranquila, gusanito —le dijo Norberto—. Ya verás que pronto todo volverá a ser como antes.

Crucé mis brazos cuando escuché sollozar a Inés.

Norberto me miró. —Te prometo que volveremos a ser una familia —le dijo, y yo apreté la mandíbula al escucharle.

Se formó un nudo en mi garganta. —Inés, es hora de irnos —dije.

—Sí, mamá —ella se separó de Norberto, y éste le persignó la frente antes de que se acercara a mí.

—Inés, sal con la trabajadora social —le dije, acariciándole el cabello—. Necesito hablar con tu papá.

Ella asintió. Le seguí con la mirada hasta que salió de la casa. Escuché el quejido de Norberto cuando se levantó, y todo mi cuerpo se tensó.

Giré y ya estaba parado a un metro de mí.

“¿Piensa que vaciarse la botella de loción esconde la peste de su resaca?” pensé, arrepintiéndome de haber respirado profundo.

—¿Ves que sí puedo cambiar? —dijo, más como una orden que una pregunta—. Ya todo es diferente.

Apreté mis labios y asentí. —Me da gusto —dije—. Espero que sigas así para que seas un buen padre para tu hija.

—Ah, Cami —dijo, tomándose mi mano, paralizándose—. No quiero ser solo un buen padre. Quiero que volvamos a intentarlo. Anda. Verás que todo será diferente esta vez.

—Norberto —lamenté—, por favor no empieces.

—Ve por Inés, mamita —me dijo—. Quédense a cenar. Las llevo más tarde.

—¿Y más tarde qué, Norberto? —le dije— ¿Me dirás que nos quedemos a dormir?

Él se encogió de hombros. —¿Por qué no? Aquí es dónde pertenecen, después de todo. Inés con su padre, y tú con tu marido.

Resoplé y traté de quitar mi mano de la suya, pero su agarre era demasiado firme.

—Suéltame —le dije, mirando su mano.

—Ya, Camilita —dijo con tono burlón—. No te hagas la difícil. Yo sé que muy en el fondo quieres que todo vuelva a ser como antes.

Alcé la mirada y le vi a la cara. —No me estoy haciendo la difícil, Norberto —le dije a regañadientes—. Y no... Estoy cansada, y tengo cosas que hacer en mi casa. Suéltame.

—Camila —Norberto tiró un poco de mi mano—. *Ésta* es tu casa.

—Suéltame, por favor —le dije, elevando un poco mi voz.

—Dime por qué no te quieres quedar —dijo como si mantenerme agarrada a pesar de mi jaloneo no le costara ningún esfuerzo.

Respiré profundo y tiré de mi mano tan fuerte como pude. Mi corazón se aceleró al sentirme liberada de él. Di un paso hacia atrás, y cuando él trató de seguirme le puse mi mano en el pecho.

—Por esas malditas actitudes es que te dejé, Norberto —le dije, esforzándome por no gritarle—. Porque no escuchas, sólo piensas en ti, lo que tú quieres, y te vale lo que otros quieren, lo que otros sienten. No volveré a estar en esa situación nunca, ¿entendiste?

—Okey, ya —dijo de forma despectiva, como si fuera una niña pequeña—, ya me castigaste lo suficiente. Ya entendí. Puedo ser mejor.

Se me salió una carcajada incrédula y pasé mis manos entre mi cabello. —Esto no es un castigo, Norberto —le dije—. Entiende de una buena vez: esto se acabó. Así que deja de decirle a Inés que todo volverá a ser como antes porque primero me muero antes que regresar contigo.

Su rostro se tensó y la rabia en sus ojos aumentó como si estuviera a punto de explotar.

—Adelante —le dije, acercándome a él—. Gritame como lo hacías antes, para que la trabajadora social vea quién eres realmente y ya no te permitan ver a tu propia hija.

Di la vuelta y caminé hasta la puerta tan pronto como pude.

—Nunca te dejaré de amar, mamita —le escuché decir, y por alguna razón me detuve bajo el umbral de la puerta—. Puedes decir esas cosas feas e irrespetuosas para mi persona, pero ya verás que te arrepentirás y volverás. El amor, un amor como el que tuvimos, jamás muere.

Resoplé y reí para mí mientras me alejaba de esa maldita casa.

—¿Todo bien, señora Santana? —dijo la trabajadora social cuando llegué al coche.

—Sí —asentí.

—Le repito que no necesita acompañarme —dijo—. Puedo ir por Inés y regresarla con usted cuando terminemos.

Miré a mi hija sentada en el asiento trasero del coche. Había sacado su tablet de mi bolso y jugaba uno de esos juegos de rompecabezas que tanto le encantaban.

—No —dije—. Gracias, pero prefiero venir con ella.

Subimos al coche, y cuando avanzó giré de reojo hacia la casa.

Norberto nos miraba con sus manos dentro de sus bolsillos y recargando su hombro en el marco de la puerta. Estábamos bastante lejos, pero de todos modos un escalofrío helado recorrió mi espalda.

—Señora Santana —dijo la trabajadora social, sacándome de mi pánico—, está en su derecho acompañarnos, pero podría hacerle bien tanto a usted como a su hija que hagan este proceso separadas.

—¿Y qué se supone que haga mientras usted lleva a mi hija a ver a su padre?

La trabajadora social encogió sus hombros y sonrió. —Algunas mujeres en su situación aprovechan para hacer otras cosas: arreglos de la casa, compras, ir a comer con sus amigas.

Respiré profundo y asentí. —Sí suena bien.

—Algunas incluso aprovechan a tomar un café con alguien.

Resoplé y reí. —¿Una cita?

—¿Por qué no? —dijo— Está en su derecho.

*“¿Con este bagaje que tengo? ¡Claro!” pensé. “¿Quién querría lidiar con ello? ¿Y con mi maldita suerte? De seguro termino con alguien igual o peor.”*

## Capítulo 10.

*Thomas*

—¡Espera, espera! —dijo Lexi al detenerse.

Dejé de correr y giré a ver a Atlas correr hacia nosotros. Para ser un animal tan corpulento y de su edad podía moverse bastante bien.

—Pobrecito, está cansado —dijo Lexi al arrodillarse y rascarle la cabeza. Atlas alzó la cabeza con la boca abierta y cerró los ojos cuando ella le masajeó debajo de la mandíbula.

Miré mi reloj. —Llevamos apenas media hora corriendo —dije, luego miré al perro—. Se ve contento.

—Todo perro le gusta correr —dijo Lexi, poniéndose de pie—, pero ya la edad le pesa a este pobre.

Suspiré, sonreí, y apoyé mi mano en un árbol mientras miraba hacia la mansión. —Creo que ya exploramos toda la propiedad.

—Lo del helipuerto fue una sorpresa —dijo Lexi mientras masajeaba el pecho de Atlas, haciéndolo tirarse y ponerse de patas arriba—. Si tienes uno, debes tener un helicóptero.

Me encogí de hombros. —De pequeño no teníamos uno —dije—. Aunque sí teníamos un jet.

Lexi rio. —¿Y cuándo me dejarás conducir el Aston Martin que tienes en tu cochera?

Moví mi cabeza de lado a lado y caminé hacia la mansión. Escuché el desplazar de las hojas y el pasto detrás de mí que me indicó que Lexi y Atlas me seguían.

—Llévatelo hoy si lo necesitas.

—¿Y tú en qué te vas a mover?

—¿Ya viste cuántos coches tenía mi padre en la cochera subterránea? —moví mi cabeza de lado a lado— Cualquiera de ellos me servirá.

—O podrías pedirle a Dante que te traiga un coche con chofer.

Giré a verla y sonreí. —En primera, el chofer de mi padre consiguió otro trabajo. Y en segunda no necesito uno.

—¿Qué no se supone que ser rico te permite contratar gente que haga las cosas por ti?

—Ser rico quiere decir que puedo hacer casi todo lo que me dé la gana.

Pasamos junto a la piscina, que tenía trabajadores limpiándola. Dante estaba de pie esperándonos debajo del tejabán de la entrada a la mansión con un par de botellas de agua.

—¿Qué tal su ejercicio, señor? —preguntó.

Tomé una botella y se la arrojé a Lexi antes de tomar la otra para mí. —Informativo —dije—. No recuerdo un helipuerto en mi niñez.

—Su padre lo mandó construir hace cinco años cuando compró un...

—¡Sí tienes un helicóptero! —dijo Lexi— ¿Puedo volarlo? ¿Verdad que sí? Di que sí, anda. ¡Di que sí!

—¡Señorita Beck! —exclamó Dante— Necesita una licencia de aviador y estar certificada para...

—Dante —le interrumpí—, sabe pilotear Apaches y Halcones Negros del ejército. Un

helicóptero comercial será pan comido.

—Y mi certificación está vigente —dijo Lexi con tono triunfal, cruzando sus brazos.

Dante arqueó una ceja. —Llamaré al piloto para que lo traiga a los terrenos —dijo, resignado.

—¡Yey! —exclamó Lexi antes de darle un abrazo.

Reí mientras entrábamos a la mansión rumbo al salón que mandé acondicionar como gimnasio. Al entrar noté los tapetes de lucha instalados en el centro, rodeado de aparatos de ejercicio y barras para levantar peso libre.

—Buen trabajo, Dante —le dije, mirando el costal de box colgado cerca de la esquina del salón—. Hazle saber al personal que son bienvenidos de usar estos aparatos cuando gusten.

—De seguro le tomarán la palabra, señor —dijo Dante—. Al menos yo lo haré.

—¡Qué genial! —gritó Lexi. Giré y ya tenía la mirada puesta en unos guantes con las letras MMA acomodados encima de un estante. Ella tomó dos pares, corrió hacia mí, y arrojó un par que atrapé contra mi pecho— ¿Los estrenamos?

Asentí y miré a Dante. —Déjanos a solas, por favor.

—Sí, señor —dijo, haciendo una ligera reverencia con su cabeza, luego volteó hacia Lexi e hizo lo mismo—. Señorita Beck.

Me puse mis guantes mientras Dante dejaba el ahora-gimnasio. Di la vuelta y Lexi ya tenía sus puños arriba en guardia. Yo hice lo mismo.

En cuanto Dante cerró la puerta detrás de él, Lexi atacó, y yo hice lo propio para esquivar sus puñetazos mientras me hacía a un lado.

—¿Ya investigaste a la mesa directiva? —le pregunté al mismo tiempo que avanzaba con un puñetazo hacia su rostro, el cual ella esquivó y contrató con un codazo a mi plexo solar.

—Oh sí —dijo, caminando hacia atrás.

—¿Tengo algo de qué preocuparme?

Lexi me atacó, y tomé su brazo para aplicarle una llave de la cual ella se escabulló y de alguna manera tomó mi pierna.

Mi mundo dio una vuelta al mismo tiempo que me estrellaba de espaldas en el suelo.

—En realidad no —dijo Lexi con una sonrisa, ofreciéndome su mano para ponerme de pie.

—¿En realidad?

—Cosas que esperarías encontrar —dijo, levantando sus puños en guardia—. Uno de ellos engaña a su mujer con otro hombre que da clases de música a su hija.

—Eso no suena tan interesante.

—Pero la hija también se está acostando con el maestro de música.

—Diablos —dije, con una sonrisa, antes de girar el brazo de Lexi, haciéndola voltear antes de abrazarla de la cadera y derribarla—, ¿y la esposa no sabe?

—Creo que está contenta tirándose a su estilista —dijo Lexi entre jadeos—. ¡Siempre caigo en ese movimiento!

—Sigues apoyando todo tu peso enfrente cuando... —dije, ofreciéndole mi mano para ayudarlo a levantarse.

—Ya sé, ya sé —dijo.

—¿Qué más? —pregunté, levantando mis puños— ¿Algo ilegal?

—Tienes alguien de contabilidad desfalcando dinero de una cuenta de gastos.

—Maldita avaricia. ¿Quién? —pregunté mientras bloqueaba con mis brazos los puñetazos de Lexi.

—De hecho... —dijo Lexi antes de tratar de barrerme la pierna, pero yo ya había dado un paso

hacia atrás para esquivarla—. No es avaricia. Su hija tiene cáncer y los tratamientos no los cubre su seguro médico.

Bajé mis puños. —¿Es en serio?

Lexi asintió. —Supuse que eso te molestaría.

—Por supuesto que sí —dije—. Quiero el nombre de esta persona y el nombre del hospital donde...

—Tendrás todo lo que necesitas saber en el archivo que te entregaré —interrumpió, levantando sus dos manos—, ¿qué piensas hacer?

—Cubrir su deuda con el hospital y reponer el dinero de mi propia cuenta —dije.

—Qué noble de tu parte —dijo Lexi, con una sonrisa.

—Ningún hombre que trabaja para mí será puesto en esa situación mientras yo esté al frente —dije, avanzando con una patada que Lexi contestó barriendo mi pie de apoyo, derribándome.

—Ayuda que eso te ganará apoyo incondicional de un par de miembros de la mesa directiva —dijo Lexi, ofreciéndome su mano para levantarme.

—¿Algo más? —pregunté.

—Nada grave de tu mesa directiva —dijo Lexi—. Una que otra indiscreción amorosa, pero nada que justifique un despido. Quizá sí debas reunirte en privado con esas personas para que arreglen sus asuntos antes de provocarte un escándalo mediático.

—Bien —dije, levantando mis puños, pero los bajé de inmediato—, espera, ¿de mi mesa directiva? ¿investigaste alguien más?

Lexi encogió sus hombros y apretó su boca. —Puede que haya investigado también a Lorena.

Le atravesé con la mirada. —¿Por qué...?

—Querías que fuera minuciosa —dijo Lexi.

—No necesito saber nada de Lorena —le dije—. Confío en ella.

Lexi sonrió. —Haces bien, no encontré nada de ella —apuntó su dedo índice hacia mí—. Su esposo, Reyes, es uno de los mejores psiquiatras de la ciudad. Quizá puedas hablar con él.

—¿Sobre qué?

Lexi bajó su cabeza sin quitarme la mirada de encima. —De tus... episodios.

Respiré profundo, ignorando lo mejor que pude la punzada en mi pecho. —Gracias, pero lo tengo bajo control —dije— ¿A quién más investigaste?

—A tu amiga Camila —dijo Lexi.

Puse mis manos en mis caderas. —A ella no tenías que... —miré la expresión en el rostro de Lexi— ¿Qué sucede?

—No es ella en sí —dijo Lexi—. Ella está limpia. Vive en la casa que Reyes usa como su consultorio externo al hospital, y está divorciada.

—Eso ya lo sabía —le dije—. Lo dicen sus redes sociales.

—Su ex es el detalle —Lexi fue al estante de dónde sacó los guantes y tomó su teléfono—. Se llama Norberto Hueso.

—Ajá.

—Es primo hermano de Sabino Hueso —dijo Lexi, y yo sólo me quedé mirándola—. ¿No sabes quién es Sabino Hueso?

—Ni idea.

—Es el jefe de Los Huesos —dijo, luego rio—. El cártel responsable del sesenta por ciento de la heroína en este país. Este tipo hasta parece que se esforzó en no ser original al darle nombre a su organización criminal.

—Lexi —dije, negando con la cabeza.

—Cártel Calaca, Los Calaveras, no sé. ¿Los Huesos? ¿En serio?

—¡Lexi! —ella me miró— ¿El ex de Camila está involucrado?

—Apostaría a que sí —dijo Lexi—. Es primo hermano de Sabino, y son muy cercanos. Se mandan mensajes por lo menos una vez al día. Por lo visto crecieron juntos. Necesitaría un día o dos más para investigar a fondo sus finanzas, pero sus números no cuadran con lo que un restaurante como el suyo haría.

—¿Y Camila está...?

—¿Que no me pusiste atención? —dijo Lexi— Camila está limpia. No hay ningún indicio de que ella esté en malos pasos.

Respiré aliviado. —Por supuesto que no lo está —dije—. Ella no es así.

—Este tipo es todo un personaje —dijo Lexi, leyendo de su teléfono—. En ningún momento hizo caso a las citaciones e indicaciones que el juez familiar ordenaba. ¿Pensaba que si lo ignoraba ella no tendría de otra más que regresar? Tu chica tuvo que vender su coche y sacar un préstamo para cubrir los gastos del divorcio.

Reí. —Lexi, ella no es mi chica.

—¿No? —dijo— ¿Y las miraditas?

—¿Qué miraditas?

—Las que se dan —dijo—. Digo, cualquiera puede ver que te brillan los ojos cuando la estás viendo.

—Estás loca.

—Y los de ella también —dijo Lexi—. Puedo decirte con absoluta certeza que le encantan tus nalgas.

Reí y moví mi cabeza de lado a lado. —No va a pasar, Lexi. Además, ¿a quién no le gustan mis nalgas?

—¿Por qué no va a pasar?

—Porque... —respiré profundo, y alcé mis puños—. Venga, todavía no terminamos.

—No —dijo Lexi—, no, no, no me vas a dejar así.

Reí. —Con un demonio.

—¿Por qué no habría de pasar? —dijo Lexi, acercándose a mí— Tú, quieres, ella quiere. ¿Por qué...?

—Porque ya le lastimé hace años cuando me fui —dije, levantando mis manos a los lados—. Y en aquel tiempo estaba bien de la cabeza. No quiero volverle a hacer daño.

—Ajá —dijo Lexi—, lo mismo dijiste sobre Velma.

—Claro que no.

—Y Roxy.

—Roxy era...

—¡Y Clarice! —exclamó— ¡Joder, hombre, rompe tu ciclo vicioso de creer que...!

—¡Basta! —le interrumpí— Te entendí, ya.

Lexi gruñó y levantó sus puños. —Bebé, con todo el dinero que tienes podrías invertir en un buen loquero.

Reí y levanté los míos. —Quizá, Lexi —dije—. Quizá.

Pensé en Camila, y en su sonrisa. “*Quizá.*”

## Capítulo 11.

*Camila*

—¡No! —grité al ver el camión de transporte de personal alejarse. Estampé mi pie en el suelo y suspiré—. Maldita sea.

Miré hacia la caseta del guardia que cuidaba la entrada al estacionamiento y noté que me miraba extrañado. Le sonreí y caminé de vuelta al interior del estacionamiento.

Me detuve a media calle. “*Maldita sea, Lorena tiene esa videoconferencia,*” pensé, poniendo mi mano abierta en la frente.

Gruñí tras seguir caminando e hice lista de las cosas que no alcanzaría a hacer por tener que esperar el aventón de Lorena.

“*Ah, pero tenías que ir a la cafetería a comprar un refresco para el camino,*” pensé, sacando la lata de mi bolso de mano.

Apenas le di un sorbo cuando un Lamborghini amarillo dio vuelta en el carril del estacionamiento. Me hice a un lado para dejarle pasar, pero éste se detuvo a mi lado, y cuando bajó la ventana Thomas me miraba con una sonrisa.

—Hola, cariño —dijo.

Me esforcé en tragar el refresco que tenía en mi garganta, y tomé toda mi fuerza el evitar que el gas acumulado explotara desde el fondo de mi garganta en un eructo.

—Hola —le dije, mirando el coche de lujo en el que estaba—. Veo que estás gastando tu dinero sabiamente.

Thomas rio. —En realidad mi padre lo tenía en su cochera —dijo—. Dicen las malas lenguas que mi padre lo compró para el hijo menor de su penúltima esposa cuando cumpliera su mayoría de edad, pero se divorciaron antes de que se lo diera.

—Ah, ya veo —dije con una sonrisa, mirando de reojo el vehículo.

—Te mentiría si dijera que nunca quise manejar uno —dijo Thomas, dándole una palmada al volante—, pero en realidad no es mi estilo. Sólo estoy satisfaciendo mi curiosidad.

—Estoy de acuerdo —dije, recargándome en el marco superior de la ventana y asomándome al interior—. Está increíble, pero jamás te habría imaginado en uno de éstos.

—¿En qué me imaginas?

Sonreí mientras le miraba a los ojos por unos instantes. —En un tanque —dije, y él soltó una carcajada.

—Podría comprarme uno.

—¿Y qué demonios harías con un tanque?

Thomas se encogió de hombros. —Probablemente explotar cosas.

Reí. —Ay, hombres.

Noté que desvió su mirada por una fracción de segundo hacia mi escote antes de volver a mirarme a los ojos. Aunque mi vestido no era muy revelador por la forma en que estaba agachada de seguro alcanzaba a ver más de la cuenta.

Pero no me quitó, sólo solté una risilla y miré hacia otro lado.

—¿Y qué haces? —preguntó— ¿Trabajarás horas extras?

—¿Me las vas a autorizar?

—¿Las necesitas?

Suspiré. —De hecho, iba a buscar a Lorena —dije—. No llegué a tiempo a tomar el transporte del personal. Pensaba irme con ella, pero no sé a qué hora termine su videoconferencia. Quizá mejor llame a un taxi.

—Yo te llevo —dijo sin pensarlo.

Solté una carcajada. —Gracias, pero...

—¿Pero qué?

Sonreí tanto como pude. Quería tanto decirle que sí y subirme al otro lado con él.

—No quiero... —dije, y él arqueó una ceja—. Digo, sí quiero... —él sonrió, y me he de haber reído como una idiota—. ¡Deja de hacer eso!

—¿Hacer qué?

—¡Eso!

—¿Qué? —dijo entre risas antes de guiñarme el ojo.

—¡Basta! —dije, riendo, apuntando a su rostro.

Thomas dejó de reír y sonrió. —Estás más loca, ¿lo sabías?

—No tienes idea —dije, moviendo mi cabeza de lado a lado—. De verdad, sé que la mansión está al rumbo contrario.

Él amplió su sonrisa, y las mariposas en mi estómago aletearon como poseídas por el más cruel demonio que disfrutaba verme sufrir.

Sonreí. —Y después de recoger a Inés necesito ir a mi casa y —su mirada no se quitó de mi rostro. Entre más tiempo pasaba mis mejillas emanaban más calor, y por alguna razón las palabras se atascaban en mi garganta antes de salir de mi boca—, y de seguro tú ya tienes planes.

—No tengo planes —dijo—. Si aceptaras ser mi asistente lo sabrías.

Negué con la cabeza mientras mordía mi labio sonriente. —¿No tienes planes? ¿Tú y tu amiga...?

Él rio. —Ella está en un avión de vuelta a Washington.

Me enderecé y miré hacia el edificio de las oficinas, luego hacia Thomas, que me miraba con toda la paciencia del mundo. El muy hijo de puta de seguro ya me creía en sus redes.

Y el desgraciado tenía razón.

—Vale —dije.

Él abrió la puerta y me acompañó al lado de pasajero. Abrió mi puerta y me quedé mirando el asiento más bajo que había visto en mi vida.

—¿Y cómo me subo?

Thomas apretó sus labios y extendió su mano abierta hacia el asiento. —¿Nunca te has subido a un coche?

Le miré. —Sí, tonto, pero... —giré de reojo al asiento— ¿Por qué tiene que estar tan bajo?

Thomas rio y me ofreció su mano. —Te ayudo.

La miré, y luego a él, y pareció que ambos ampliamos nuestras sonrisas al mismo tiempo.

Mis dedos temblaron un poco antes de tomarle la mano y aferrarme a ella para sentarme. Una intensa corriente eléctrica sacudió mi ser en el poco tiempo que me tomó entrar al vehículo, y me costó más fuerza de la normal abrir mi agarre para liberar su mano.

Joder, mi corazón latía a mil por hora mientras le veía caminar frente al coche y entrar al lado de conductor. Era como subirme a una montaña rusa y esperaba a que iniciara por la vibración del

coche, y el ronroneo detrás de mí me recordó que esas cosas tenías el motor en donde iba el maletero.

Nos abrochamos el cinturón de seguridad al mismo tiempo. El dorso de su mano rozó el mío, y mi corazón aceleró su palpitar dejándome sin aliento.

Puse mis manos encima de mi regazo y apreté mis muslos. Tuve que aferrarme a mi mano izquierda pues parecía empeñada en irse encima de la de Thomas descansando encima del descansabrazos que nos separaba.

Esperaba que arrancara de golpe y la inercia me empujara contra el asiento, pero el control que tenía Thomas sobre el vehículo era impresionante. Por el rugido del motor al acelerar imaginé que era un coche bastante potente, pero su andar era suave y cómodo. No podía más que admirar la forma en que él tenía semejante máquina bajo tanto control.

—¿Y bien? ¿A dónde vamos? —preguntó Thomas.

—¿Qué? —dije, sacudiendo mi cabeza y regresando mi atención al presente— Ah, sí. A la casa de Lorena.

Thomas se quedó callado un instante. —Tu hija y Luciana van a la misma escuela —dijo—. Lo olvidé por un momento.

—Ajá —dije, sonriendo—. Está becada, pero aún con la beca el costo de las mensualidades y la inscripción es... —solté mi mano derecha para elevarla hasta el techo del coche— Entre libros, uniformes, eventos, y bla bla bla. Por eso no tengo coche: todo mi dinero va para mi Inés.

—Tiene suerte de tenerte —dijo Thomas.

Reí. —No sé qué tan cierto sea.

—Confía en mí —dijo Thomas antes de voltear a verme de reojo—. Tiene mucha suerte.

Sonreí, bajé mi cabeza, y pasé mi mano entre el cabello del lado izquierdo de mi cabeza, dejándolo detrás de mi oreja. Le miraba de reojo, pues no podía quedarme mirando una parte de él tanto tiempo.

Sus antebrazos con la manga de su camisa de vestir enrollada se miraba tan sexy tanto en el descansabrazos como estirada al sostener el volante del coche. Esa mueca suya no parecía desaparecer, se miraba tan relajado y tan cómodo.

*“En qué hermosura vino a convertirse ese muchacho impetuoso y atrevido que me enamoró,”* pensé al verle el perfil, atento al camino.

O al menos eso pensé. Cuando detuvo su coche en un semáforo volteó a verme. Pillada, volví mi atención enfrente, y lamí mis labios un poco.

—No me has contestado mi oferta de trabajo —dijo Thomas.

Reí. —Creí que sí —dije—. Estoy contenta donde estoy.

—Vamos —dijo, y yo giré a encontrar su mirada en mí—, será divertido.

—¿Ser tu asistente será divertido? —dije entre risas.

—¡Claro! —dijo— ¿Por qué no?

—Tú sabes por qué no —dije.

No quitó su sonrisa, sólo la hizo más pequeña y asintió. —He querido hablar contigo sobre eso.

Sonreí. —¿Sobre qué?

—Sobre... —él respiró profundo y volvió su atención hacia enfrente— Tú sabes.

—No, no sé.

—¿Me harás decirlo?

—Por supuesto que te haré decirlo —le dije entre risas, y él soltó una carcajada—. ¿Pensabas

que te la pondría fácil?

—Vale, cariño —dijo, moviendo su cabeza de lado a lado—. Merezco eso.

—Cuando menos.

—Cuando menos —asintió—. Vale —respiró profundo, y aceleró el coche cuando el semáforo cambió su color a verde, y mi respiración se detuvo mientras mi pulso volaba a casi mil palpitaciones por hora—. Sobre nuestra noche juntos.

—Ajá —dije, casi sin aliento.

Él resopló y movió su cabeza de lado a lado, y yo le miraba esforzarse por mantener su vista al frente.

Giró el volante, y detuvo el coche en algún lado. No vi donde, pues tenía mis ojos fijos en él. Su rostro estaba tenso, y aquello provocó un incendio en mi interior que avivó impulsos que tenía prohibido tener.

Impulsos como quitarme el cinturón y darle un beso que nos dejaría sin aliento.

Volteó y nos miramos a los ojos unos instantes.

Yo trataba de respirar, pero no podía. Intenté tragar, pero fue imposible.

—Camila, lo siento —dijo, y cuando lo hizo algo en mí me hizo saber que aquellas palabras iban impregnadas de sinceridad.

Por fin pude respirar. Sonreí tanto como pude, y asentí. —Éramos jóvenes, Thomas.

—Eso no lo justifica.

—No —dije—, pero... valoro que te estés disculpando.

Él sonrió. —¿Entonces sí vendrás a trabajar como mi asistente?

Entrecerré mis ojos y sonreí. —No nos dejemos llevar, ¿sí?

Thomas rio, y regresó su atención enfrente. —De acuerdo —dijo.

La sonrisa en mi rostro no desapareció en todo el camino, y yo no quise dejar de hacerlo.

## Capítulo 12.

*Thomas*

—No jodan —dije al escuchar la noticia deportiva en la televisión de la oficina—. ¿Van a contratarlo a él?

Dejé el control sobre mi escritorio y miré fuera de la ventana hacia el estacionamiento. Camila vino a mi mente, y sonreí al recordar cuánta labor de convencimiento debí hacer para que aceptara un simple aventón.

“*El carácter de esa mujer no cambia,*” pensé con una calidez en mi pecho que me hizo ampliar la sonrisa.

Escuché un grillo venir detrás de mí. Giré rápido mientras estiraba mi mano hacia el escritorio para tomar lo primero que pudiera lanzar. Me detuve al ver a Lorena entrando.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—¿Qué haces aquí?

—¡Es mi oficina! —dije.

—Pero son las ocho de la mañana —dijo.

Encogí mis hombros. —Llevo aquí una hora.

—¿Por qué? —dijo Lorena, entrando a la oficina— Tu padre no llegaba a la oficina hasta pasadas las diez de la mañana.

—Bueno, no soy mi padre —dije con una mueca—. En mi experiencia un líder siempre llega antes que todos, y se va después de todos.

Lorena entrecerró los ojos. —Dios, es tan raro oírte decir eso —dijo—. Recuerdo que nunca en toda tu vida llegaste a tiempo a la escuela.

Reí. —Créeme, el entrenamiento básico te quita eso a golpes.

Lorena cruzó sus brazos al ver la televisión. —¡No! —exclamó— ¡Idiotas! ¿Por qué van a contratarlo a él?

—¿Verdad? —dije, apuntando hacia la televisión— Te juro, cada temporada parece que se empeñan en armar un peor equipo que el año pasado.

Lorena movió la cabeza de lado a lado, se detuvo, y volteó a verme con mirada espantada. — ¡Oh! —me entregó una carpeta que hasta ese momento había caído en cuenta que traía en las manos— Necesito tu firma, ya que estás aquí.

—¿Puedo comprar un equipo? —pregunté, tomando la carpeta.

Lorena rio al ver la televisión. —¿No te basta con sufrir verlos perder todos los fines de semana? —preguntó.

Entrecerré los ojos y ella solo sonrió. Abrí la carpeta, confirmé de reojo que se trataba de otro documento corporativo, lo firmé, y se lo regresé.

—Preguntaba en serio —le dije.

—Cariño, ya dejé atrás mis tareas de albacea —dijo Lorena entre risas, luego apuntó su dedo índice hacia mí—. Primero concéntrate en manejar bien la compañía que pagaría por tu equipo, y habla con nuestro asesor financiero.

Asentí y regresé mi atención al televisor. —¿Entonces sí podría o...?

—Y en noticias locales les llevamos a una transmisión en vivo desde el lugar del siniestro —dijo la presentadora.

—Me dijo Camila que le diste un aventón el otro día —dijo Lorena al pasar detrás de mí. Giré y la vi recargarse en mi escritorio—, ¿en el Lamborghini?

Noté la mueca traviesa que dibujaba su rostro. —Fue una coincidencia, y sólo fue un favor a una amiga. Bien pude haber traído el Bentley o el Aston Martin.

—¡Claro! —puso su mano abierta en mi hombro— ¡Porque esos son medios de transporte menos lujosos!

Negué con la cabeza mientras sobaba mi mentón. —¿Te contó algo?

—¿Había algo que contar? —preguntó con tono insinuante— Pensé que *sólo* había sido un favor a una amiga.

—¿Qué es esto? ¿Volvimos a los tiempos del bachillerato y estás indagando mi vida amorosa?

—¿Cuál vida amorosa? —dijo Lorena— Desde que volviste pasas tu tiempo libre en la mansión haciendo ejercicio, o aquí en la oficina trabajando. Si no salieras a cenar de vez en cuando conmigo y mi familia jamás conocerías el interior de un restaurante.

—¿No era eso lo que querías? —dije— ¿Que asumiera el trono?

—Sí, pero... —Lorena miró de reojo la televisión, y luego clavó su mirada en ella.

—¿Pero qué? —giré hacia la pantalla.

Era un incendio grande de lo que parecía un jardín bastante extenso junto a un edificio grandísimo, casi como un palacio. Aquellas imágenes me hicieron recordar las ruinas de un mercado en Irak donde tuvimos que pasar la noche durante una misión.

El solo recordar el aroma a cenizas y madera de aquel lugar me provocó un escalofrío.

Mi pecho se tensó, y de pronto dejé de respirar. Las llamas que veía en la televisión parecían saltar de ella, con todo y calor golpeando mi rostro.

Traté de tragar, pero no pude. Tomé mi corbata y tiré de ella, aflojándola un poco mientras daba vuelta e iba hacia el minibar en la esquina de la oficina donde tenía guardadas botellas de agua.

—Estás aquí, el infierno está allá —susurré antes de dar un sobro a la botella—. Estás aquí, el infierno está allá.

Cerré mis ojos, respiré profundo, y caí en cuenta que no estaba solo en la oficina.

Giré y Lorena miraba la televisión. Suspiré aliviado de que no me hubiera visto. —Oye —dije, apuntando a la pantalla cuando mostraron la toma de la fachada frontal del edificio—, ¿no conocemos ese edificio?

—Es Jardines de San Cristobal —dijo Lorena casi sin aliento—. Es donde tuve mi fiesta de quince años.

—Oh sí, recuerdo el lugar —dije, pasando mi mano abierta encima de mi frente, secándome el sudor frío—. Dios, también fuimos a varias bodas y quinceañeras, ¿no?

Lorena resopló. —Bodas, quinceañeras, yo fui a algunas despedidas de soltera que se pusieron...

El rostro de Lorena cambió a uno de preocupación, como si hubiera olvidado algo importante y su mente se lo recordó como un ariete golpeando una puerta.

—¿Qué pasa? —pregunté. “*Lo notó.*”

—Ahí es donde la compañía tiene su Día de Campo todos los veranos —dijo Lorena—. Camila lo estaba organizando.

Caminé hasta la puerta de mi oficina. La abrí y vi a mi secretaria sentada en el escritorio. Ella volteó y quedé boquiabierto. “*Mierda, ¿cómo se llamaba?*” pensé.

—¿Sí, señor Beringer? —dijo la chica.

—¿Podría traer a Camila, por favor?

—¿Santana?

—Sí, por favor —dije, regresando a mi oficina. Miré a Lorena y gruñí—. ¿Cómo se llamaba mi secretaria?

—¡Lleva ya dos semanas contigo!

—Soy pésimo con los nombres.

Lorena palmó su frente. —No tienes remedio.

Apenas y había llegado a mi escritorio cuando escuché la puerta de mi oficina abrirse. Giré y ahí estaba Camila bajo el umbral.

Pasó despacio, y vio la pantalla de la televisión donde transmitían la cobertura del incendio de reojo antes de mirarme a mí. Era clarísimo que estaba preocupada.

—Apenas me enteré —dijo Camila, mirándome a los ojos unos momentos antes de girar hacia la televisión.

—Qué mal —dijo Lorena—. Tan bonito que era ese lugar.

—He estado investigando otros sitios donde hacer el Día de Campo —dijo Camila—, pero hasta ahorita todo está ocupado. Lo siento, seguiré...

—¿Lo sientes? —dije, y ella volteó a verme— Cami, esto no fue tu culpa.

—Yo sé, pero... —dijo— Pero tu papá me encargó la organización del Día de Campo antes de que él... Y yo...

—Si no encuentras un lugar lo cancelamos y ya —dijo Lorena—. No pasa nada.

Miré cómo Camila apretó la mandíbula cuando escuchó a Lorena. —Esto es importante para ti, ¿verdad? —le pregunté.

Ella volteó. —¿Qué? No —dijo, y yo bajé la cabeza sin quitarle la mirada de sus ojos—. Es solo algo en lo que he estado trabajando hasta ahora, y ya di los depósitos del servicio de comida, el permiso de bebidas alcohólicas —ella resopló—. Caray, hasta pagué la...

Sonreí. En definitiva, era algo que le importaba, por alguna razón. No necesitaba saberla.

—Lo haremos en la mansión —dije, poniendo mis manos en mis caderas.

—¿Qué? —dijo Lorena— ¿En la mansión?

Camila me miró estupefacta.

—¿Qué tiene de malo? —dije— Está enorme, y es mucho más bonita que los Jardines de... ¿Cómo se llamaban?

—San Cristobal —agregó Lorena.

—Esos —dije, agitando mi mano—. La piscina ya está limpia y funcional, tenemos el espacio de un campo de futbol detrás de la mansión, y hay más que suficiente estacionamiento en los jardines frontales.

—No es lo único que necesitamos —dijo Camila, moviendo su cabeza de lado a lado—. Necesitaremos mesas, sillas, sonido, personal de servicio, seguri...

—Pero sabes todo lo que necesitamos —le interrumpí.

Ella asintió. —Sí, supongo.

—Contrátalo —dije.

Camila rio. —¡Nos pasaríamos del presupuesto por...!

Saqué mi billetera, y de ella mi tarjeta de crédito.

—Yo pago todo —dije—, de mi bolsillo.

Camila y Lorena se voltearon a ver.

—Puedo hacer eso, ¿no? —le pregunté a Lorena— Es mi dinero, de mis ganancias, no están atadas al presupuesto de la compañía ni a las finanzas declaradas...

—Sí, sí, entendí —dijo Lorena, asintiendo—. Legalmente sí puedes.

—No se diga más —dije, ofreciéndole mi tarjeta a Camila.

—Está bien —dijo con voz temblorosa mientras tomaba la tarjeta—, ¿cuánto pue...?

—Todo lo que necesites —dije con una sonrisa—. Caray, vuélvete loca. Trae a Aerosmith, si puedes.

Camila rio. —No, no puedes darme toda esa libertad. Necesito...

Tomé sus hombros cuando se acercó a mí lista para regresarme la tarjeta, y la sostuve mientras le miraba ese rostro, esos ojos brillosos, y esa sonrisa que se esforzaba tanto en borrar.

—Confío en ti, Cami —le susurré—. Sé que no vas a comprar una isla ni nada así.

Ella rio. —No estés tan seguro.

—Bueno, si lo haces nos vamos de vacaciones a ella. Escoge una bonita.

Camila soltó una risilla mientras bajaba la cabeza. La piel de sus hombros era suave, y casi podía jurar que estaba tratando de acercarse más a mí. Quería rodearla con mis brazos y sostenerla en ellos toda la tarde, toda la noche.

Respiré profundo y la solté. Ella pasó su mano entre su cabello, asintió, dio la vuelta y salió de mi oficina.

Lorena cruzó sus brazos, se paró a mi lado, y empujó su hombro contra el mío.

—Eso fue lindo.

—¿Qué?

—Eso que hiciste por Cami —dijo—. Y no te preocupes. Comprar una isla es estúpidamente difícil, y casi todas ya tienen dueño.

Reí mientras volteaba a verla. —¿Cómo rayos sabes eso? —mis ojos se abrieron de par en par — No me digas que mi padre... ¿Tengo una isla?

Lorena sonrió. —No, tonto.

—¿Entonces?

—Una vez lo investigué —dijo entre risas—. Sabes, Camila lleva bastantes semanas trabajando en eso.

—Lo imaginé —dije, tomando el control remoto de la televisión y apagándola—. Además, estoy seguro que si no hubiera hecho eso de todos modos habría encontrado la manera de no cancelar el Día de Campo.

—Definitivamente —dijo Lorena—. Cami no es de las que se rinden.

Giré a verla y crucé mis brazos. —No ha dejado de ser una fuerza de la naturaleza.

Lorena rio. —¿Todavía mantienes que es sólo una amiga?

Reí y apunté a la puerta de mi oficina. —Largo.

Esperé unos momentos antes de ir a la puerta de mi oficina. Metí mis manos en los bolsillos de mi pantalón y miré alrededor, deteniéndome en Camila, que ya estaba con el teléfono en su oído. Nos miramos unos instantes, y ella me regaló esa sonrisa pícaro.

“*Todavía puede ver a través de mí,*” pensé.

—¿Necesita algo, señor Beringer? —preguntó mi asistente.

La miré y quedé boquiabierto de nuevo. “*Con un demonio, ¿cuál era su nombre?*”

## Capítulo 13.

### *Camila*

—Dios —dije al dejarme caer en la silla del comedor de la mansión. Estiré los dedos de mis pies tanto como pude dentro de mis zapatos, y contuve el impulso de quitármelos y darme un merecido masaje.

Respiré profundo, y miré hacia el arco que separaba el comedor del pasillo. Alcancé a ver dentro de la gigantesca sala al otro lado, y vi a Inés y Luciana hablando tiradas en la alfombra con sus cabezas recargadas en la espalda de Atlas.

—No sé de fiestas corporativas —escuché una voz grave y alegre detrás de mí que me aceleró el corazón— pero marcaría ésta como un rotundo éxito.

Giré y vi a Thomas ofreciéndome una botella de cerveza abierta mientras él daba un sorbo a la suya.

La tomé y no resistí el impulso de mirarle de arriba abajo. Traía su corbata colgando de los extremos del collar de su camisa, y ésta tenía los botones de arriba abiertos. No quise preguntarle dónde había dejado su chaqueta.

—Gracias —dije, chocando mi cerveza con la suya.

—¡Hasta luego, Cami! —dijeron las últimas personas en entrar del área de la piscina— ¡Señor Beringer, excelente fiesta!

Thomas chasquéó sus labios. —Lástima que perdimos —dijo.

—¿Qué podíamos esperar de esta selección nacional? —dijo el trabajador sin dejar de caminar hacia la salida.

Miré hasta que salió de la mansión junto con las últimas personas que faltaban de recibir sus abrigos.

—Ya son todos, ¿verdad? —dije.

—Casi todos —dijo Thomas.

Giré hacia Inés y vi a Lorena decirle a Luciana que se levantara mientras Reyes les esperaba en el pasillo.

Thomas se acercó a él y ambos estrecharon manos. —Muy buena fiesta —dijo Reyes.

—Yo sólo puse la casa —dijo Thomas mientras volteaba hacia mí—. La mente maestra está demasiado cansada para despedirse.

Reí y moví mi cabeza de lado a lado antes de levantarme. —Necesito ir a ver que el personal de servicio te deje limpio.

Thomas levantó su mano. —Dante se encarga de eso.

Miré a Luciana recargar su cabeza contra la pierna de Lorena, y al parecer Thomas también lo noto.

—Si quieres vete a casa —dijo Thomas, mirándome—. Yo me aseguro de...

Le lancé una mirada con la que entendió que no me iría a ningún lado hasta asegurarme que la gente de la compañía de servicios contratada para el evento dejara impecable afuera.

—Podemos llevarnos a Inés —dijo Lorena.

—¡No! —dijo la niña, que estaba trepada encima de Atlas.

—¡Oye, bájate de él! —le grité.

Atlas ladró, e Inés le rascó detrás de las orejas.

Lorena me miró y yo sólo sonreí.

—Yo las llevo más tarde —dijo Thomas.

—¿Tú? —dijo Lorena, tomando su mano que sostenía una cerveza—Desde este momento te advierto: si me llaman a mitad de la noche porque te arrestaron por conducir ebrio colgaré la llamada y pasarás la noche en la estación de policía.

—Bueno, le pagaré a alguien que maneje —dijo Thomas, guiñándome el ojo.

—O puede pagarme el taxi —dije—. De verdad no me siento cómoda yéndome hasta ver que dejen limpio el lugar.

Lorena nos miró uno a uno, luego volteó hacia Reyes, quien encogió sus hombros y sonrió.

—Vale —dijo Lorena—. Nos vemos el lunes.

Thomas estrechó la mano de Reyes de nuevo. —Mándame un mensaje para saber que llegaron con bien.

Noté que Reyes tiró un poco de la mano de Thomas. —Piensa lo que hablamos, Thomas.

Thomas asintió y le dio una palmada en el hombro antes de soltarle.

Sonreí y moví mi mano de lado a lado despidiéndome de ellos. Mis pies pulsaban de lo inflamados que de seguro los tenía.

“*Ah, pero querías ponerte estas porquerías, ¿verdad?*” pensé al caminar despacio hacia el pasillo.

Sonreí al ver a Inés acostada en la orilla del sillón rascándole la cabeza a Atlas, que tenía el mentón encima del sillón y su cabeza justo frente a la de mi hija.

Giré y salí al área de la piscina. Quedé boquiabierta al no encontrar ni un vaso usado tirado, y las mesas dobladas y acomodadas contra el muro de la caseta de la piscina junto con las sillas apiladas.

Dante apareció caminando desde la entrada a la cocina de la mansión.

—Señorita Santana —saludó.

—¿Cómo...? —dije, anonadada.

—¿Realmente pensaba que dejaría la limpieza de este lugar a esos holgazanes que contrató? —dijo Dante con orgullo.

Reí y asentí. —Mi papá te entrenó bien.

—Y él estaría orgulloso de usted, señorita —dijo con una ligera reverencia de su cabeza.

Me crucé de brazos y bajé la cabeza. —Gracias.

Escuché pasos detrás de mí, y supe al ver a Dante girar y asentir de quién se trataba.

—¿Todo bien?

—Sí, señor Thomas —dijo Dante—. Iré a asegurarme que las camionetas del servicio de renta de mesas y sillas no maltraten mucho el jardín.

Le vi irse, y Thomas cubrió mis hombros con su chaqueta. “*Misterio resuelto,*” pensé al respirar profundo y darle un sorbo a mi cerveza mientras me encogía de hombros.

—¿Cuánta cerveza quedó? —pregunté, mirando mi botella a la mitad.

—Nada —dijo Thomas, parándose junto a mí y recargando su espalda contra una columna.

—¿En serio?

—¿Quién diría que tengo puro borracho en la nómina? —reí a medio trago, y cubrí mi boca—  
Estas son las últimas ¿Cuántas te tomaste?

Tosí y reí al mismo tiempo. —No sé —dije luego de tragar—. Perdí la cuenta, pero con lo ajetreada que estuve ni siquiera me siento mareada.

—Sí, sé lo que es eso —dijo antes de darle un sorbo a su botella.

Chupé mi labio inferior y giré hacia él. —¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que sea —dijo, mirándome a los ojos.

“*Dios, me encanta cómo me mira,*” pensé y solté una risilla.

—¿Qué hacías en el ejército?

—Ya te lo dije —dijo sin pensar—. Estuve en...

—Fuerzas Especiales —le interrumpí—. ¿Pero qué quiere decir eso?

Thomas sonrió y asintió despacio. Abrió su boca un poco, como si tuviera las palabras a punto de salir, pero algo dentro de él le impidió decirlas.

—Quiere decir —dijo, asintiendo y mirando hacia la piscina— que iba a donde nadie más quería ir.

—¿Qué quieres decir con eso?

Thomas suspiró, terminó el contenido de su botella, y la miró.

—Lo siento —dije, mirando al suelo—. No quise...

—Está bien —dijo—. No es un tema del que me guste hablar.

Sonreí. —Qué bueno —Thomas entrecerró sus ojos y yo reí—. Digo, me alivia un poco que no te guste hablar de tus experiencias —su mirada seguía fija en mí—. Pienso que si te gustara quiere decir que te gustaba lo que hacías...

—Amaba lo que hacía —dijo.

—Sí, pero... —cerré mis ojos y respiré profundo—. Pero siento que no te gustaba lo feo de tu trabajo.

Abrí los ojos y él estaba sonriendo.

—No me hagas caso, no sé de lo que estoy hablando —dije antes de dar el último sorbo a mi cerveza—. Creo que ya estoy empezando a tener los síntomas del alcohol.

—Creo que sabes un poco de vivir situaciones difíciles —dijo Thomas, y yo entrecerré los ojos—. Me enteré de lo... conflictivo que fue tu divorcio.

Reí y miré mi botella vacía de cerveza. —Yo no lo llamaría conflictivo.

—¿Cómo lo llamarías?

—Un puto infierno.

Ambos reímos. Trataba de mirarlo a la cara, pero cada que mis ojos encontraban los suyos algo veía en ellos que lograban incendiar mi interior de formas que anhelaba sentir, pero al mismo tiempo les temía.

—¿Y tu... amiga? —pregunté.

—¿Quién? ¿Lexi? —asentí— Es su aniversario de tres años con su novia, por eso no pudo venir.

Sonreí y respiré profundo. “*¿Por qué me siento aliviada?*” pensé.

—Pensé que eran...

Thomas rio. —No —dijo—. Solo somos muy buenos amigos desde que ambos tratamos de conquistar a la misma chica en un bar.

—Válgame —dije entre risas.

Respiré profundo, tomé con mi otra mano la solapa de la chaqueta de Thomas y encogí mis hombros. Aspiré el aroma de su loción y tuve un escalofrío que detonó un impulso de mirarle y seguirlo mirando.

—Debería irme —dije.

Thomas asintió. —Vale.

—Ya es tarde, y —apunté a su jardín— Dante se encargó de todo mejor de lo que...

Thomas sonrió.

Puse mi mano contra su pecho cuando dejó de recargarse en la columna. Sus pectorales estaban tan duros como se veían en las fotos. Miré la apertura de su camisa y mi respiración se aceleró un poco.

—Pídeme un taxi, ¿sí? —le dije.

—Me gustaría llevarte.

Miré mi mano. “¿Por qué no la puedo quitar?” pensé.

—No —susurré, cerrando mi mano en un puño antes de quitarla de su pecho.

Miré a su rostro, temiendo que me preguntara por qué y yo fuera lo bastante tonta como para decirle que no confiaba en no hacer una tontería con él.

—Como digas, cariño —dijo, sonriendo, y extendiendo su mano hacia el interior de la mansión—. Ve con Inés en lo que pido el taxi.

Asentí, y caminé hacia adentro. Le escuchaba detrás de mí, y mi corazón se aceleró al pensar que quizá miraba mi cuerpo. Giré de reojo y le pillé mirándome, pero él no notó que le había visto. Fue lo mejor, pues mi rostro se puso de mil tonos de rojo.

Entré a la sala, y reí al ver a Inés dormida con su mano encima de la cabeza de Atlas, que también dormía.

—Joder, qué ternura —dijo Thomas detrás de mí.

—Sí —dije sin poder dejar de sonreír—. Odio despertarla.

—No lo hagas —dijo Thomas—. Quédense.

Giré, esforzando por no sonreír. —No creo que eso sea una buena idea.

—Camila —dijo, acercándose un poco a mí—. Está bien. Quédense en la caseta de la piscina —arqueé una ceja—, o uno de los cuartos de huéspedes. Es una mansión grande.

“No, Camila,” pensé, respirando profundo y apretando mis labios. “Dile que no, maldita sea, ni se te ocurra decirle que...”

—Está bien —dije—. En la caseta.

Thomas apuntó con su mano hacia Inés. —¿Te ayudo con ella?

No tuve que contestarle. Al parecer pudo ver en mi mirada el permiso que le daba. La cargó con tanto cuidado que ni se despertó.

Le seguí hasta la caseta, y con cada paso que daba el incendio en mi interior ardía con mayor intensidad y mi corazón estaba que volaba.

Me adelanté a abrirle la puerta, y chispazos de aquella noche doce años antes volvieron a mi cabeza. Una de las mejores noches de mi vida seguida de una de las peores mañanas.

Thomas entró y acostó a Inés con cuidado en la cama tamaño king, y ella giró y abrazó una de las almohadas.

—Hay batas de baño y toallas limpias en los armarios —dijo mientras regresaba a la entrada, y yo crucé mis brazos.

—Lo sé —dije—. Lo recuerdo.

—Si necesitas algo...

—Estaremos bien, sé dónde está todo —dije, mirándole a los ojos—. No se te olvide que le ayudaba a mi papá con esta caseta cuando venía.

Nos quedamos mirando uno al otro unos instantes.

*“No me beses,”* pensé, mirándole los labios. *“No lo hagas, no podría resistirte.”*

Él sonrió, acercó su rostro a mí, y yo cerré mis ojos. Mi corazón se detuvo y contuve mi respiración. El calor de su aliento golpeó mis mejillas, y cada vello de mi cuerpo se erizó en ese momento.

Sus labios tocaron mi mejilla por demasiado tiempo, y cuando se separaron bajé la cabeza y sonreí.

—Buenas noches, Camila —susurró, poniendo su mano en mi cadera.

—Buenas noches, Thomas.

Él dejó la caseta, y yo cerré la puerta detrás de él. Por fin pude respirar, y puse mi mano en mi boca. Cerré los ojos, y sonreí.

## Capítulo 14.

### *Camila*

—Camila —susurraron alrededor de mí mientras me sentaba encima del escritorio de Thomas.

Sonreí, respiré profundo, y arqueé mi espalda cuando su aliento golpeo mi abdomen, erizándome la piel y sacándome un gemido que le animó a probar mi piel.

Abrí mis piernas cuando sus manos tomaron mis muslos, y yo sonreí al mirar hacia abajo a verle los ojos.

—Sí, Thomas —dije.

Me quedé paralizada al ver el rostro enfurecido de Norberto entre mis piernas.

Desperté con la respiración agitada, y me giré sobre mi costado en la cama. Respiré profundo tratando de detener el golpeteo de mi corazón dentro de mi mientras miraba la puerta de la caseta de la piscina.

“*Qué te pasa, Camila,*” pensé, poniendo una mano sobre mi frente.

Mi piel estaba cálida, mi cuerpo sensible, y el hormigueo familiar en mi entrepierna me indicaba lo real que había sentido mi sueño.

“*Con un demonio,*” pensé, sonriendo y moviendo mi cabeza de lado a lado sonriendo. “*Hasta en mis sueños Norberto echa a perder todo.*”

Escuché un quejido venir de mi lado. Giré a ver a Inés abrazada de la almohada y más dormida que una piedra.

Quité la sábana de encima de mí, pero no sirvió de mucho para bajar la calentura que me invadía. Sólo me faltaba quitarme mi sujetador y braga para estar desnuda, aunque no habría servido de mucho hacerlo.

Me senté en la orilla de la cama y concluí que el estúpido de Norberto no solo me había arruinado una magnífica fantasía, sino también me había espantado el sueño.

Fui al armario junto al baño y saqué una de las batas de baño dobladas. Eran lo bastante grandes como para cubrirme hasta abajo de las rodillas, y hechas de un material blanco esponjoso que acariciaba mi piel con una delicia irresistible.

—Thomas, despídete de esta bata —susurré para mí, sonriendo.

Encontré un par de pantuflas igual de esponjosas y del mismo color. Las puse en mis pies, caminé a la entrada, miré de reojo a Inés, y salí de la caseta.

El aire frío de la madrugada golpeó mi rostro y un poco de él entró por mi escote y dio una bienvenida dosis de frescura a mi ser.

Vi el agua de la piscina tan quieta que la superficie parecía ser una capa solida donde uno podría acostarse. Reflejaba la luz de la luna a medio creciente encima de mí a la perfección con las luces del fondo apagadas.

Giré hacia la mansión, crucé mis brazos, y noté cada una de las ventanas. Casi todas las luces estaban apagadas, excepto una que venía desde el interior de la planta baja, pasando el comedor.

Traté de recordar qué había ahí, pero los impactos que escuché me impidieron concentrar mi memoria. Como si dos objetos planos de plástico se estuvieran golpeando.

Me acerqué a la puerta de la mansión. La abrí y los golpes se escucharon más fuerte, seguidos de respiraciones cortas e interrumpidas.

Entré despacio, atravesé el pasillo, luego el comedor, y me detuve en la entrada a aquella habitación: era un gimnasio, sin duda nuevo pues no recordaba uno cuando mi padre trabajaba con don Mathias.

Había máquinas de ejercicio rodeando un área cuadrada con tapetes azules y acolchonados que había visto en escuelas de karate.

Los golpes y respiraciones eran mucho más fuertes. Miré al otro lado de la entrada, hacia la esquina, y ahí estaba un hombre con una pantalonera deportiva negra, descalzo, con el torso desnudo.

Aun desde donde estaba podía notar la definición de los músculos de su espalda. Parecía haber un cañón separando su espalda a la mitad, y sus músculos laterales se miraban tan gruesos que no podían ocultar la potencia que podían generar.

Golpeaba un saco de box, y cuando dio unos pasos a los lados pude ver que era Thomas. Su cuerpo destellaba de lo sudado que estaba, y su cabello se veía empapado.

Se detuvo un momento, y en un instante acomodó una potentísima patada girando a aquel saco tan fuerte que resonaron los vidrios de los espejos pegados a los muros del gimnasio.

—Guau —susurré para mí misma, entrando al gimnasio y recargándome contra la pared junto a la puerta.

Thomas sacudió sus puños un poco antes de girar hacia una estación con una barra encima de su cabeza, de la cual se colgó y se jaló hacia arriba con una facilidad tremenda.

Se detuvo a la mitad, y caí en cuenta que había un espejo frente a él.

Cayó y giró hacia mí.

—Hola —saludó, recuperando su aliento.

—No te detengas por mí —dije entre risas.

Él rio. —Lo siento, ¿estaba haciendo mucho ruido?

—Un poco —dije, asintiendo.

—No te desperté, ¿verdad?

—No —miré sus pectorales brillantes, lo enormes y bien definidos que estaban—. Salí a tomar algo de aire y es cuando escuché cómo le enseñabas a ese costal quién era el jefe.

Thomas rio al caminar hacia el saco y darle un ligero puñetazo. —¿Tampoco puedes dormir?

Suspiré. —Tuve un sueño inquieto.

“*Eso es decir poco,*” pensé, lamiéndome los labios al verle esos abdominales.

Me acerqué a él mientras tomaba de una botella de agua, y noté a un lado de sus cuadros abdominales una horrible cicatriz horizontal.

—¿Qué te pasó ahí? —pregunté, estirando mi mano y acariciando con la punta de mis dedos su piel cicatrizada.

Thomas miró hacia abajo y puso su mano encima de ella. —Cirugía en el campo de batalla —dijo como si nada—. Una bala atravesó mi chaleco y tuvieron que sacarla para que no se infectara.

Estaba boquiabierta. —¿Cómo puedes decirlo tan...?

—¿Tan qué?

—Tan... —dije, mirando la marca de la herida—. Demonios, supongo que no me creía que realmente fueras militar.

Él rio. —Te dije que no es algo que me guste hablar mucho.

—¿Por eso no puedes dormir?

Thomas suspiró. —En parte —dijo, recargando su antebrazo por encima de su cabeza contra el saco—. También tuve sueños inquietos.

Suspiré y traté de mirarle a los ojos. —Dijiste que eras el mejor en lo que hacías, ¿no? —sonreí—. Supongo que en el ejército eso conlleva un precio, un desgaste, ¿verdad?

Thomas me miró a los ojos, y el calor que había tenido en mi cuerpo al despertar volvió, y con cada instante que él me miraba como lo hacía todo mi ser se quemaba por dentro, y una vibración deliciosa apareció en mi vientre, pulsando por todo mi ser y sacándome una sonrisa.

—Te felicito —dijo Thomas, asintiendo—. Sigues siendo tan intuitiva como te recordaba.

Resoplé. —Sí, claro.

—¿Inés está despierta?

—¡No! —dije entre risas— Podría estar lloviendo piedras incendiadas y esa niña seguiría dormida hasta la mañana.

Thomas soltó una carcajada, y yo no pude más que acompañarle.

—Es una gran niña —dijo.

—Sí —dije, mirando al suelo y cruzando mis brazos—. Creo que es el único motivo por el que no me arrepiento de mi matrimonio.

Thomas se acercó a mí, y yo me paralicé al verlo de reojo tan cerca de mí.

“*Mierda, pensaba que sus fotos estaban retocadas, pero de cerca se ve todavía mejor;*” pensé, suspirando.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿De qué?

—De tu matrimonio.

Alcé la mirada hacia su rostro y negué con la cabeza. —No quiero molestarte con mis cosas —dije.

—Eso jamás podría pasar.

Negué con más intensidad. —No quiero hablar de eso.

Thomas apretó sus labios y asintió, y noté que su mirada estaba en el escote de mi bata, que se había abierto lo suficiente para que mi sujetador se asomara un poco.

Debí cruzar mis brazos, o al menos cerrar la apertura de la bata tanto como podría. Pero esa forma en que me miraba, ese destello de su cuerpo sudado, su aroma varonil, y la vibración deliciosa que retumbaba en mi interior convencieron a mi cabeza de cancelar cualquier ajuste.

—Debo regresar a la caseta por si Inés... —dije, apuntando con mi pulgar encima de mi hombro hacia mi espalda.

Thomas sonrió y asintió. —Por supuesto —dijo, girando hacia su espalda—. Deja recojo mi toalla y te acompaño.

Agarré el índice de mi mano con la otra y le apreté mientras seguía a Thomas. Mi mirada estaba tan enfocada en los músculos de su cadera y espalda baja que cuando se detuvo a recoger su toalla reaccioné demasiado tarde y me detuve a escasos centímetros de él.

Cuando Thomas volteó hacia mí chocó, y me tomó de la cintura mientras ambos reíamos de nuestro accidente.

—Lo siento —dije, riendo, poniendo mis manos encima de sus brazos.

—Descuida —susurró, y sus manos se aferraron a mis caderas con firmeza.

Ambos reímos, y fijé mi mirada en su clavícula. Meforcé en no mirar más arriba pues, si lo hacía, no podría ver más allá de sus labios.

Fue muy tarde cuando me di cuenta que ya había cruzado el punto de no retorno.

Me empujé con las puntas de mis pies, cerré mis ojos, y presioné mis labios contra los suyos. Un relámpago nos atravesó, abrió nuestras bocas y evacuamos nuestras lenguas a un peleado duelo por el espacio entre nuestros labios.

Restregué mi cuerpo contra él, y sus manos en mi cintura apretaron su agarre de mí.

—No —dije sin despegar mis labios de los suyos—. No, espera.

Le empujé de mí, y yo di un paso hacia atrás.

Respiraba por la boca. No sabía si el sudor en mi pecho y abdomen era mío o de él, sólo que mi bata ya estaba abierta.

Mordí mis labios mientras le veía, ahí de pie, inmóvil, mirándome de arriba abajo.

—Camila —dijo.

—No hables —le dije, levantando mi mano abierta—. Por favor, no hables.

Esa mueca, esta maldita y estúpida mueca suya. —¿Por qué no?

—Porque no me dejas pensar —le dije, ya contagiada de esa estúpida mueca suya.

—¿Qué hay que pensar?

Gruñí. Tomé las solapas de mi bata y las crucé, ocultándole mi cuerpo.

Thomas inclinó su cabeza a un lado, y enfocó su mirada en mí.

—Quítate tu bata —dijo.

Mi ser entero fue sacudido por un temblor viniendo desde mi vientre. Mi propio cuerpo traicionó a mi cerebro, negándole voz y voto en el asunto. Por más que pensaba “*esto es un error, no debo hacer esto*” caía en cuenta de qué tan desesperada estaba de negarme lo que estaba sintiendo.

Mi cuerpo aprovechó esa desesperación, y tomó el control.

Solté las solapas de mi bata, dejándolas colgar abiertas, mostrando mi abdomen, mis bragas verdes, y mi sujetador del mismo color.

—Toda —dijo antes de succionar un poco su labio inferior.

Resoplé, lamí mis labios, y deslicé mis manos sobre mis hombros, liberándolos de su escondite, y mi bata cayó detrás de mi espalda.

Thomas respiró profundo al verme, y aunque su mueca se hizo más pequeña ahora su rostro me mostraba el enorme deseo que tenía por mí. La misma expresión de hace doce años, una mirada de anticipación antes de hacerme suya.

—Joder —dijo—. Estás increíble.

Respiré profundo, casi un jadeo, y gruñí resignada ante mis profundos deseos del momento.

—Ahora tú —le dije, sonriendo.

Thomas respiró profundo mientras deslizaba sus pulgares bajo su pantalón.

Clavé mi mirada en la banda mientras bajaba despacio, quedé boquiabierta al notar que no traía bóxer ni nada abajo del pantalón, y no fui capaz de respirar mientras el incendio en mi vientre se convertía en una llamarada.

—Al diablo con esto —dijo al caminar rápido hacia él.

Él me recibió con sus manos en mis caderas. Cuando mis labios se estrellaron contra los suyos para resumir nuestro candente beso él me levantó como si no pesara ni un bendito kilogramo.

Abrí mis piernas y le abracé la cadera. Su sabor era fresco y embriagante, y el aroma despedido por su cuerpo llenó mis fosas nasales y adormeció mis pensamientos aun más de lo que ya estaban.

Mi mundo giró al compartir mi calor con Thomas, y cuando abrí mis ojos ya estaba acostada

encima de un banco de pesas. Él dejó de besarme, pero su boca no se separó de mi cuerpo. Recorrió mi piel hasta mis pechos, que él ya había liberado de mi sujetador sin que me hubiera dado cuenta.

Gemí y reí al mismo tiempo que su boca hambrienta me saboreó. Joder, lo hacía como si no hubiera mañana. Como si hubiera estado esperando ese momento toda la vida. Arqueé mi espalda y le abracé la cabeza.

Le miré temerosa de que al subir su mirada fuera a encontrarme el rostro de Norberto y cayera en cuenta que estaba soñando de nuevo. Pero al ver a Thomas mirándome, saboreándome, amándome, mi corazón dio un giro en mi pecho.

Cada célula de mi cuerpo quemaba por dentro cuando le empujé de mí. No estaba pensando cuando tomé mis bragas y las deslicé hacia mis pies y me acosté en el banco de nuevo.

Mi estómago se retorció de los nervios al verlo desnudo ante mí, y nuestras miradas se fijaron en nuestros ojos mientras él se deslizaba entre mis piernas y se dirigía a mi interior.

Tensé cada músculo de mi cuerpo. No había estado con ningún hombre que no fuera Norberto en tanto tiempo. Temblaba por dentro. “*¿Qué tal si no le gusta?*” pensé, respirando por la boca cuando su miembro me encontró.

“*¿Qué tal si...?*”

Su rostro calló toda duda. Por alguna razón supe que estaba al borde del éxtasis igual que yo. Ambos mirábamos hacia el abismo, y nos lanzamos al mismo tiempo.

Le abracé con todas mis fuerzas cuando se zambulló en mis profundidades, y le acompañé en su vaivén con mis caderas. Quizá lo dejé sordo por los gemidos que me sacaba. Él tenía la culpa, ¿por qué me hacía gozar tanto?

Grité riendo contra su cuello. Él jadeaba, gruñía, gemía. Su sudor se mezclaba con el mío y la lubricación de nuestros cuerpos servía de poco para calmar el incendio de nuestra pasión.

Thomas me abrazó y se levantó conmigo pegada a él como si estuviéramos fusionados. Dio la vuelta y se acostó despacio en el mismo banco donde había estado yo.

Empujé su pecho y me senté encima de él. Sus manos se aferraron a mis pechos y moví mis caderas como una poseída por el momento. Su ser emanaba un calor que me hacía pensar que estaba por encenderme en llamas, un calor que explotaba en cada milímetro de piel que sus dedos tocaban.

Cerré mis manos sobre la obra maestra que eran sus pectorales. Les arañé, dejándole un recuerdo de nuestro momento, nuestro deseo, nuestra pasión.

—Te he deseado desde que regresé —dijo sin aliento, y la firmeza de su agarre en mi culo respaldó sus palabras.

—¿Y por qué te tardaste tanto? —le reclamé entre risas.

—Joder, Camila, me vas a matar —dijo, arqueando su cuello y sonriendo.

Solté una carcajada. —¿Igual que hace doce años? —pregunté riendo, sin aliento, mi cuerpo temblando, mi vientre tensándose, acumulando energía y fuerza que no tardaba en liberarse.

Grité cuando su mano se estrelló contra mi nalga. Aquello me hizo acostarme encima de él, y subir y bajar mi pelvis una y otra vez, cada vez más rápido según sus manos me azotaban.

“*Lo recordó,*” pensé, sonriendo como jamás había sonreído en mi vida.

—¡Me muero, Camila! —gruñó a mi oído, abrazándome fuerte.

—¡Joder, Thomas!

Pegué mi frente contra su mentón y grité mientras mi cuerpo convulsionó en el momento que su calor entró en mi ser. Podía percibir en la superficie de mi piel cómo él flexionaba cada músculo

de su cuerpo al compartir mi éxtasis.

Él me abrazó, y yo me arrastré hacia arriba hasta besarle. Esta vez nuestras lenguas no lucharon. Bailaron, juntas, pasándonos esa pasión que al menos yo había estado reprimiendo desde que le había vuelto a ver.

Respiré profundo antes de separar mis labios. Él acarició mi cabello con una mano, y con el dorso de la otra frotó mi mejilla mientras miraba a mis ojos.

—Eres increíble, Camila —dijo.

Sonreí y negué con la cabeza. —Claro que no —dije—. Estoy... fea. Me veía mejor hace doce años.

—Te veías diferente —dijo—. Pero como te ves ahora... —él bajó su mano sobre mi espalda, sacándome un escalofrío que se hizo más grande cuando tomó una de mis nalgas y la apretó—. Camila, eres una mujer espectacular.

Reí y pasé mi dedo índice encima de su boca. —Debería irme.

Thomas entrecerró sus ojos. —Todavía no amanece, Cami, quizá...

Solté una carcajada. —No, tontito —dije—. No debo dejar a mi hija sola tanto tiempo. ¿Qué tal si despierta?

Él sonrió tanto que me contagió. —De acuerdo, cariño —dijo.

Pasé mis manos sobre su rostro antes de darle un rápido beso en los labios y levantarme.

Tomé mis bragas y sujetador, y me puse la bata encima de mi cuerpo desnudo todavía húmedo de nuestro sudor.

Caminé con la vista en la puerta, resistiendo el impulso de girar mi vista hacia él hasta estar a punto de irme. Mi cuerpo estaba demasiado fundido como para volver a tomar el control de mis acciones. Esta vez mi mente estaba al mando.

Giré a sonreírle, y seguía sentado desnudo en ese banco, mirándome alejarme.

“*Maldita sea, Camila,*” pensé al bajar la cabeza y salir del gimnasio. “*¿Ahora qué vas a hacer?*”

## Capítulo 15.

*Thomas*

“*Qué noche,*” pensé al mirar mi tazón lleno de cereal. “*Hacia tiempo que no dormía tan bien.*”

Escuché alguien entrar a la cocina y detenerse detrás de mí. Ya había memorizado los pasos de casi todos los empleados de la mansión. —Buenos días, Dante —le saludé.

—¿Cómo supo que era yo, señor Beringer? —caminó alrededor de la mesa de la cocina hasta estar al lado opuesto—. ¿Gusta que le prepare algo más sustanciosos de desayunar?

—Esto está perfecto, Dante —le dije, levantando mi cuchara.

Él rio y negó con la cabeza. —Sabe, su padre acostumbraba desayunar huevos cocidos con fruta y queso cottage casi todas sus mañanas.

Bajé mi cuchara y le miré con ojos entrecerrados. —Si hay algo que sé es que mi padre no cambiaría sería su adicción al tocino todas las mañanas.

Dante se encogió de hombros. —Dije que era su “desayuno” —dijo—. Jamás mencione su bocado de media mañana.

Solté una carcajada y giré hacia la ventana, desde donde alcanzaba a ver el muro de la caseta de la piscina. —Avísame cuando despierten nuestras invitadas —le dije antes de tomar el tazón y beber la leche restante.

—Aquí viene una.

Me levanté de un brinco, ajusté la camisa de tirantes que traía puesta, y pasé mi mano encima de mi cabello.

Giré al escuchar la puerta del jardín abrirse, y sonreí esperando encontrar a Camila recién levantada y en necesidad urgente de un café.

En su lugar encontré a la pequeña Inés con una bata de su tamaño puesto.

Le lancé una mirada a Dante y éste sólo sonrió, luego volví mi atención a la pequeña.

—Buenos días, cariño.

—Buenos días, Thomas —saludó con una sonrisa.

—¿Tu mamá ya despertó?

Ella negó con su cabeza. —No, siempre duerme hasta tarde los domingos.

Reí y miré de reojo hacia el exterior. —Bueno, dejémosla descansar entonces —tomé una de las sillas de la mesa y la jalé para que ella se sentara en ella—. ¿Tienes hambre?

Ella asintió cuando se sentó, y miró mi tazón de cereal. —¿Quieres cereal? —pregunté.

—Sí, pero no de ese.

Arqué mi ceja. —¿Por qué no? Es muy nutritivo —dije al caminar hacia la alacena y sacar un plato hondo pequeño—. Tiene mucha fibra, pasas, y pedazos de...

—Sabe a calcetín de abuela —dijo.

Me quedé estupefacto al dejar el tazón en la mesa. La miré un instante, luego giré hacia Dante, que hacía lo que podía por aguantar la risa.

—¿Cómo es que sabes a qué sabe el calcetín de abuela? —le pregunté, apoyándome en el respaldo de la silla, y ella sonrió— De seguro te comiste uno y por eso le faltan siempre que lava

la ropa.

—¡No! —dijo entre risas— Dice mi mamá que es por un duendecillo que vive dentro de la lavadora y como no puede salir de ahí se roba nuestros calcetines cuando se le rompen los suyos.

Me carcajeé junto con Dante. —Muy bien —dije, tomando la caja de mi cereal—. Aunque solo tenemos de este cereal, ¿verdad, Dante?

—Sí, señor —dijo—. Lo siento.

—¿Qué te gustaría desayunar, cariño? —le pregunté.

Inés apretó sus labios y puso su dedo contra su mejilla mientras miraba hacia arriba. —Gofres.

Crucé mis brazos y sonreí. —Qué suerte tienes, Inés —ella inclinó su cabeza—. Estás ante el mejor preparador de gofres del mundo.

—¿Tú? —preguntó.

—¡Por Dios, no! —exclamé— Si yo te hago un gofre estarías vomitando verde, azul, y rosa por una semana.

Inés rio. —¡No! ¡Puaj!

Miré a Dante, y él sonrió. —Los mejores gofres del mundo, a la orden —dijo.

Me acerqué a él. —Sí los sabes hacer, ¿verdad? —le susurré.

Dante resopló. —Aprendí del abuelo de esa niña, señor —dijo—. Le aseguro que será una experiencia culinaria para ambos.

Reí y regresé mi atención a Inés. —¿Quieres ver algo en la televisión mientras están listos?

—¡Sí! —dijo— Quiero ver Enredados.

—¡Excelente elección! —le dije cuando bajó de la silla.

Atravesamos el pasillo y entramos a la sala, donde Atlas estaba echado junto a la mesita frente al sillón.

—¡Perrito, perrito! —dijo Inés al tirarse a la alfombra y sobarle detrás de las orejas.

Me senté y miré a Atlas cerrar sus ojos y suspirar ante el cariño.

—Pensé que la moda ahora era ver Frozen —le dije, encendiendo la televisión.

—No, Enredados está mejor —dijo Inés—. No me gusta el frío y Elsa es una pesada.

—A mí tampoco me gusta el frío —dije—. Detesto tener que ponerme abrigo y echarme veinte cobijas en las noches para no tener frío.

—Lo odio —dijo Inés—. Y mi mamá siempre me tapa hasta la nariz.

Sonreí mientras elegía la película del menú de la televisión. —Bueno, lo hace porque no quiere que te enfermes.

—Lo sé —dijo.

Reí y la miré atenta a la película mientras se recargaba encima del pobre Atlas.

“*Mi madre me cobijaba igual,*” pensé, recordando el rostro de mi madre cuando lo hacía, o al menos lo que podía recordar de ella. Había sido tanto tiempo que no la pensaba.

—¿Sabes que te ayuda mucho a no enfermarte y te hace más fuerte? —dije, y ella me miró— Jugo de naranja.

—¡Sí! —dijo, sonriendo.

—Te traeré un vaso —dije, poniéndome de pie—. Cuidas de Atlas mientras regreso.

—Él estará seguro —dijo Inés, rascándole su espalda.

Reí para mí al girar hacia el pasillo.

Me detuve al ver a Camila con las manos cruzadas recargando su hombro contra el marco de la puerta, sonriendo de oreja a oreja.

—Buenos días, cariño —le saludé.

—Buenos días —ella miró a Inés—. Maldita, casi me da un infarto cuando me desperté y no estaba.

Reí y la miré de reojo mientras me acercaba a su mamá. —Sabes, no dejaría que nada les pasara.

—Lo sé —dijo Camila, mirándome a los ojos y luego hacia mi pecho. Puso su mano abierta encima de dónde estaría mi corazón, y yo puse la mía encima de la de ella—. Vi lo que le podías hacer a un costal de box.

Reí. —Y eso no es nada —le dije, acercándome más a ella—. Sé hacerle cosas a las personas que no te imaginas.

—¿Ah sí? —dijo, sonriendo y alzando las cejas.

Acerqué mi rostro al suyo, y ella elevó su mentón hacia mí y entrecerró sus ojos. Miré de reojo a Inés y al ver que estaba atenta a la película tomé de la cintura a su mamá y la pegué a mi cuerpo.

—Cuidado —susurró—, que ya sabes lo que provocas si me agarras así.

—Lo sé —dije antes de darle un beso rápido pero apasionado en esos deliciosos labios frescos.

—Ya —dijo, pegando su frente a mi mentón.

—¿Por qué?

—Porque si sigues vas a tener que cumplirme —susurró.

—No tengo problema con eso —dije—. Dante puede vigilar a Inés.

Camila rio y alzó su mirada. —No tienes vergüenza.

—Disculpa, ¿apenas me conociste? —ambos reímos, y le di otro beso candente al mismo tiempo que le palmaba su trasero.

—Ya, basta —dijo sin quitar sus labios de los míos.

—Va —me alejé un poco—. ¿Tienes hambre?

—Sí.

—Dante está preparando gofres —dije—. Le iré a decir que prepare para todos.

—No te quisiera molestar más de lo que ya...

Le puse mi mano abierta encima de sus labios, acerqué mis labios a su frente y le di un tierno beso en ella.

—Jamás podrías ser una molestia —le dije—. Al menos quédense a desayunar.

Camila asintió. —No puedo decirte que no.

Reí al hacerme a un lado y dejarla entrar a la sala. —Ambos sabemos que eso es una mentira.

Camila me entrecerró los ojos y apretó sus labios antes de girar e ir con su hija.

Fui a la cocina y encontré a Dante con una toalla de mano encima de su hombro mientras esperaba a que terminara la batidora.

—Necesitaremos gofres para todos —le dije.

—Por supuesto, señor —dijo, apagando la batidora—, ¿necesita que prepare algo más?

Abrí la puerta del refrigerador, saqué el envase del jugo de naranja, y noté las salchichas empaquetadas y jamón rebanado.

—Guisa estas para acompañarlos —dije, sacándolas.

—Sí, señor —dijo, sonriendo.

—¿De qué te ríes?

—De nada, señor —dijo—. Me da gusto que usted y la señorita Camila al fin se emparejaran.

Solté una carcajada. —¿Emparejarnos? Yo...

Miré hacia la puerta de la cocina, y alcanzaba a ver la pantalla de la sala. Imaginé a Camila ahí

sentada con Inés, mirando la película, sonriendo.

Recordé la noche anterior, y la pasión incontrolable que nos poseyó. Joder, si doce años antes había sido la mejor noche de mi vida lo sucedido vino a imponer nueva marca.

—No sé qué sucedió entre Camila y yo.

—Con todo respeto, señor —dijo Dante—. Creo que sabe *perfectamente* lo que sucedió entre ustedes anoche.

Reí. —Te enteras de todo en esta casa, ¿no es así?

—No sería un buen mayordomo si no lo hiciera, señor.

—¿Pero qué significa?

—¿Qué significa qué?

Incliné mi cabeza en dirección de la puerta. —Camila y yo.

Dante tomó el envase de jugo de naranja y llenó tres vasos con él. —¿Qué le gustaría que significara?

Suspiré. —No lo sé —dije—. No es como si lo hubiera planeado.

—Es obvio que no lo planeo. Rara vez un evento pasional durante la madrugada lo es —Dante puso los vasos encima de una charola de aluminio.

Entrecerré mis ojos y tomé las orillas de la charola. —Sabiondo.

Levanté la charola y caminé hacia la salida de la cocina.

—Señor —giré y miré a Dante—. ¿Me permite ser franco?

—Siempre, Dante.

Él asintió. —La señorita Camila ha tenido... Perdón, *tiene* una vida difícil —dijo—. Creo que le vendría bien un respiro de esa vida.

Sonreí y asentí. —Entendido.

Caminé a la sala, donde Inés ya se había subido al sillón con su madre y ambas miraban la película.

Puse la charola en la mesita y me senté junto a Inés. Estiré mis brazos hacia los lados sobre el respaldo del sillón, y Camila recargó su cabeza contra mi brazo al voltearme a ver.

Nos miramos a los ojos, y mi interior se encendió con una calidez extraña que no pude identificar.

Pero me agradó. Me agradó mucho.

## Capítulo 16.

*Camila*

“*Por favor, ya basta,*” pensé al carcajearme y poner mi mano abierta encima de mis ojos.

Thomas subió el volumen del estéreo al igual que el de su propia voz al cantar. Mi querida Inés le siguió el juego, y yo solo giré a verlos con la duda de quién era el niño.

“*¿Cómo puede un hombre tan hermoso cantar tan mal?*” pensé al ver a Thomas.

—Aquí, ¿verdad? —preguntó, apuntando hacia adelante.

Giré mi cabeza y suspiré al ver mi casa en la siguiente cuadra. —Sí, ahí donde dice “Consultorio Psiquiátrico.”

Habría pensado que con una camioneta tan grande como la Lincoln que tomamos tendría problemas para estacionar en paralelo, pero Thomas lo hizo con la misma eficiencia y seguridad que la que tenía cuando manejaba el Lamborghini.

—¡Gracias, Thomas! —dijo Inés cuando Thomas apagó el motor, levantándose de su asiento y brincando en el espacio entre los asientos de pasajero y conductor para alcanzar a darle un beso en la mejilla— ¡Me gustó mucho la película!

—Qué bueno, cariño —dijo con esa estúpida mueca que me derretía al verla—. No olvides el trato que hicimos.

—No, señor —dijo, saludándole como lo haría un soldado.

Thomas me miró de reojo antes de salir de la camioneta, caminar frente a nosotros, y abrirnos las puertas.

—Toma —le entregué las llaves de la casa a Inés—. Entra y alístate para meterte a bañar.

—Adiós, Thomas —Inés le saludó con la mano antes de dar la vuelta y correr hacia la puerta de la casa.

Giré hacia él, pero regresé mi atención a Inés y noté que traía en sus manos los bolsos de las tiendas a las que habíamos ido luego de la función del cine.

—¡Inés, te dije que yo las metía! —le regañé al ver que apenas y podía cargarlas todas.

—¡Yo puedo, mamá!

Gruñí y giré hacia Thomas, que me había tomado de los hombros.

—Deja les ayudo —dijo.

—No —puse mi mano en su pecho, mirándole a los ojos—. Deja voy. Tú espera aquí.

—¿No quieres que entre a tu casa?

Sonreí. —Si entras ya no te dejo salir.

—Eso no sería algo malo —Thomas rio, y yo mordí mis labios tentada a acceder a su propuesta.

—No —dije, poniendo un dedo en sus labios—. Este es mi tiempo con mi hija.

Él asintió. —Entiendo.

Caminé dos pasos sin girar mi cuerpo, luego lo hice y fui hasta Inés, que acababa de poner los bolsos en el suelo para poder abrir con la llave.

—A alistar el baño —dije cuando entré a la casa.

—Llevo las bolsas a... —dijo, al pasar, arrastrándolas.

—Aquí déjalas —le ordené—. Aquí estarán tus cosas esperando cuando salgas de bañarte.

—Sí, mamá —dijo, resignada, soltando su botín.

—Iré a despedir a Thomas —le dije—. Más te vale que cuando regrese ya estés adentro de la ducha.

—¡Sí, mamá!

Sonreí y salí de la casa mientras acomodaba mi cabello detrás de mis orejas. Levanté la mirada y quedé paralizada.

Norberto estaba frente a Thomas.

Al acercarme ambos giraron a verme, y desapareció la sonrisa de mi rostro, cambiándola por una mirada asesina hacia Norberto.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, cruzándome de brazos.

Él alzó sus manos abiertas, luego apuntó con su dedo a Thomas. —¿Él quién es?

—Nadie de tu incumbencia —le dije antes de que Thomas dijera algo, parándome entre él sin quitarle la vista a mi ex—. No deberías estar aquí, Norberto.

—Tengo derecho a saber con quién está mi familia, Camila —dijo Norberto, mirando a Thomas como si yo no estuviera frente a él.

—En efecto, es tu derecho —dijo Thomas, ofreciéndole su mano a estrechar—. Thomas Beringer.

Norberto alzó su mentón al mismo tiempo que estrechaba su mano. —Norberto Hueso.

—Maldita sea —dije, negando con la cabeza y mirando sus manos estrechadas. “*De seguro este idiota le va a apretar la mano como siempre lo hace con todos los hombres que conoce.*”

Vi a Thomas con una mueca confiada, y cuando giré hacia Norberto le noté su expresión de preocupación, y casi podía jurar que estaba ruborizándose.

—Es un placer conocerte, Norberto Hueso —dijo Thomas dejando largas pausas entre sus palabras.

Arqué mi ceja y sonreí. Cuando soltaron sus manos, aguanté la risa al ver que Norberto metió la suya en su pantalón, tratando sin éxito de ocultar lo temblorosa que la tenía.

—Un gusto, Thomas Beringer —dijo Norberto esforzándose por ocultar el coraje en su voz—. Soy el esposo de Camila.

—Otra vez con eso —dije, estrellando mi mano en su pecho—. Métete a la cabeza que estamos divorciados. Di-~~vor~~-cia-dos, que significa que ya no estamos juntos.

Norberto se sacudió el pecho y levantó sus manos abiertas a los lados, apretando sus labios y mirando a Thomas. —Qué brava es, ¿no?

—Norberto —dije, tragándome la bola de maldiciones que me moría por lanzarle en ese momento—. Si no te vas en este momento mi siguiente llamada será a la trabajadora social y reportar que estás viniendo a la casa sin avisar.

—Oye, mamita, tranquila —dijo Norberto—. Ayer intenté llamarte durante todo el día y toda la noche, y nunca me contestaste.

—Estaba ocupada —le dije—. Tú sabías que estaba ocupada. Te llamé el viernes y te dije que iba a estar ocupada.

—Ay —dijo—. Lo olvidé, mamita. Me preocupé —acercó su rostro al mío—. ¿Qué debe hacer un hombre si su esposa no responde a sus llamadas? Tenía que ver si estaban bien.

Ninguna de esas palabras tenía un indicio de sinceridad. Crucé mis brazos y negué con la cabeza. —Pues estoy bien, ¿contento? —le dije—. Y ya no soy tu esposa. Ya vete.

Norberto sonrió antes de besar sus dedos índice y medios, luego los movió despacio en mi dirección.

—Como digas, amor —dijo Norberto—. Nos vemos el siguiente sábado —se detuvo en su andar, y miró a Thomas—. Buen día.

—Maneje con cuidado, Norberto —contestó.

Le seguí con la mirada hasta que se subió a su coche y se alejó despacio, matándonos con la vista a todo momento.

Giré hacia Thomas y cubrí mi rostro con mis manos. —Lo siento, lo siento, lo siento.

—¿Por qué te estás disculpando? —dijo, tomándome de la cintura y acercándose a él— Tú no hiciste nada.

—Ojalá no maneje con cuidado —dije—. Todos mis problemas se desvanecerían si él...

Gruñí y descubrí mi rostro.

—Es un tipo encantador —dijo Thomas, y yo solté una carcajada—. ¡De verdad! Puedo ver por qué te casaste con él.

—No seas imbécil —le dije, poniendo mis manos detrás de mi cabeza—. Te apretó la mano, ¿verdad?

Thomas sonrió y asintió mientras levantaba su mano. —Lo intentó.

Reí un poco y respiré profundo. —Se la hubieras roto.

—Lo consideraré, pero no sabía si era una opción aceptable para ti —dijo Thomas— ¿Hace eso seguido?

—¿Actuar como si mi vida le perteneciera? Sí, al menos una vez a la semana.

—Bueno —dijo Thomas, sonriendo—. Espero agarre la indirecta antes de que lo mates.

Suspiré y reí. —Te juro que sí lo hago —alcé la mirada y rodeé el cuello de Thomas con mis brazos—. Logré que el juez me concediera el divorcio aun cuando él no quiso presentarse ni una sola vez al juzgado, me salí de su estúpida casa, le he amenazado con...

Cerré mis ojos y pegué mi frente contra el pecho de Thomas, y respiré profundo mientras hacía todo lo posible para evitar que una sola lágrima escapara de mis ojos.

—Está bien, cariño —me tomó de los hombros antes de abrazarme.

—Ya no sé qué más hacer —dijo sin lograr que mi voz no saliera quebrada.

—Ya, cariño —susurró Thomas, rodeando mi torso con sus brazos gigantescos con una firmeza y seguridad de la que jamás quería alejarme.

—Odio que haya arruinado un día perfecto —dije.

—No lo arruinó —dijo Thomas—. Este día fue perfecto. Anoche fue perfecto.

Alcé mi cabeza y le miré a los ojos. —¿Por qué te fuiste hace doce años? —le pregunté, acariciándole la mejilla.

Él hizo una mueca mientras tomaba mi mano y la ponía sobre su abdomen. —Si no me hubiera ido, no tendrías esto con qué divertirme.

Cerré mis ojos y solté una carcajada. —¡Cómo eres idiota!

—Dime que no tengo razón —dijo entre risas.

Mordí mis labios mientras le miraba a los ojos. —Tienes razón.

—Eso es lo que quiero oír, cariño —dijo, levantando mi mano hacia su boca y dándole un beso.

Respiré profundo y gruñí. —Por Dios, ¿qué vamos a hacer?

—¿De qué hablas?

—De... —apunté hacia su pecho y luego hacia el mío—. Esto, nosotros, mañana, la oficina.

—Eso lo veremos mañana —dijo.

—Pero...

—Pero nada —Thomas tomó mis manos y acercó su rostro al mío—. Entra con tu hija y disfruta el resto de este día perfecto.

—Pero...

—Los problemas de mañana ahí seguirán listos para ser resueltos mañana —dijo Thomas—. Por ahora, ve con tu hija.

Apreté mis labios. Thomas tomó mi rostro con sus manos y acercó sus labios a los míos.

Nos besamos con la misma intensidad que lo hicimos la noche anterior. Joder, mi cuerpo vibró con esas sensaciones exquisitas que sus manos y su calor y todo su ser me provocaron.

Gemí y restregué mi cuerpo contra él, y Thomas me abrazó con fuerza, y entendí que quizá él tenía tan pocas ganas como yo de dejarme ir.

—Basta —susurré, separándome de él—, porque estoy muy cerca de necesitar que te quedes.

Thomas sonrió. —Mañana —susurró.

Sonreí. —Mañana.

Thomas dio dos pasos hacia atrás, y tuve que empujar mis pies contra el pavimento para luchar contra la fuerza que me tiraba hacia sus brazos.

—Descansa, encanto —dijo.

Reí y me despedí con la mano mientras le veía entrar a su camioneta. Cuando se alejó suspiré y crucé mis brazos antes de entrar a mi casa.

—Mañana —dije, sonriendo, acariciando mis labios—. Mañana.

## Capítulo 17.

*Thomas*

Respiré profundo mirando al techo de mi oficina mientras dejaba que mi corazón se tranquilizara un poco.

Miré a un lado y vi a Camila acomodándose su falda, la cual le había subido unos minutos antes que ambos nos dejáramos llevar por el momento.

Ella rio. —No puedo creer que hicimos eso —dijo entre risas, volteando a verme, abotonando su blusa.

—¿Qué rayos fue eso? —dije entre risas, recordando chispazos del encuentro explosivo que acabábamos de vivir.

—¡No sé! —Camila sacudió su cabeza y miró al suelo— ¿Dónde dejaste mis zapatos?

—¿Yo? —dije, levantándome y luego subiéndome los pantalones— Yo no te los quité, yo solo...

Camila levantó su mano mientras sonreía con los ojos cerrados. —Sé muy bien lo que hiciste.

Miré al pie del sillón y alcancé a verlos debajo de él. Me puse de rodillas, los saqué, y estiré mi mano hacia su pierna.

Ella entrecerró sus ojos y levantó uno de sus pies, permitiéndome ponerle su zapato, para luego acariciarle con la punta de mis dedos su pantorrilla.

Cuando dejé de hacerlo, ella bajó su pie y levantó el otro, al cual repetí la acción, además de tomarme un poco más de tiempo para acariciar su pantorrilla y rodillas.

—Esto no puede volver a pasar —dijo, pasando sus manos entre su cabello.

—¿Por qué no? —dije, poniéndome de pie y abrochando la bragueta de mi pantalón— Me pareció una buena manera de iniciar el día.

Camila mordió su labio y soltó una risilla. —No puede ser que en cuanto haya entrado a la oficina me haya arrojado encima de ti y...

Me acerqué a ella y le acaricié el mentón. —A mí me encantó. Hazlo más seguido.

Camila cerró sus ojos y suspiró. —Joder, ni cuando fui adolescente hice algo así.

Rei y caminé hacia mi escritorio. —Soy una muy mala influencia, entonces.

—Eres lo peor —dijo, cruzándose de brazos—. ¿Así será siempre?

—Dios, ojalá y sí —dije sonriendo tanto como pude, pero dejé de hacerlo cuando noté la expresión seria en su rostro—. Vale, hablemos en serio.

—Por favor —dijo—. Necesitamos hablar de lo que sucedió este fin de semana.

—De acuerdo —crucé mis brazos.

Camila cerró sus puños, alzó su cabeza y respiró profundo. —Dije en serio que había sido un día perfecto.

—Para mí también lo fue.

—Y lo de ahorita... —Camila sonrió tanto que no pude evitar hacer lo mismo—. Pero... Pero no somos niños, Thomas.

Me detuve antes de decir una tontería. —No, no lo somos.

—Tengo una hija, Thomas —dijo—. Soy una mamá, no puedo...

—Voy a detenerte ahí mismo —dije, levantando mi mano, y ella se quedó mirándome con su boca entreabierta—. Solo porque seas madre de una maravillosa hija no quiere decir que no te merezcas sentir como te sentiste hace unos instantes en ese sofá...

—Lo sé...

—O en mi gimnasio —dije, con una mueca, y alcancé a verla retorcerse un poco al recordar tan delicioso evento.

—Lo sé... —su sonrisa se volvía más grande, y noté que su respiración se aceleraba un poco.

—Entonces, ¿por qué estás tratando de convencerte que no debes hacer esas cosas?

—¡Pues porque no debo!

—Yo soy el dueño de la compañía, y yo digo qué puedes y qué no puedes hacer —dije tratando de aguantar la risa.

Camila se cruzó de brazos. —¿Quieres que traiga alguien de Recursos Humanos para oficializar ese cambio de política en la compañía? —dijo entre risas.

Ambos reímos, y yo me acerqué a ella. Le tomé de los hombros, y deslicé mi mano hacia la curva de su espalda, deteniéndome justo a los lados de su espina dorsal.

—No seré egoísta al respecto —dije—. Si te incomoda que volvamos a hacerlo aquí en la oficina no lo volveremos a hacer.

Camila asintió. —Me incomoda —soltó una carcajada—. En el momento no, pero...

—No necesitas explicármelo —dije, dando un paso hacia atrás, y quitando mis manos de su cuerpo.

Pero ella tomó mis muñecas antes de que quitar mis manos de su cintura. —Me encantó.

—A mí también.

—Esto es nuevo para mí, Thomas —dijo, inclinando su cabeza a un lado—. Nunca tuve una relación en que podía ser así de... arrojada.

—Una relación —dije, sonriendo.

El teléfono de mi escritorio sonó antes de que pudiera decirle algo. Fui a mi escritorio y presioné el botón del altavoz.

—¿Qué pasó... Sandra?

Camila rio. —Se llama "Salma" —susurró.

—Señor Beringer —dijo—. La señorita...

—¡Ábreme y llévame a desayunar que acabo de bajar del avión! —dijo una voz que reconocí al instante.

Miré a Camila y me miraba sonriendo. —Debo volver a... —dijo, apuntando con sus dedos hacia la puerta mientras giraba en esa dirección.

Asentí. —¿Quieres que... comamos juntos?

Camila se detuvo cuando tomó el seguro de la puerta y sonrió. —Depende qué vayas a comer.

—Pensaré en algo, cariño —le guiñé el ojo, y ella sonrió antes de abrir la puerta.

Lexi entró de golpe a mi oficina, y Camila la esquivó por un pelo.

—¡Ay, lo siento! —dijo Lexi, deteniéndose en la entrada mientras me miraba y luego a ella— Pensé que sólo estaba Thomas.

—Está... bien —dijo Camila, sonriendo y saliendo de mi oficina.

Lexi la miró un instante, luego entró a mi oficina y cerró la puerta.

—¿Qué tal tu viaje? —le pregunté— ¿Dora te sorprendió con la pregunta del millón de dólares?

Ella caminó despacio, mirando alrededor de la oficina antes de fijar su atención en mí.

Me lanzó una mirada que reconocí al instante. —Mierda —dije.

—¿Te la acabas de follar? —preguntó estupefacta.

Solté una carcajada nerviosa. —Esa maldita vista de halcón que tienes, cariño.

Ella sonrió, juntó sus brazos, y dio pequeños brinquitos parada en medio de la oficina. —¡Lo sabía, lo sabía, lo sabía! —dijo— Le dije a Dora que era cuestión de tiempo.

—¿Ah sí?

—¡Era obvio! —dijo— Y la forma en que ella te desvestía con la mirada... ¡Hijo de puta, Thomas! ¡Te dejo sola y ya te follaste a...!

—¿Traes los resultados del resto de tu auditoría a mi compañía? —le interrumpí— Ya sabes, la tarea por la que te estoy pagando.

—De hecho no me estás pagando a mí, sino a la compañía para la que...

—Lexi.

—¡Claro! —dijo, dejando la carpeta de piel en mi escritorio y deslizándola hacia mí— Esos son los resultados finales de mi investigación a fondo de tu compañía.

Abrí la carpeta. —¿Algo de lo que deba preocuparme?

—Nada que un par de despidos y acuerdos de confidencialidad no solucionen —dijo—. También incluí algunas sugerencias para mejorar la seguridad de la información de tu compañía, en especial ahora que los nuevos paneles solares están listos.

Giré a verla. —¿Cómo demonios sabes de eso? Se supone que solo el equipo de investigación y...

—Página tres, séptimo punto de potenciales fugas de información —dijo, poniendo su dedo en el extremo de la carpeta—. Con un demonio, bebé, para esto me pagaste.

—Ya vi —dije, leyendo los puntos—. Excelente trabajo.

—Ahora, volviendo a lo tuyo con tu amor de adolescencia...

Cerré la carpeta, miré a Lexi mientras la dejaba en mi escritorio, y luego pulsé el botón de intercomunicador de mi teléfono.

—¿Sara? —pregunté.

—¿Sí, señor Beringer?

—Se llama “Salma” —susurró Lexi.

Giré mis ojos y negué con la cabeza. —¿Sería tan amable de traerme un café a mí y a mi invitada?

—¿O sea no me llevarás a desayunar? —dijo Lexi como niña pequeña a la que se le negó un dulce.

Miré mi reloj de muñeca. —Olvide el café —dije al altavoz—. Reprograme mis citas esta mañana.

—Enseguida, señor Beringer.

Luego de pulsar el botón de intercomunicador Lexi me acomodó un manotazo en la cabeza.

—¿Cuánto lleva esa chica como tu secretaria? ¿Y todavía no te aprendes su nombre?

—¡Al menos ya sé que empieza con “S”!

—Pero si fuera Camila... —dijo Lexi, subiendo y bajando sus cejas— Ahí sí no te equivocarías de nombre.

—Cállate.

—Camila, Camila, ¡oh, Camila!

Reí y crucé mis brazos. —No sé qué rayos estoy haciendo, Lexi.

—No es tu primer novia —dijo—. Caray, te presenté a dos de tus últimas parejas.

—Esto es distinto —dije, mirando el sillón donde estuvimos juntos menos de una hora antes—. Hay un historial entre nosotros que...

—Eran niños, Thomas —dijo Lexi, recargándose en el escritorio pegada a mí—. Sí, fuiste un idiota al irte así sin despedirte, pero ya te disculpaste por eso, ¿no?

—Sí.

—Entonces es borrón y cuenta nueva —dijo, empujando su codo hacia mí.

—Tiene una hija.

—¿Eso cuándo te detuvo?

—Las lleve al cine ayer —dije, y Lexi rio—, ¿qué es tan gracioso?

—¡Mis predicciones se cumplen! —dijo con tono triunfante— Nostradamus se retuerce de la envidia en su tumba. Thomas, ¿no te has fijado que llevas varias chicas con las que tienes una relación casual?

—¿Llevas cuenta de mis relaciones?

—¡Obvio! —dijo— Es lo que hacen las mejores amigas —sacudió su cabeza y giró su cuerpo hacia mí— Yo sabía que era cuestión de tiempo antes de que dieras con una mujer con la que terminarías sentando cabeza.

—Espera, espera —negué con la cabeza—. ¿No crees que te estás adelantando?

—¿De quién fue la idea de ir al cine? —preguntó.

Miré al espacio mientras recordaba. —Mía, pero Camila pudo haber dicho que no.

—No lo hizo —dijo Lexi, cruzando sus brazos y con una sonrisa en sus labios.

Asentí y sonreí, recordando lo divertido que fue ver a Camila y a Inés de compras, cómo mezclaron sus palomitas de maíz, y la facilidad con la que platiqué con esa niña a todo momento del día.

—La cara que estás poniendo me está diciendo tantas cosas —dijo Lexi, parándose y alejándose un par de pasos del escritorio.

Mi estómago se retorció un poco y una presión extraña apareció en mi pecho al recordar ese momento en que íbamos en la camioneta rumbo a su casa y la dicha que compartía con Camila en esos momentos.

“*Oh, joder,*” pensé.

—¡Anda pues! —gritó Lexi al caminar hacia mi puerta— ¡Llévame a comer algo que estoy por desmayarme!

Guardé mi teléfono en mi chaqueta y acompañé a Lexi afuera.

—Sasha, estaré desayunando —le dije a mi asistente—. Cualquiera...

Lexi tomó mi oreja y tiró de ella con fuerza. —¿Cómo se llama?

—¡Salma! —dije.

Lexi me soltó y se quedó parada mirándome como si fuera un angelito que no rompería ni un plato.

Miré a mi asistente, y hacía lo mejor que podía por aguantar la risa.

—*Salma* —dije, y ella amplió su sonrisa—. Cualquiera urgencia...

—Le llamaré a su móvil, señor Beringer —dijo.

Froté mi oído mientras caminaba junto con Lexi. Giré a ver al escritorio de Camila, y ella me miraba con una gigantesca sonrisa de oreja a oreja.

“*Sería lindo despertar con esa sonrisa todos los días,*” pensé.

## Capítulo 18.

### *Camila*

—Por aquí, señor Beringer —dijo la mesera sonriendo a Thomas y a mí antes de caminar hacia el interior del restaurante.

Apreté mi agarre de la mano de Thomas, que volteó de reojo a verme con una sonrisa en mi rostro.

“*Joder, qué lugar,*” pensé al ver las lámparas en forma de velas encendidas empotradas en las paredes y columnas del restaurant.

Dejé mi mirada clavada en los pequeños candelabros que colgaban encima de cada mesa, iluminando cada una con un acomodo de esos mismos focos de vela en las lámparas.

Mis entrañas gruñeron cuando aspiré los exquisitos aromas al mismo tiempo que veía de reojo los platillos en las mesas de los demás comensales. Aunque había comido bien al medio día aquello olía y se veía demasiado apetecible.

—¿Todo bien? —preguntó Thomas, deteniéndose y mirándome.

Sonreí mientras le miraba de arriba abajo y ponía mi mano encima de la solapa de su traje.

—Sí, claro —asentí, mirándole el cuello de su camisa desabrochada, habiéndose quitado la corbata—. Estoy nerviosa, es todo.

“*¿O le quité yo la corbata?*” pensé, mordiéndome el labio.

—¿Por qué estás nerviosa? —preguntó Thomas.

—Es nuestra primer cita —dije.

Él elevó mi mano y le dio un beso mientras engrandecía la mueca en su rostro. —¿Ya te dije que luces hermosa esta noche?

Suspiré y miré hacia abajo, agradecida de que aquel vestido de noche que no usaba en años me hubiera quedado.

“*Menos mal, porque no sé dónde podría haber conseguido otro qué ponerme para venir aquí.*”

Seguimos a la mesera hacia una mesa en el rincón más privado del restaurante.

Thomas tomó mi silla y la jaló para permitirme sentarme. Dejé salir una risilla mientras me acomodaba en mi asiento y le veía sentarse a mi lado.

No vi de dónde salió la botella de vino que la mesera servía en mi copa. Miré la etiqueta y suspiré aliviada al ver que era mi vino favorito.

Miré a Thomas. “*Sí que se preparó,*” pensé al dar un sorbo a mi copa.

—¿Para usted, caballero? —preguntó la mesera.

Él negó con la cabeza. —Macallan en las rocas, por favor.

La muchacha asintió. —Enseguida venimos con la carta y su bebida, señor Beringer.

Aguanté la risa mientras ella se alejaba. —No me dejes sola con esta botella que sí me la acabo —le amenacé sonriendo.

—No tengo problema con eso —dijo.

Entrecerré los ojos. —Quieres aprovecharte como aquella noche en el gimnasio.

Thomas recargó sus codos en la mesa y me miró con tremendo descaro de mi rostro hacia mi escote. —¿Acaso necesito ponerte borracha para eso?

Apreté mis labios un poco antes de acercarme a él y darle un ligero beso en los labios. —No —le susurré.

Él miró mi boca y suspiró. —Es tu vino preferido, ¿no?

—¿Y cómo supiste eso?

—Tengo mis fuentes.

—¿Lorena?

Thomas rio y se recargó en su silla. —¿Mis fuentes se equivocaron?

Negué mientras miraba con hambre sus labios. —No —respiré profundo, me enderecé en mi asiento, y miré alrededor de mí, notando los pequeños detalles de la decoración del restaurante.

—Qué bonito lugar —dije, notando los ladrillos rojos que adornaban los muros del restaurant, y las fotos en blanco y negro de algún país europeo colgadas a la mitad del camino entre el suelo y el techo—. ¿Quién te lo sugirió? ¿Lorena? ¿Reyes?

Un mesero llegó y dejó el vaso con la bebida de Thomas y los menús para nosotros.

Lo primero que hice fue ver los precios y los ojos casi se me salen de la cara.

Thomas daba un trago cuando notó la expresión en mi rostro. —¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Ya viste cuánto...?

Él rio. —Ignora eso.

—¿Quién diablos pagaría tanto por... *Pappar*...? —solté una risilla— Caray, ni se puede leer esto.

—De hecho, aquí lo hacen bastante rico —dijo Thomas como si nada.

Giré a verle. —¿Ya has venido aquí?

—Hace muchos años —dijo antes de darle un sorbo a su bebida. Me quedé mirándolo y él parecía haber aprendido cuando le pedía con la mirada que necesitaba más detalles—. Éste era el restaurante favorito de mis padres.

Mis interiores se apretaron como si se hubieran hecho un nudo de tensión imposible. —¿Es en serio?

Thomas asintió y encogió sus hombros. —Lorena me sugirió un lugar llamado Barb's... no sé qué.

—Bistro —le agregué.

—Pero... —Thomas miró a su alrededor—. No sé, quise traerte a un lugar que tuviera significado para mí, ¿sabes?

Sonreí y parpadeé de más tratando de reprimir las pequeñas lágrimas que se morían por escapar de mis ojos.

—Tú sí que sacaste todo para una primera cita —dije entre risas.

—Tú lo vales, Camila —dijo.

Suspiré y dejé el menú en la mesa. —¿Puedo preguntarte algo?

—Siempre.

Le miré boquiabierto mientras reunía el valor para preguntarle.

—¿Por qué... te fuiste?

Thomas no dejó de sonreír mientras me miraba, aunque podía ver en sus ojos que no había visto venir esa pregunta.

—Lo siento, no quise... —dije.

—Está bien —me interrumpió, luego suspiró—. Sí recuerdas que mi mamá estaba enferma.

—Sí —miré hacia arriba—. La... hospitalizaban seguido, ¿verdad?

—Sí —dijo Thomas, tomando su bebida y mirándola—. En aquellos tiempos no se sabía tanto de depresión crónica como se sabe ahora. Mi papá nunca me dejaba verla cuando la internaban. —acercó el vaso a su boca.

—Qué mal —puse mi mano encima de su antebrazo.

—Fue lo mejor —dijo—. Quería que tuviera solo buenos recuerdos de mi madre y no de sus... malos ratos —él resopló—. Así les llamaba: Malos ratos.

—Eso es entendible —dije—, ¿pero fue por eso?

Thomas negó con la cabeza. —Cuando terminé con Harvard regresé a casa y lo primero que hice fue pedirle a mi padre que me llevara con ella.

Cubrí mi boca. “*Recuerdo eso,*” pensé.

—Mi —vi cómo Thomas tensó los músculos de su mandíbula—... Mi padre me dijo que se había suicidado unas semanas antes.

—Recuerdo que mi papá y yo estábamos sorprendidos que no hubieras venido al funeral —le dije—. Mi papá le preguntó a don Mathias dónde estabas y contestó que estabas ocupado con la escuela.

—Fue lo mismo que me dijo cuando le reclamé —dijo Thomas—. Si me hubiera dicho hubiera tomado el primer avión hacia acá. No me quiso decir porque no quería que me distrajera de terminar mis estudios y...

Thomas bebió el contenido de su vaso, y yo apreté mi agarre de su antebrazo.

—No sabía eso —dije.

—Ese día —negó con la cabeza—... Solo decidí mandarlo al diablo, y me hubiera ido si cierta belleza no se me hubiera atravesado y me hubiera obligado a llevarla a bailar.

—Joder —dije, aguantando la risa—. Lo siento, supuse que necesitabas animarte. De haber sabido que te acababas de enterar de lo de tu mamá jamás...

—No te arrepientas —dijo Thomas, tocándome la punta de mi nariz—. Después de todo esa noche tú y yo...

—Sí es cierto —dije, sonriendo, y Thomas me dio un beso que frenó todo pensamiento para concentrarme en el sabor a whisky de sus labios y lengua.

—Fue por eso —susurró mientras le acariciaba la mejilla y miraba a sus ojos.

—Menos mal que arreglaron las cosas —le dije.

Thomas asintió. —Entiendo por qué lo hizo —dijo—. No estoy de acuerdo, y recordarlo aún me enoja, pero lo entiendo, igual que él entendió por qué me fui.

Seguí acariciando su mejilla y sonriendo cada vez más. —Maldita sea, Thomas, ¿por qué te tomó tanto tiempo regresar?

—¿Quieres que me disculpe por defender tus derechos y libertades? —dijo entre risas.

—No me refiero a eso —dije, retrocediendo y enderezándome en mi asiento.

Thomas tomó mi mano, y yo la apreté.

—No era nuestro momento —susurró.

Reí. —¿Y ahora lo es?

Él trazó un camino desde los nudillos de mi mano hasta el interior de mi codo con una sutileza que detonó escalofríos por cada centímetro de piel en mi cuerpo, concentrándose en su mayor parte en mi espalda y mis piernas.

Mi teléfono sonó, sacándome de mis pensamientos.

—Discúlpame —dije, tomando mi teléfono de mi bolso de mano—. Podría ser Inés.

—No tienes por qué disculparte —dijo Thomas, tomando su vaso sin quitarme la mirada de encima—. Eres una madre. Siempre debes estar pendiente de tu hija.

“¿Y si le pido que pague la cuenta y me lleve a casa en este momento?” pensé al sonreír más que nunca, aunque esa sonrisa desapareció al ver el remitente del mensaje que había llegado: Norberto.

Ni siquiera leí el mensaje. Borré la notificación y guardé el teléfono en su lugar de mi bolsa.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí —tomé mi copa y terminé el contenido de un trago.

—¿Fue Lorena o...?

—Inés está con Luciana en casa de una de sus amigas del colegio —dije, negando con la cabeza—. No era por eso.

Vi de reojo a Thomas, y aunque estaba sonriendo podía ver en sus ojos una preocupación por mí que resultaría en insistir hasta el cansancio lo que me molestaba.

“Hijo de puta, no dejas de joderme la existencia,” pensé, cerrando mis ojos y visualizando un coche pasándole encima a Norberto.

—Era mi ex —dije.

Thomas se mantuvo inmóvil. —De acuerdo —dijo—. ¿Está todo bien?

—No —dije, luego puse mis manos encima de su brazo— ¡No! ¡No me refiero a que haya un problema! Bueno, sí lo hay, pero no en este momento.

Thomas sonrió. —Estoy confundido.

Respiré profundo. —No quiero arruinar esta noche hablando de Norberto —dije.

Miré a Thomas y él tomó mis manos y las besó. —Si te puedo ayudar en algo con él...

—Él es mi problema, Thomas.

Asintió. —Lo sé.

Tomé el menú de nuevo. —¿Dices que esta cosa está deliciosa?

Thomas se acercó a mi rostro y besó mi mejilla. —Es la tercer cosa más deliciosa que he probado en mi vida.

Le miré intrigada. —La segunda es un guiso que probé en un mercado de Irak hace algunos años —dijo.

—¿Y la primera? —pregunté, alzando mis cejas.

Él se acercó y me dio un rápido beso. —Todo tu cuerpo.

—¿Todo? —dije con tono coqueto— Todavía no has probado todo.

—Tenemos tiempo, cariño —dijo, frotando la punta de su nariz con la mía—. Tenemos tiempo.

Cerré mis ojos, mordí mi labio inferior por dentro, y estuve tentada a decirle que pidiera la cuenta y nos largáramos de ahí.

Mi estómago gruñó de nuevo. “Sí,” pensé. “Tenemos tiempo.”

## Capítulo 19.

*Thomas*

Abrí un poco la ventana de la camioneta cuando nos detuvimos en el semáforo a un par de cuadras de la casa de Camila. No había parado de sonreír en toda la noche, y menos cuando tenía la voz desentonada de mi cita cantando a todo pulmón las baladas de la radio.

“*Y pensaba que yo cantaba mal,*” la miré de reojo cantar con ojos cerrados y sonrisa en sus labios. “*Pero ninguna como ella.*”

Abrió sus ojos, me miró, y dejó de cantar mientras su rostro se ponía en mil tonos de rojo.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada, ya me callaré.

—No te atrevas.

—Ay, sí —dijo entre risas—, de seguro tus tímpanos están por reventar.

—¿Bromeas? Tu voz es como miel para mis oídos.

Camila soltó una carcajada que duró unos instantes antes de que se cubriera la boca. Hubiera seguido mirándola de no ser por el puto semáforo que cambió a verde en ese momento.

“*Joder, cómo ríe,*” pensé ampliando mi sonrisa.

—Eres un reverendo idiota —dijo Camila entre sus carcajadas.

—Y tú una borracha —le dije—. No puedo creer que te acabaras esa botella tú sola.

—¡Yo te advertí que no me la dejaras porque sí me la acababa!

Ahora yo me carcajeé. —Sobre aviso no hay engaño.

Di vuelta para salir de la avenida y entrar a la colonia de Camila. Ella tomó mi mano que colgaba del extremo del descansabrazos, y yo deslicé mis dedos hacia su muñeca, apenas frotando con la punta de mis dedos su piel.

La sentí estremecerse. —No hagas eso —me reclamó.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—Dame una razón válida.

Hubo silencio por un instante. —Detén el coche.

—Estamos a unas casas de la...

—Que te detengas —ella insistió.

Hice lo que me pidió, y en cuanto subí la palanca a la posición de estacionamiento Camila ya había estirado sus manos hacia mi rostro.

Lo tomó, giró hacia ella, y me plantó un beso sabor a vino y caramelo de menta que me instigó a correspondérselo con la misma intensidad.

Le tomé de la nuca con una mano y con la otra deslicé mi mano hasta su cadera. Ella gimió al presionar más fuerte sus labios contra los míos, y nuestras lenguas lucharon por sus vidas mientras mi cuerpo me exigía tomarla en ese preciso momento.

Ella dejó de besarme, y respiraba agitada cuando se separó de mí. —¿Ya ves por qué te dije que no me tocaras así?

Sonreí mientras negaba con la cabeza y volvía a poner en marcha la camioneta. Aceleré un poco más de lo que debía, y en cuestión de segundos ya estábamos deteniéndonos frente a su casa.

Bajé y le miré a los ojos mientras rodeaba la camioneta y abría su puerta. Ella tomó la mano que le ofrecí, pero rodeó mi brazo con el suyo en cuanto bajó.

Le abracé de la cadera mientras caminábamos, y ella recargó su cabeza contra mi hombro en el trayecto demasiado corto hacia su puerta.

—Esta fue una noche increíble —dijo Camila al abrir su puerta. Me quedé con mis manos metidas en los bolsillos de mi pantalón mirándola de arriba abajo mientras ella daba la vuelta y me miraba desde el umbral de su hogar.

—Sí —dije, asintiendo.

Camila pegó sus manos contra sus piernas y cerró sus puños mientras se bamboleaba de un lado a otro. —¿Qué esperas?

—¿Disculpa? —dije con una mueca.

Ella rio. —Sí, ¿qué esperas?

Entrecerré mis ojos. —¿Para qué, cariño?

—Hijo de puta —susurró para sí misma— ¿Vas a hacerme decirlo?

—Por supuesto que sí —dije entre risas.

Camila mordió sus labios. —Eres un maldito —dijo, tomándose la mano y tirando de ella hasta que entré—. Sólo tengo cerveza en mi refrigerador, ¿quieres una?

Asentí, y cuando se alejó entré en su sala y miré alrededor. Noté algunos libros de cuentos de hadas amontonados en la mesita frente al sofá, y giré hacia la entrada al pasillo, esperando ver a una niña pequeña de pie mirando al hombre que acompañaba a su mamá esa noche.

“*No, tarado,*” pensé, aliviado. “*Inés está en casa de unas amigas.*”

Noté el escritorio en el pasillo y tomé una tarjeta del tarjetero casi en la orilla.

“*Reyes Noguera, psiquiatra,*” leí.

Abaniqué un poco sosteniendo la tarjeta en mis manos antes de regresarla a su lugar.

“*No lo necesito, de todos modos*” pensé. “*Tengo todo bajo control.*”

Entré a la sala, tomé uno de los libros de cuentos y sonreí. Regresé mi atención a los muros y vi algunas de las fotos enmarcadas que Camila tenía adornando su sala de estar.

Había un par de Inés por sí misma con su uniforme escolar, una más madura que la otra, y las demás estaban ellas dos sonriendo y abrazándose.

Caí en cuenta que estaba sonriendo más y más con cada foto llena de felicidad que veía. Si su vida familiar había sido complicada uno no lo sabría con mirar esas fotos.

Vi una foto en que estaban las dos sentadas en un columpio, y recordé que uno de mis hombres me había enseñado una parecida de su propia esposa e hija. Muchos soldados cargaban fotos o recuerdos de sus familiares que les esperaban.

“*Qué mal que muchos nunca volvieron a ver a sus familias,*” pensé al pasar mi dedo encima de aquella foto.

Mi estómago se retorció un poco y recordé lo que le sucedió a aquel soldado, y la forma en que murió en mis brazos rogándome que le dijera a su esposa e hija que la amaba. Sacudí mi cabeza, y forzándome a mí mismo a pensar otra cosa. Mi maldito cerebro decidió mostrarme el destino de otro de mis hombres caídos bajo mi mando. Y luego otro, y luego otro.

—Thomas —escuché detrás de mí.

Giré rápido, y Camila me miraba mientras me ofrecía la botella de cerveza abierta.

—¿Sí?

—¿Estás bien? —preguntó extrañada.

—Sí —dije antes de darle un sorbo a la cerveza helada.

—¿A dónde fuiste? —preguntó.

Suspiré. —Recordé algo de cuando estaba en el ejército.

Camila respiró profundo y asintió. —Viste cosas muy feas —dijo, o preguntó, no supe distinguir el tono con el que lo dijo.

Asentí, luego dejé la botella junto a uno de esos cuentos infantiles en su mesita. Regresé mi atención a ella, le tomé el rostro con ambas manos, y le di un tierno y largo beso.

—No tenemos que hablar de esas cosas —le susurré, rozando su nariz con la mía—. Hoy no.

Camila restregó su cuerpo contra el mío. Joder, el aroma de su perfume me hacía perder conciencia de mis acciones. Mi mano se movió por su cuenta, tomándole la cintura, dirigiéndola en un baile lento que al parecer sólo nuestros cuerpos podían escuchar y seguir el tiempo.

Acercó sus labios a los míos. Mi corazón aceleró su palpitar con cada instante que nuestras bocas transmitían nuestra creciente pasión, y jalé su cuerpo contra el mío tanto como podía, como si quisiera desvanecer las ropas con la fricción entre nosotros.

Un chispazo en mi cabeza me detuvo.

—¡Comandante! —escuché tan claro como si hubiera estado ahí— ¡Váyanse de aquí! ¡Váyanse!

Traté de dirigir mi concentración a mis besos y caricias de la divina mujer que tenía en mis manos, pero ahora escuchaba los silbidos de las balas volar cerca de nosotros.

—Dígale que la amo —escuché entre sollozos.

Cerré mis ojos tan fuerte como pude, pero aquello sólo avivó la imagen frente a mí del soldado entregándome una foto de su esposa.

—Prométamelo —dijo su rostro ensangrentado.

Dejé de besar a Camila, di un paso hacia atrás, di la vuelta y recargué mis manos abiertas contra su pared.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Nada —dije, pasando mi mano encima de mi rostro—. Dame un momento, ¿sí?

Cerré mis ojos y respiré profundo. “*Estás aquí, el infierno está allá,*” pensé una y otra vez.

El calor de su tacto me sacó de mi cabeza. Ella tocó mis mejillas, y cuando abrí mis ojos encontré los suyos dirigidos a los míos.

El brillo en ellos encendió mi interior, pero no de la misma forma en que lo hacía el deseo por follarme a una mujer. Era una calidez distinta, una calidez hermosa, una calidez extraña.

Una calidez aterradora.

—¿Qué tienes? —dijo Camila, sonriendo una sonrisa que tranquilizó mi interior en pánico—. Dime qué sucede.

Tomé sus manos y suspiré. —Tenías razón —le dije despacio, como si cada palabra pesara una tonelada—. Vi algunas cosas en mi tiempo en el ejército, pero no quiero compartirlas contigo.

—Thomas.

—No quiero... —maldita sea, no encontré las palabras en aquel momento, pero la realidad era que no quería compartir con ella mi tormento— Por favor, Camila.

Podría haber jurado que sus ojos se abrieron sorprendidos por menos de un segundo antes de llenarse de brillo y cariño. Camila respiró profundo y asintió.

—Está bien —preguntó bamboleándose de un lado a otro— ¿Si te dijera que no quiero tener sexo esta noche?

Solté una carcajada. —Te preguntaría dónde tienes guardadas tus fichas de dominó.

Camila soltó una carcajada. —Es en serio.

—Contesté en serio —dije, sonriendo mientras le acariciaba el cuello. Ella recargó su mejilla contra mi brazo—. O podríamos ver una peli.

—Thomas.

—O bailar.

Camila volvió a reír. —Definitivamente no vamos a bailar.

—¿Por qué no?

—¿Acaso olvidaste el fiasco cuando Lorena y yo tratamos de enseñarte a bailar cumbias?

—Pon una cumbia —le dije, apuntando a su televisor, y ambos reímos—. Anda, ponla.

Camila apretó sus labios mientras encendía su televisor y ponía un video de remix de cumbias.

En cuanto volteó y comenzó la música le tomé las manos. La expresión de sorpresa y felicidad en su rostro mientras le dirigía fue, sin duda alguna, de lo mejor de aquella noche.

Camila bailaba increíble. Una cosa más que no había cambiado en todos esos años.

—¿Cuándo... cómo? —preguntó después de darle una vuelta y sostenerla cerca de mí.

—La novia de Lexi es coreógrafa profesional —le dije—. Un día cuando fuimos a bailar me vio y dijo que no podía permitir que siguiera insultando el baile con mis movimientos torpes, así que... —le tomé de la cintura y la giré un par de veces antes de detenerla y pegarla por completo a mí al mismo tiempo que terminaba la canción.

Ella respiraba agitada, y no quitaba su mirada de mis labios.

—Llévame a mi habitación—dijo.

—Yo pensé...

—Cállate y llévame.

Sonreí. —Sí, señora.

## Capítulo 20.

### *Camila*

—¡Oh, joder! —grité al echar mi cabeza hacia abajo. Empujé mi mano abierta contra el azulejo mojado de mi regadera y cerré mi puño mientras mi cuerpo vibraba por dentro casi con la misma intensidad que con la que Thomas me invadía.

Jamás imaginé que sería de las que gritaba de placer, pero fue una agradable sorpresa para mí darme cuenta que lo era cuando no estaba mi hija en la casa.

Él me rodeó con sus manos, gruñó fuerte y me abrazó al mismo tiempo que su cuerpo retumbaba contra el mío.

Sonreí al reconocer esa calidez indicándome que estaba terminando en lo más profundo de mi ser, llegando a mi alma y hechizando mi corazón. Hasta ese momento noté que el agua de mi regadera estaba fría.

—Con un demonio, Cami —dijo Thomas contra mi oído—. Parecemos adolescentes.

—Doce años de ganas —dije, sonriendo, estirando mi mano detrás de mi cabeza alcanzando la suya y tomarle de la nuca—. Nunca imaginé que valdría tanto la pena.

Thomas rio mientras retrocedía. Me tomó de la cadera, me volteó, y dimos un paso hacia atrás para que el chorro de agua le cayera en esa gigantesca y musculosa espalda que tenía.

—¿Sí valió la pena la espera? —le pregunté mientras acariciaba su rostro. Ya tenía sus mejillas y barbilla rasposas indicando que pronto necesitaría afeitarse a menos que quisiera tener barba.

Traté de imaginarlo con una mientras pasaba la punta de mis dedos por su cuello y su mandíbula, pero aquel ejercicio mental sólo me hizo querer restregarme contra él de nuevo.

—Totalmente, cariño —dijo, mostrándome esa mueca suya que me tenía vuelta loca y causaba un aumento de temperatura en mi cuerpo que me hacía tolerar el agua fría, casi helada, que ya salía de mi regadera.

—Nos acabamos el agua caliente —le dije entre risas.

—Me doy cuenta —dijo, pasando la punta de sus dedos sobre mi espalda baja.

Provocó las cosquillitas más deliciosas en compañía de los ríos de agua helada que atravesaban mi cuerpo desde mis pechos pegados a los pectorales de Thomas, deslizándose entre mi escote, y bajando sobre mi abdomen, mi vientre, y culminar en mi entrepierna.

Sobra decir que el agua helada no hizo nada para disminuir mi deseo de entregarme a él por enésima vez esa noche.

—¿No te molesta? —le pregunté, clavando mi mirada en sus labios.

—Estando contigo nada me molesta —dijo, tomándose con una de sus manos mi nalga, apretándola con esa firmeza que lograba parar mi respiración y acelerar mi corazón—. Pero ya no siento la piel de mi espalda.

El agua dejó de salir, y reí al adivinar que su otra mano fue la responsable de cerrar la regadera.

—Se supone que íbamos a bañarnos para bajarnos la calentura —dije, antes de abrir el cancel

de mi regadera y tomar una toalla.

—Yo no tengo la culpa que me hayas seducido con el jabón —dijo Thomas mientras secaba su cabeza—. Soy una víctima de tu deseo.

—¿Ah sí? —le dije al darle una palmada a ese trasero perfecto antes de darme la vuelta y salir de mi baño— Pues tú me hiciste algo.

—¿Qué te hice? —preguntó, luego me tomó de la cadera y pegó su cuerpo contra mi espalda— Aparte de morderte —mordió mi nuca—, besarte —besó debajo de mi oreja—, y...

Mis rodillas temblaron de nuevo, y suspiré mientras arqueaba mi espalda y me frotaba contra él una vez más.

—Thomas —suspiré.

—Camila —gimió.

Reí al soltar mi toalla y estirar mis manos hacia atrás de mis caderas, tomando las suyas, para luego frotarle su pelvis con mis nalgas, sintiendo el efecto que estaba teniendo en él creciendo entre mis muslos debajo de mi entrepierna.

—No puedo dejar de tocarte —susurró.

—Te mato si te detienes —le dije.

Me tomó de la cadera y dio la vuelta. Atrapé su mirada con mis ojos y sabía sus intenciones, así como él sabía las mías cuando me senté en la cama y le invité abriendo mis piernas.

Tomó mis muslos mientras me acostaba, y acercó su rostro al mío.

Tocamos nuestras frentes, y cerré mis ojos cuando volvimos a unirnos. No podía creer que se tratara del mismo muchacho que doce años antes me quitó mi virginidad de forma torpe pero apasionada. Ahora cada acción, por más minúscula, parecía ser deliberada, y al mismo tiempo la indicada en mi camino al éxtasis con él.

Y su mirada. Dios, su mirada cuando me hacía suya me aseguraba que por más salvaje que fuéramos, por más fuerte que estrellara su cuerpo con el mío, por más intenso que me restregara con el suyo, por más rápido e intenso golpeteara mi corazón dentro de mi pecho, jamás me haría daño.

Estaba segura en sus brazos, y esa seguridad me permitió desatarme como jamás me había desatado con alguien.

Jadeé, abrazando sus caderas con mis piernas, rogándole con mi pelvis que me diera más, y su cuerpo entendió la señal.

Arqueé mi espalda, y él se puso de rodillas en la cama, tomándome de la cintura y embistiéndome con tremenda fuerza, gruñendo y gimiendo, dejándome saber que estaba tan perdido en el placer como yo.

Exploté, y lo anuncié con mi cuerpo sacudiéndose y mi boca dejando salir gemido tras gemido.

Él no se detuvo. Él siguió más fuerte, y cuando debí bajar del éxtasis no lo hice. Me quedé ahí arriba, en el cielo, y yo gemí aún más fuerte. Grité y reí cada vez que se supone dejaría de gozar, pero sólo venía otra oleada de deleite que me elevaba aún más de lo que esperaba.

Thomas tensó cada músculo de su cuerpo. Lo miré y era hermoso. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso, brillante tanto de sudor como de agua que el tonto no secó bien.

“*Y estaba así por mí,*” alcancé a pensar en el huracán de deseo en el que ese hombre me tenía metida y no tenía intenciones de dejarme salir.

Él gritó, y se echó hacia enfrente, encima de mí, empujó sus caderas y entró tan profundo como le fue posible, y mi cuerpo vibró de esa forma tan deliciosa cuando por fin todo se detuvo, todo se relajó, y volvimos a la tierra tras haber conocido el cielo juntos.

—Ya —dije entre risas mientras Thomas se desplomaba a mi lado—. Ya... basta.

—¿Basta? —dijo entre risas.

—Sí, basta —me acurruqué contra su pecho, que subía y bajaba debido a su falta de aliento—. No más. Es demasiado.

—¿Te estás quejando?

—¡Thomas! —le grité, mi voz un tanto ronca por todos los gritos y gemidos que ese hombre me había sacado— Y apenas son...

—Las dos de la mañana —dijo Thomas, mirando el reloj en el muro de mi habitación.

Rodé hacia mi espalda y miré el techo de mi habitación mientras acomodaba mi antebrazo encima de mi frente. —Me pregunto si mis vecinos oyeron.

—Tu casa está insonorizada —dijo Thomas. Giré a verlo—. Reyes me contó que por eso compró la casa desde un principio: para proteger la privacidad de sus pacientes.

—¿Toda la casa?

—Aparentemente había sido de un músico antes de que él la comprara.

“*Al menos no tengo que preocuparme por el ruido que hicimos,*” pensé con una sonrisa.

Thomas se sentó en la orilla de la cama. —¿A dónde vas? —le pregunté.

Él volteó a verme. —Es tarde, Camila.

—Lo sé —dije, luego di unas palmaditas al espacio de mi cama a mi lado—. Ven.

—Debería irme —dijo—. Debería...

—No, Thomas —me senté en la cama y le miré a los ojos—. Mira por la ventana: es tarde, vives hasta el otro lado de la ciudad...

—En realidad no...

—Quédate —le dije. Él respiró profundo, y mi corazón se detuvo un instante al mismo tiempo que mis entrañas se retorcieron y reviví ese momento doce años antes cuando desperté y él ya no estaba— ¿Piensas huir de nuevo? —pregunté sin darme cuenta que mi voz se quebraba.

—¿Qué? —sus ojos se abrieron de par en par— No, cariño, yo...

—No me digas “cariño” —le apunté con mi dedo—. Dime la verdad.

—Te digo la verdad —él subió a la cama y se sentó a mi lado—. Camila, no voy a ninguna parte.

—Pero ya te ibas.

—Hace unos momentos que mencioné la hora me dio la impresión que pensabas que era muy tarde.

—Lo es.

—Y que quizá había que dormir.

—Así es.

—Entonces...

—¿Pensaste que tenías que irte?

Él se encogió de hombros. —Sí.

Resoplé y reí. —¿Por qué?

—Porque... —Thomas apretó sus labios y movió su cabeza de lado a lado—. No sé, no sabía cómo te sentirías si me quedara a dormir aquí, bajo el mismo techo en el que duerme tu hija.

—Mi hija no está en la casa —dije, pero asentí. Tenía razón sobre eso—, pero pudiste preguntármelo antes de prepararte para salir corriendo.

—Camila, no iba a huir.

—Así lo sentí —le dije, moviendo mi cabeza de lado a lado—. Thomas —miré al techo y moví

mi cabeza más rápido—, esto no es fácil para mí.

Él suspiró. —Lo siento.

—El último hombre con el que compartí una cama... y mi corazón... me hizo daño —le dije, y mi garganta se apretó tanto que apenas y pude tragar mi propia saliva.

—No quiero hacerte daño, Camila —Thomas acarició mi rostro—. Nunca más. No tengo intenciones de huir de nuevo. No tengo nada de qué huir esta vez.

Sonreí. —Entonces abrázame y pasa la noche conmigo.

Thomas frotó mi mejilla y me dio un beso lleno de ternura que calmó mi corazón.

—Debo advertirte una cosa —dijo mientras nos acostábamos y le permití envolverme con sus brazos—. Sé de buenas fuentes que me muevo mucho cuando duermo.

Solté una risilla, y puse una pierna mía encima de él. —Y yo ronco —le dije.

—No.

—Como buque de guerra —dije entre risas.

—Debías tener un defecto —dijo Thomas, dándome otro beso—. Hasta mañana, Camila.

Suspiré mientras cerraba mis ojos. —Hasta mañana, Thomas.

Me quedé quieta, escuchando su respiración profunda, pero no podía relajarme. “*En cuanto me duerma seguro se escapa,*” pensé.

Apreté mi abrazo de su cuerpo, y de pronto escuché una respiración demasiado profunda.

Abrí los ojos, levanté la cabeza, y Thomas tenía la boca entreabierta. Me quedé mirándolo unos momentos. “*¿Apoco ya se quedó dormido?*” pensé con una sonrisa.

Frunció el ceño, y movió su cabeza a un lado al mismo tiempo que emitía un ligero quejido.

“*¿Qué soñará?*” pensé, cerrando mis ojos y permitiéndome a mí misma dejarme ir.

## Capítulo 21.

*Thomas*

—¡Mugroso clima de Ciudad del Sol! —gritó Lorena detrás de mí.

Giré a verla y sonreí al verla quitarse a manotazos su largo cabello que los fuertes vientos arrojaban contra su rostro.

—¿Necesitas ayuda? —me acerqué y tomé la manija de su maleta.

Lorena sacó de su bolso un broche gigantesco, y mientras lo sostenía entre sus dedos tiró con coraje de su cabello para formar una cola de caballo que fijó en su lugar con aquel broche.

—No, ya está —dijo con una sonrisa, como si no hubiera estado a punto de matar a alguien segundos atrás.

—Hace unas horas en Boston estabas añorando nuestro regreso a esta ciudad, cariño —dije entre risas.

—¡Esperaba mejor bienvenida! —dijo Lorena, abriendo su mano y apuntando al cielo—. En serio, nos vamos unos días y el clima se descompone.

Nos alejamos del avión hacia el exterior del hangar en la pista privada, donde había dejado estacionada mi camioneta. —El piloto sí nos dijo que había fuertes vientos cuando aterrizamos.

—Habría sido útil que me dijeras eso cuando me despertaste de mi siesta.

—¿Reyes vendrá por ti?

—Tomaré un taxi —dijo Lorena—. Luciana tiene mucha tarea y no vivimos precisamente cerca del aeropuerto.

—No digas tonterías —dije mientras ambos salíamos del hangar y caminamos en la dirección opuesta del viento—. Yo te llevo.

Lorena rio. —Creo que eres el único billonario que conozco que no tiene un chofer.

—Me encanta conducir —le dije mientras sacaba las llaves del bolsillo de mi gabardina.

Quité los seguros con el control remoto y le abrí la puerta de pasajero a Lorena. Uno de los ayudantes de la pista se acercó a nosotros, tomó nuestras maletas, y las llevó a la puerta trasera de la camioneta.

Abrí la puerta con el control remoto mientras sacaba mi teléfono. Sonreí al ver la foto de Camila en mi lista de contactos, y pulsé su foto para luego abrir la aplicación de mensajería.

—Ya llegué —le escribí—. Me gustaría llevarte a ti y a Inés a cenar.

No titubeé en enviar aquel mensaje. Imaginé su rostro al recibirme, el sabor de sus labios al besarlos, y el aroma de su perfume embriagándome. Jamás había deseado tanto regresar a un lugar.

“*Al menos esta vez sabía exactamente cuándo volvería,*” pensé.

Cuando levanté la mirada encontré a Lorena recargada en el descansabrazos de la camioneta sonriéndome con ternura exagerada.

—¿A quién le mandaste mensaje? —preguntó.

Reí. —Ya sabes.

—Las cosas van en serio —dijo.

Respiré profundo y asentí. —Sí —dije—. Muy en serio.

—Ay Dios, *muy* en serio —dijo Lorena, enderezándose en su asiento—. Sube, sube, que quiero que me cuentes todo.

—Camila ya te contó.

—¡Pero tú no! —dijo— Eres más hermético que la bóveda de un banco. Anda.

Me quité mi gabardina y la arrojé en el asiento de atrás de la camioneta antes de subir.

—Disculpe, señor —dijo el ayudante que subió nuestras maletas a la camioneta—, ¿podría venir?

Levanté mi dedo hacia Lorena indicándole que me esperara un momento. Fui hacia el ayudante, pero mi vista estaba en la puerta abierta.

—¿Qué sucede? —dije, mirando las maletas dentro del maletero.

Reconocí al instante el frío que presionó contra mi sien. Levanté la mirada y vi el rostro pálido de Lorena mirándome desde el asiento de pasajero.

—¿Qué sucede? —dijo el ayudante— Muchas cosas, Thomas Beringer, pero principalmente sucede que usted está follándose a mi mujer.

Respiré profundo. Ya sabía quién era.

—Norberto, ¿verdad?

—Yo sólo advierto una vez, así que ponga mucha atención.

Puse atención a la presión contra mi sien, asumí la trayectoria del cañón, y comprobé que Lorena no corría ningún peligro.

Ni lo correría.

—Muy bien, Norberto —dije, levantando mis manos hasta la altura de mi cabeza—. Tranquilo.

—Usted no da las órdenes...

Giré todo mi cuerpo tan rápido como pude, quitándome de la trayectoria de la pistola y golpeando el brazo de Norberto al mismo tiempo.

Escuché el tiro, como lo esperaba. Le agarré la muñeca con una mano, y pasé mi brazo debajo del suyo para luego tomarle la espalda y usarlo como punto de presión para estrellar a Norberto contra el costado de la camioneta.

Empujé su muñeca hacia su espalda, y cuando sentí que no podía avanzar más le arrebaté la pistola.

Lo solté, di un paso hacia atrás, y la apunté hacia él.

Los ojos de Norberto estaban bien abiertos, apenas dándose cuenta de lo que había pasado.

—¡Thomas! —gritó Lorena, que ya había salido de la camioneta.

—Llama a seguridad, Lorena —le ordené antes de que se acercara.

—¿Quién...?

—Haz lo que te pedí, Lorena —dije—. Ahora.

Gracias a Dios me hizo caso. Norberto, aun en esa posición comprometida, me miraba desafiante, como si supiera que jamás apretaría el gatillo.

Y tenía razón. Saqué el cargador de la pistola y la bala de la cámara antes de meter el arma en mi espalda detrás de mi cinturón.

—¿Estás bien? —le pregunté, apuntando a su hombro.

Él resopló. —¿A ti qué te importa? Me has quitado a mi mujer.

—¿Tu mujer? —dijo— Amigo, necesitas ajustarte la cabeza.

—Yo no soy quien se está follando a una mujer casada.

—En primera —levanté mi dedo índice— ella se divorció de ti.

—Por las leyes del hombre, no ante los ojos de Dios —dijo—. Esa promesa no se rompe.

Asentí. —¿Y qué hay de otras promesas que se le hace a Dios? —le dije— No soy religioso, pero estoy seguro que “No Matarás” sigue siendo un mandamiento importante, ¿no?

—También “no codiciarás a la mujer de tu prójimo.”

Le apunté a su rostro con mi dedo índice unos momentos. —Entiendo por qué intentaste hacerlo. Fue una estupidez, pero entiendo por qué lo hiciste.

Norberto rio mientras dejaba de recargarse contra la camioneta. —¿Cómo diablos podrías entender? —dijo— ¿Alguna vez has perdido a tu familia a causa de un rico que cree que puede tomar lo que quiere? Jamás podrías entenderlo.

—Tú no perdiste a tu familia por mi culpa —le dije—. La perdiste por tratar mal a Camila, por...

—Cállate —dijo, dando un paso hacia enfrente y reemplazando esa mueca arrogante con una ferocidad que me erizó la piel—. No te atrevas a decir su nombre en mi presencia.

—Bien —dije, levantando mis manos—. Pero eso no cambia el hecho que ya no es tu mujer, y ella...

—Camila siempre será mía —dijo—. Siempre será mi mujer. Y ya habría entrado en razón de no ser por ti —puso su dedo contra mi pecho— y por esa zorra que le metió ideas a la cabeza que estaba bien dejar a su marido.

Me costó tanto trabajo no derribarlo de un puñetazo. —¿Quieres recuperarla, Norberto? —le dije, acercando mi rostro al suyo tanto que pude aspirar el aroma a cerveza y marihuana de su aliento— Ordena tu vida. Deja de tomar, deja de drogarte, deja de asociarte con el negocio de tu familia, sé un buen padre para Inés. Entonces quizá Camila decida dejarte regresar, pero es decisión de ella. No tuya.

—¿Quién te crees que eres, Thomas Beringer? —dijo a regañadientes— Ella es mía. Tú no tienes derecho a ella.

—Y tú tampoco —le dije—. Ella no es propiedad de nadie.

—Eres un rompehogares —dijo, y la tensión de su voz me indicó que estaba próximo a atacarme—. Ojalá puedas vivir sabiendo que destruiste una familia, que separaste a una hija de su padre, a una esposa de su marido, y les negaste la felicidad que Dios quiere para ellas.

Escuché el correr de los oficiales de seguridad. Algunos se detuvieron, pero otros dos se acercaron y le tomaron los brazos a Norberto.

—Llaman a la policía —dijo Lorena, que les alcanzó y vio el rostro de Norberto—. Por fin vas a ir donde pertenesces, inmundo animal.

Respiré profundo mientras miraba la rabia en los ojos de Norberto. Negué con la cabeza y suspiré. —No —dije.

Pude sentir la mirada de Lorena atravesándome. —¿No?

—No llamen a la policía —le ordené a los guardias—. Escóltlenlo a su coche, o súbanlo a un taxi si no vino en uno —le entregué un billete de cien dólares a uno de los guardias que le sostenían.

—¿Qué coño estás haciendo? —dijo Lorena.

Miré a Norberto y asentí. —Puede que tengas razón, Norberto —le dije—. Parte de mí quiere meterte a un agujero en la tierra y olvidarme que existes. Pero si hago eso quien sufrirá son Camila e Inés —su rostro mostró aún más furia de la que ya estaba mostrando—, y no tengo intenciones de causarles daño.

—Thomas —dijo Lorena—, te apuntó con un arma.

—Lo sé —dije—, y las cámaras de seguridad lo tienen en video, además que existen cuatro

testigos que podrían identificarlo.

Caminé hacia Norberto.

—¿Tú sólo adviertes unas vez? Yo también —le dije—. Si me entero que la lastimas de alguna forma, sea diciéndole algo o haciéndole algo, ese video junto con las declaraciones de todos los presentes llegará a la fiscalía y te encerrarán por el resto de tus días.

—Tú a mí no me amenazas —dijo Norberto—. Tú a mí no me intimidas.

—No intento hacer ninguna de las dos cosas —le dije—. Intento darte una salida. No seas tonto y tómala.

Miré a los guardias y asentí. Ellos soltaron los brazos de Norberto. Él dio la vuelta y caminó seguido de los guardias.

—¿Es en serio, Thomas? —dijo Lorena.

—Ya basta, Lore —le dije—. No quiero hablar de esto.

—Vamos a hablar de esto —dijo—. Corrección, tú vas a hablar, ¡yo voy a gritar!

—Suficiente.

—¡Es un criminal! —dijo— ¡Un animal! ¡Un bruto! Él no merece tu compasión, ni otra oportunidad. Camila le dio miles estando casada con él, y él siempre...

—¡Dije que suficiente! —giré a verla— Supón que lo arrestan y meten a la cárcel. ¿Cómo afectaría a Inés? ¿Cómo afectaría a Camila? No voy a hacerles daño. Primero me muero antes que causarles aunque sea una onza de dolor. ¿Entiendes?

—Él te apuntó una pistola a la cabeza.

—No sería la primera vez.

—¡Eso no...! —Lorena gruñó y me dio un manotazo en el hombro— ¡Eres un terco y un tarado y un estúpido!

—¡Bueno, ya! —grité— Sube a la jodida camioneta. Te llevaré a tu casa.

—No —dijo Lorena antes de caminar a la puerta trasera de la camioneta y sacando su maleta de un tirón—. No, me iré en taxi. No puedo verte en este momento.

—Maldita sea, Lorena.

—¡No me sigas!

Gruñí mientras la veía alejarse. Di la vuelta, miré el avión en la pista, y pasé mi mano entre mi cabello.

—Maldita sea —dije, recordando algunas de las palabras que Norberto dijo segundos atrás.

Hubo unas que quedaron resonando en mis pensamientos tan fuerte como campanas de catedrales: "*Ojalá puedas vivir sabiendo que destruiste una familia, que separaste a una hija de su padre, a una esposa de su marido, y les negaste la felicidad que Dios quiere para ellas*".

—Maldita sea.

## Capítulo 22.

### *Camila*

—¡Inés! —le grité en cuanto noté de reojo que salió corriendo hacia el pasillo con las galletas — ¿Qué te he dicho?

Ella se detuvo y giró a verme. —Perdón, mamá, pero...

—Pero nada —le dije, apuntando a mi lado mientras empujaba el carrito del supermercado—. Ya llegaremos por tus galletas de chocolate.

—Sí, mamá —dijo Inés con tono derrotado, arrastrando los pies mientras caminaba de regreso a mi lado.

Moví mi cabeza de lado a lado y suspiré. “*Ahora te entiendo, papá,*” pensé al recordar las muchas veces que él me gritó cuando lograba escaparme de su lado cada vez que visitábamos una tienda.

Miré el reloj de pared del supermercado y comprobé que aún faltaban algunas horas para que Thomas fuera por nosotras a la casa.

“*Espero tener tiempo para cambiarme,*” pensé, repasando en mi cabeza las muchas combinaciones de blusas, faldas y pantalones que podría usar esa noche. Mi estómago estaba hecho un desastre de los nervios.

“*¿Por qué tenía que irse a un estúpido viaje de negocios cuando estábamos mejor?*” pensé. “*Por lo menos sólo fueron unos días.*”

—¡Cereal! —gritó Inés, apuntando a las cajas en la estantería a mi lado.

—Cereal —repetí, tomando una caja y dejándola caer en el cesto del carrito.

—¡No, mamá! —gritó Inés— Yo quería ese —apuntó.

Resoplé al reemplazarlo con el que ya había arrojado en el canasto. “*Pon atención, Camila.*”

Pero no podía. Desde que recibí el mensaje de Thomas mi estómago parecía tener cientos... no, miles de mariposas revoloteando ahí adentro. Jamás imaginé que lo fuera a extrañar tanto.

“*Ya necesito abrazarlo,*” pensé, sonriendo, permitiéndome recordar aquella noche candente el fin de semana pasado.

—¡Mamá, ven! —gritó Inés desde el otro extremo del pasillo.

Apuré el paso y seguí a Inés al siguiente pasillo. Sonreí al verla ya con un par de paquetes de espagueti y un frasco de salsa boloñesa en sus manos. Me miró, asentí, y los bajó con cuidado en el carrito.

—Oye —llamé a Inés—, ¿qué te parece si le preparamos la cena a Thomas en lugar de salir a algún lado?

Ella me miró y apretó sus labios. —No, mamá.

—¿Por qué no?

—Porque quiero comer otra cosa que no sea espagueti o pizza.

—¿A dónde crees que nos va a llevar?

—No sé —encogió los hombros.

—¿Qué tal si nos lleva a un restaurante de comida italiana?

Los ojos de Inés se abrieron de par en par y dio un brinquito. —¡Lasaña! ¡Voy a querer pedir lasaña!

Reí y seguimos al siguiente pasillo. Antes de entrar noté las toallas femeninas en ofertas al principio de su corredor unos metros más adelante.

“*Necesito comprar,*” pensé, sacando mi teléfono y abriendo la aplicación que usaba para llevar registro de mis periodos. “*Ya no tarde en...*”

Mi cuerpo se heló al ver el mensaje al abrir la aplicación: atraso de dos semanas.

—No —dije para mí misma—. No, no, no, pero si apenas...

Hice memoria. Quizá había olvidado registrar mi periodo anterior.

—¡Mamá! —gritó Inés desde el pasillo, levantando un par de latas de verduras. Asentí y ella se acercó corriendo, dejó las latas en el cesto, y se quedó mirándome unos momentos— ¿Qué tienes, mamá?

—¿Qué? —dije, sacudiendo mi cabeza— Nada, cariño.

—Estás muy blanca —dijo, acercándose—. ¿Te sientes mal?

—No, cariño —sonreí y le acaricié la mejilla.

—¿Segura? Porque has ido mucho al baño —dijo—. Luciana dijo que si una persona va mucho al baño es porque comió algo que no le gustó que se lo comieran.

Reí, me puse en cuclillas ante ella y la abracé. —Estoy bien, Inés —le susurré—. Estoy más que bien.

—¡Mamá! —renegó— ¡Me aprietas!

—¡Y te apretaré por siempre! —dije, sacudiéndola un poco, carcajeándonos las dos.

—¿Ahora sí podemos ir por mis galletas? —preguntó.

Suspiré. —Ve por ellas mientras voy a comprar toallas para mí —Inés asintió y salió corriendo—. ¡Sin correr! —le grité, y ella bajó su paso a un andar acelerado.

Caminé rápido al pasillo de los productos femeninos y busqué las pruebas de embarazo. No me había sentido mal, pero Inés tenía razón: he estado yendo al baño muy seguido en esos últimos días. Quizá era la idea que traía metida en la cabeza ,pero caí en cuenta que mi estómago no se sentía del todo bien.

Tomé una de las cajas y vino a mi cabeza ese momento casi nueve años atrás cuando me enteré del embarazo de Inés. Mis brazos volvieron a ponerse temblorosos, y mi garganta se cerró como lo hizo momentos antes de decirle a Norberto de mi embarazo.

Fue una sorpresa tanto para él como para mí. No dijo ni una palabra por varios momentos antes de decirme que no me dejaría criar a nuestro hijo yo sola, y me pidió casarnos en ese momento, y yo lo acepté.

Si hubiera sabido en lo que me estaba metiendo...

—No, esto es ridículo —dije para mí misma, regresando la prueba de embarazo a su lugar— No, no puedo estar embarazada. ¡Tengo mi DIU! Esto no puede pasarme.

“*Otra vez no,*” pensé, cubriéndome la boca.

Entonces sí mi estómago se revolvió y tuve que luchar contra las ganas de vomitar. Miré de reojo a Inés caminando hacia mí con su caja de galletas favoritas y me obligué a guardar la compostura.

—¿Qué más nos falta, mamá? —preguntó.

—Ay, cariño —dije, tallándome rápido una lágrima que alcanzó a escapar del ojo que ella no alcanzaba a ver de dónde estaba parada. Tomé unas toallitas, ni supe de cuáles, y las dejé en el cesto—. Nos faltan verduras.

—¡Pero ahora compramos más zanahorias y apios porque tú te los comiste todos ayer! —dijo Inés.

“*Mierda,*” pensé, recordando que esos eran mis bocadillos favoritos durante mi embarazo de Inés.

—Sí, cariño —le dije, siguiéndola hacia los mostradores de las frutas y verduras.

Mi teléfono sonó, y gruñí al ver que me llamaba Norberto.

—¿Qué? —le contesté.

—Uy, ¿qué pasa contigo, mamita?

—No estoy de humor, Norberto —le dije, tratando de que Inés no me escuchara—. ¿Qué quieres?

—Pues estoy afuera de tu casa y no me abres, ¿en dónde...?

—¿Qué diablos estás haciendo afuera de mi casa?

—Quiero ver a mi hija —dijo—. Vengo bien, te lo prometo.

—Para eso tenemos horarios de visita con la trabajadora social, Norberto. Llámale a ella.

—Mamita, por fa...

Colgué la llamada y apreté mi agarre de mi teléfono con todas mis fuerzas para desahogar, en vano, algo del coraje en mi interior.

“*No, necesito saber con certeza,*” pensé, mirando de reojo en dirección del pasillo donde estaban las pruebas de embarazo.

—¿Éstas están bien, mamá? —preguntó Inés. Levanté la vista y la vi con un racimo de apios en una mano, y en la otra uno de zanahorias.

—Sí, están bien.

—¿Ya nos vamos? —dijo Inés— Porque quiero ponerme algo bonito por si Thomas nos lleva a un lugar lindo.

—Sí, está bien —le contesté en automático.

“*Mierda, si estoy embarazada será de Thomas,*” pensé.

Imaginé decirle esas dos palabras que han hecho desaparecer a tanto hombre de la vida de una mujer: estoy embarazada.

No lo imaginé dejándome. Desde que regresó a mi vida él ha demostrado una y otra vez ser un buen hombre, una persona honorable, alguien que siempre se esforzaba por hacer lo correcto.

“*¿Y qué es lo correcto aquí?*” pensé. “*¿Casarnos, como con Norberto? Aquello me resultó tan, pero tan bien.*”

Los primeros años con Norberto fueron buenos. Nada espectacular, él cumpliendo su deber de padre y de marido, y yo haciendo mi labor de madre y ama de casa.

Pero sólo necesitó que yo quisiera regresar a terminar la universidad para que las cosas cambiaran. Sólo necesitó que dejara de “necesitarlo” para verle el verdadero rostro a Norberto.

“*¿Cuál será el verdadero rostro de Thomas?*” pensé mientras sacaba las cosas del cesto y las ponía en la caja para empacarlas y pagarlas. “*¿Cuánto tiempo le tomaría mostrarme quién es realmente?*”

—¡Ya cállalo! —escuché gritar detrás de mí.

Giré y vi a una pareja con un bebé en su carriola llorando a todo pulmón.

—Hay que cambiarlo —dijo la mujer—, te dije que lo revisarás en la casa.

—¡Ve y cámbialo al baño que es tu trabajo! —le ordenó el hombre antes de regresar su atención a una llamada de su teléfono.

Noté la mirada que la mujer le lanzó antes de darle unas palmaditas a su bebé y llevárselo al

baño.

Una mirada que reconocí pues la había visto muchas veces en alguna superficie reflejante que vi de reajo cada que Norberto sacaba su machismo a relucir.

Thomas no era machista, ¿pero y si...?

Mi teléfono sonó de nuevo. Lo saqué y gruñí al ver de nuevo el rostro de Norberto.

“*Voy a borrar esa puta foto,*” pensé.

—¿Qué quieres? —le contesté con voz tan alzada que Inés se quedó mirándome.

—Mamita, no sé por qué estás molesta conmigo si...

Colgué la llamada, cerré los ojos y respiré profundo.

“*¿Qué tal si Thomas resulta ser igual que Norberto?*” pensé. “*¿Qué tal si quedo atrapada en otro matrimonio por compromiso que sólo me traiga miseria y angustia?*”

—¿Señora? —escuché. Abrí los ojos y la cajera me miraba extrañada— ¿Está bien?

—¿Mamá? —Inés se había acercado y me tomó el antebrazo.

Sonreí, miré a mi hija, y luego a la cajera. —Sí, gracias —le dije, sacando de mi pantalón mi tarjeta de débito y entregándosela.

—¿Estás bien, mamá?

—Sí, cariño—le dije, tratando de sonreír tanto como pude—. Sólo estoy preocupada y enojada por otras cosas.

—Ya quiero que veamos a Thomas —dijo.

—¿Por qué?

—Porque siempre sonríes y te pones feliz cuando lo ves —dijo Inés, sonriendo—. Me gusta cómo eres cuando él está cerca.

Reí y le acaricié el rostro. —A mí también, cariño. A mí también.

“*Pero no volveré a meterme a un matrimonio así.*”

## Capítulo 23.

*Thomas*

—¿Acaso te volviste loco? —dijo Lexi, conectada a mi sistema de audio a través de mi teléfono.

—¿Tú también? —le dije, moviendo la cabeza de lado a lado mientras me detenía en el semáforo—. Lorena piensa lo mismo.

—Lorena tiene razón, grandísimo animal —dijo Lexi—. ¿El arma estaba cargada?

—Sí.

—¿Tenía el seguro puesto?

—No que yo recuerde.

—¿Le temblaban las manos?

Suspiré, reviviendo tan bien como pude ese momento en que el cañón de su pistola empujó contra mi sien.

—No —le dije, apretando mis labios—. No le temblaban.

—Thomas, te dije cuando hice mi investigación que ese tipo creció con el Cártel Los Huesos —dijo Lexi—. No tiene antecedentes penales, pero sí fue sospechoso de muchas cosas cuando vivía en México. Y con eso que me dices...

Golpeé el volante de la camioneta. —¿Qué querías que hiciera? ¿Lo moliera a golpes? ¿Hiciera que lo arrestaran?

—¡Todas las anteriores!

—Le habría roto el corazón a Inés —le dije—, y eso le habría hecho daño a Camila.

Lexi respiró profundo. —Sólo cuídate, Thomas. Si lo intentó una vez...

—Sí, sí —el semáforo cambió a luz verde—. Debo irme. Ya llegaré por Camila e Inés.

—Chao, bebé —ella terminó la llamada.

Dejé el estéreo en silencio, y vino a mi mente aquella ocasión en una de mis primeras misiones con Fuerzas Especiales cuando me capturaron.

Mi piel se erizó al recordar la fría humedad de la celda donde me tenían y las orillas ásperas de los grilletes con que me tuvieron encadenado.

Me tensé al revivir la golpiza que me metieron, y las muchas veces en que amenazaron con volarme la cabeza pegando un revolver contra mi sien. Aquella ocasión sí temí por mi vida.

¿Norberto? Ni siquiera me hizo sudar.

Di vuelta en la calle de Camila, y la vi afuera de su casa discutiendo con él, con Norberto.

Aceleré y estacioné lo más pronto que pude. Bajé y corrí hacia ellos. Miré de reojo la casa y vi a Inés asomándose por la ventana.

“*Pobre niña,*” pensé.

—¡Ya me tienes harta, Norberto! —le gritó Camila— He tratado de darte todas las oportunidades del mundo de estar en la vida de tu hija, y sí he pensado que puedes cambiar, ¿pero vienes así? ¿borracho?

—Mamita —dijo Norberto, acercándose a ella y tratando de tomarle con ambas manos la cara

— Mamita linda, chula, ya, ya déjame volver. Puedo cambiar, puedo...

— ¡Quítate! — ella le empujó, pero él le tomó las manos y trató de abrazarla.

Le tomé del hombro, lo giré hacia mí, y le empujé con todas mis fuerzas.

— Te está diciendo que te quites — le dije, caminando hacia él.

— Thomas — Camila puso su mano en mi pecho, evitando que yo avanzara un paso más hacia Norberto —, déjalo. Él ya se va.

— ¿Ya me voy? — dijo Norberto entre risas — Ahí vas de nuevo diciéndome qué hacer. Tú no me dices qué hacer, hija de...

— ¡Norberto! — apunté a la ventana de la casa — Te está viendo tu hija, imbécil. ¿Es lo que quieres? ¿Así es como quieres que vea a su papá?

Apuntó su dedo hacia mí. — Tú cállate la jodida boca — él miró a Camila, luego a mí, y rio—. Ya entendí, ya entendí — regresó su mirada a ella—. Nunca pensé que fueras una interesada, Camila. De haber sabido.

— Vete al diablo, Norberto — dijo Camila —, no soy ninguna interesada.

— ¿Entonces qué le ves a este desgraciado? ¿Su traje de mil dólares? ¿Su camioneta de lujo? ¿Su puesto? ¿Su cartera?

— Norberto, será mejor que te vayas — le dije, apretando mi puño.

— ¿O qué, hijo de puta? — él rio — ¿Vas a meterme a la cárcel? ¿Crees que tu amenaza de hacerme rato me intimidó?

— ¿De qué habla? — preguntó Camila.

— Tu noviecito amenazó con meterme a la cárcel y sacarme de tu vida, mamita — dijo Norberto antes de que pudiera contestarle.

— Eso no fue lo que... — dije.

— ¿Ah no? — dijo Norberto, mirando a Camila — Si no anduvieras de puta te darías cuenta que...

— ¡Oye! — di un paso hacia él y apunté mi dedo a su rostro — Cuida lo que dices.

— Yo digo las cosas como son — dijo Norberto antes de mirar a la casa—. Y no voy a permitir que mi hija crezca y se vuelva una puta igual que su...

— Ya me cansé de advertírtelo — dije, y le hubiera embestido de no ser por Camila poniendo su mano contra mi pecho.

Ella se puso entre nosotros y me miró a los ojos. — Por favor, ya déjalo.

Respiré profundo, asentí, y ella tomó mi mano.

Levanté la mirada y vi a los ojos a Norberto. — Tienes un día antes de que le entregue a las autoridades lo que tengo de ti — dije—. Tuviste tu oportunidad.

Camila me miró de reojo, dejándome saber que tendría que explicarle lo sucedido en la pista de aterrizaje. Apretó su agarre de mi mano y tiró de ella, guiándome hacia su casa.

— Ya fue suficiente — murmuró Camila al abrir la puerta—. Ahorita mismo llamo a la trabajadora social para que... — su rostro cambió a uno de pánico al voltearme a ver.

Giré hacia mi espalda, pero ya tenía a Norberto cerca dirigiendo su puño a mi rostro, y no alcancé a esquivarle.

Bien pudo haber sido un marro lo que impactó contra mi mandíbula. Caí como costal al piso, y una punzada aguda me desgarraba el rostro.

— ¡Thomas! — gritó Camila.

El mundo dio vueltas, y en esos giros alcancé a verla siendo empujada hacia adentro de la casa por Norberto.

No sentí el suelo bajo mí, sólo el frío del cemento. Todo se movía lento. Mi cuerpo se levantó por su cuenta, y yo sólo estaba de espectador para el viaje.

Cada respiración que daba era más rápida que la otra, y mi corazón palpitaba cada segundo más rápido que el anterior. Todo a mi alrededor se volvió borro, menos lo que tenía justo frente a mí: el umbral de la casa de Camila.

Caminé y abrí la puerta de una patada. Vi a Norberto gritándole algo a Camila, tirada en el suelo.

Corrí hacia él, pero me escuchó. Volteó, vi su puño, y entendí por qué me había derribado: traía un puño americano reforzando sus nudillos.

Todos los ruidos a mi alrededor estaban enmudecidos. Veía a Camila mover su boca, pero no pude darle sentido a los ruidos que escapaban de sus labios.

Norberto caminó hacia mí y trató de golpearme de nuevo, y mi cuerpo reaccionó tal y como fue entrenado: esquivando y contratacando. Por cada golpe que él trataba de conectar conmigo yo le daba dos o tres en sus costillas, en sus riñones, y en su pecho.

Entonces le vi gritar, pero no escuché su alarido. Sólo noté ese rostro animalístico y furioso mientras me embestía, y para cuando pensé que era la oportunidad para acomodarle un gancho y derribarlo mi cuerpo ya se había adelantado.

El mundo giró bajo mis pies, y me tambaleé al punto que recargué mi hombro en el muro. Mi mirada estaba fija en Norberto, en mi enemigo, en la amenaza a lo que más amaba en el mundo.

Me senté encima de él mientras aún se recuperaba del gancho a su rostro, y vi cómo mis puños volaron por su cuenta hacia su rostro. Uno tras otro. Uno tras otro.

Uno, tras otro.

El mundo se sacudió a mi alrededor, como cuando viajaba en los camiones del ejército encima de terracería y piedra, pero mis puños no se detenían.

—¡Thomas! —escuché una voz amortiguada llamarme.

—¡Thomas! —aquella misma voz, más clara, más fuerte.

—¡Thomas! —gritaron.

Era Camila, y en ese momento el mundo dejó de girar, y el ardor de mis músculos me indicó que estaba de vuelta en control de mi propio cuerpo.

Tenía la respiración agitada, mi corazón palpitaba como si hubiera corrido kilómetro tras kilómetro, y mi rostro pulsaba de forma rara. Toqué el lugar donde Norberto me golpeó, y cuando vi mi mano la encontré ensangrentada.

Moví mi mandíbula y comprobé que no estaba rota. “*Una cortada,*” pensé. “*Sólo un rasguño.*”

—¡Thomas! —gritaron a un lado mío.

Giré y vi a Camila. Su rostro mostraba una mirada horrorizada que heló mi sangre.

—No —dije para mí mismo.

Giré la vista hacia Norberto, y en cuanto noté su rostro ensangrentado me levanté tan pronto como pude.

Él tosió y giró su cuerpo sobre su costado, y yo di un par de pasos hacia atrás hasta recargar mi espalda contra la pared.

—Oh Dios —dije, pasando mi mano entre mi cabello—. No, ¿qué hice?

—Thomas —Camila se acercó a mí y tocó mi rostro.

Di un paso hacia atrás rápido, alejándome lo más que pude de ella.

Norberto se arrodilló tosiendo. Gruñó un poco antes de escupir algo de sangre e intentar ponerse de pie, pero tambaleó y cayó de nuevo.

—¿Mamá? —escuché a mi lado, y mi corazón se detuvo. Giré y vi a Inés asomándose por el umbral de la sala. Al ver su carita mis ojos se llenaron de lágrimas, y mi boca tembló poco antes que el resto de mi cuerpo lo hiciera.

Camila me rodeó y fue rápido con ella, abrazándola y diciéndole algo para tranquilizarla. No la escuché, sólo traté de respirar profundo, pero por más que jalaba aire no me era suficiente. Respiré una y otra vez, pero siempre me faltaba aliento.

Corrí hacia la puerta y me detuve al llegar a la acera. Recargué mis manos en mis rodillas, pero el aire fresco de afuera tampoco ayudó a tranquilizarme.

Grité. Todo lo que traía en mi pecho lo dejé salir. Tensé mis puños tanto como pude contra mis rodillas y grité tan fuerte que mi garganta ardió aun cuando se acabó el aire en mis pulmones.

—¡Thomas! —gritó Camila detrás de mí.

Giré a verla, y mi respiración se agitó de nuevo. Mi corazón bombeó como si no hubiera mañana.

Di la vuelta y hui. No subí en mi camioneta. Seguí corriendo. Corrí y corrí y corrí, tan lejos como pude de ahí.

A lo lejos alcancé a escuchar los gritos de Camila, pero no me detuve.

Sólo... sólo corrí.

## Capítulo 24.

*Camila*

—¿Segura que se fue por acá? —preguntó Lorena, dando vuelta su coche hacia otra calle.

—Se supone —dije con voz temblorosa, sacudiendo mi cabeza—. No sé, Lorena. Se largó corriendo y luego vinieron los amigos de Norberto por él, y yo...

Lorena puso su mano encima de la mía y la apretó. —Tranquilízate.

—¿Cómo quieres que haga eso?! —le grité— Maldita sea, no lo viste, Lore. Fue...

—Me imagino.

—No —sacudí la cabeza, recordando con lujo de detalle cómo Thomas sometió a Norberto y su rostro mientras le impactaba con sus puños una y otra vez—. No te lo imaginas, Lorena. Es como si él no fuera Thomas. Como si...

El teléfono de Lorena sonó. Ella detuvo el coche y cuando vio la pantalla contestó de inmediato.

—¿Diga? —dijo, colocando la llamada en altavoz.

—Señorita Rodríguez —reconocí la voz de Dante—. Necesito que venga a la mansión.

—¿Está Thomas ahí? —pregunté.

Le escuché suspirar. —Llegó hace unos minutos empapado en sudor y una cortada horrenda en su rostro. No quiere que llame a un médico, pero no puedo quedarme de brazos cruzados.

—Gracias, Dante —dijo Lorena—. Vamos para allá.

Ella pisó el acelerador y condujo tan rápido como pudo.

—¿Se fue corriendo hasta la mansión? —pregunté incrédula.

—Es hasta el otro lado de la ciudad —dijo Lorena—. ¿Qué tan rápido corrió?

Me estremecí, crucé mis brazos, y fijé la vista fuera de la ventana.

“¿Cómo terminó este día así?” pensé, frotando mi abdomen. “Maldita sea, todavía necesito comprar una prueba de embarazo.”

—A decir verdad, Norberto se lo merecía —dijo Lorena.

Resoplé. —No así, Lore —gruñí—. Dios, ojalá haya tenido la sensatez de ir al hospital.

—Si no tuvo la sensatez de buscarle pleito a alguien que le arrebató una pistola de las manos, no creo que...

—¿Qué dijiste?

Lorena apretó sus labios y respiró profundo. —Thomas no alcanzó a contarte el numerito que nos hizo Norberto en el aeropuerto.

—Habla —le dije.

—Llegamos de Boston y cuando estamos por irnos Norberto salió de la nada y le apuntó una pistola a la cabeza a Thomas.

—Ay Dios —dije, cubriéndome la cara—. Esto no me puede estar pasando.

—Thomas hizo kung fu o no sé qué rayos fue, pero le arrebató el arma —dijo Lorena—. Le dije, ¡le dije que llamara a la policía!

Miré a Lorena. —¿Por qué no lo hizo?

—Por ti, Camila —dijo Lorena con tono derrotado—. Joder, pensó que Inés se pondría muy triste si su papá fuera encarcelado y decidió dejarlo ir.

Respiré profundo. —Debió llamar a la policía —dije—. Es en serio, mañana a primera hora llamo a la trabajadora social y me encargo de sacar a ese hombre de mi vida.

—¡Por fin! —dijo Lorena.

Mi boca tembló, y mis ojos ya no pudieron contener más las lágrimas. —Estoy harta de tener miedo, Lorena.

—Lo sé, amiga.

—Harta... ¡harta! —grité.

Llegamos a la mansión. El portón estaba abierto, por lo que Lorena condujo el coche hasta la puerta principal, donde Dante nos esperaba. Su rostro no ocultaba su preocupación.

—Gracias por venir —dijo Dante.

—¿Dónde está? —le pregunté.

Apuntó a la entrada. —Sentado en los camastros a un lado de la piscina, atendiendo sus heridas.

—Vamos —dijo Lorena, pero le tomé la mano y detuve.

—Déjame ir, ¿sí?

Ella me miró, luego a Dante. —Sí —dijo—. Está bien.

Atravesé la mansión despacio. Las luces estaban apagadas y la única iluminación venía de la piscina afuera. Ahí lo vi sentado, dándome la espalda. No traía su camisa puesta. Se movía haciendo algo que no alcancé a ver.

Me detuve a unos metros, y noté la mesa plegable frente a él. Había vendajes ensangrentados, una aguja con hilo, una botella de alcohol y otra de otra cosa.

Di otro paso, y él dejó de moverse. Mi corazón se detuvo, mi garganta estaba tan cerrada que casi no podía respirar. Mis piernas aumentaron su peso de un segundo al otro, y no fui capaz de dar un paso más.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin voltear.

—Thomas —dije, casi un susurro—, soy...

—Sé que eres tú, Camila —dijo. Su tono era neutro, como si fuera un robot—. ¿Qué haces aquí?

Suspiré y meforcé a mí misma a dar esos últimos paso para poderle ver. Solté un gritillo y cubrí mi boca al verle el rostro: había cocido una cortada en su rostro que iba desde abajo de su mandíbula hasta el centro de su mejilla.

—Thomas, necesitas un doctor.

—Estoy bien —dijo, mirándose en el espejo portátil que tenía frente a él—. No es la primera vez que me parcho.

Sollocé, y me senté a su lado. Traté de abrazarlo, pero él se puso de pie y caminó alrededor de la mesa plegable, poniéndola entre nosotros.

—Te pregunté qué hacías aquí —dijo, mirando a lo lejos.

—¿A qué crees que vine? —me levanté y caminé hasta estar frente a él. Miraba sus ojos, pero él no me miraba a mí.

—Mírame —le dije.

—No —dijo—. ¿Para qué?

—¿Para... qué? —le dije con voz temblorosa— ¿Por qué te estás portando...?

—No debiste venir —dijo, girando y tomando las gasas ensangrentadas—. Vete. Inés ha de

estar muy asustada.

—¿Tú crees?!

Él se detuvo, respiró profundo, y luego caminó hacia el interior de la caseta de la piscina conmigo siguiéndole de cerca.

—¡Con un demonio, Thomas! —le grité— ¡Háblame! ¡Voltea hacia mí y...!

—¡Y qué, Camila! —gritó, girando y mirándome a los ojos. Su semblante frío desapareció y ahora las lágrimas salían sin control de sus ojos— ¡Qué quieres que te diga!

—Thomas yo...

—¿Quieres que me disculpe por lo que le hice a Norberto? —dijo, caminando hacia mí— Lo siento.

—Thomas...

—¿Quieres que me disculpe porque Inés vio cómo casi mato a su padre? —gritó aún más fuerte— ¡Lo siento!

—Por favor...

—¿Quieres que me disculpe por...?! —gritó a todo pulmón, luego dio la vuelta, puso sus manos en sus caderas— Lo siento.

Caminé hacia la cama, donde había una caja de pañuelitos, y tomé uno para secar las lágrimas que no podía contener.

—Está bien —dije con voz temblorosa.

—No, Camila —dijo Thomas, girando hacia mí, levantando su mano hacia mí como si estuviera sosteniendo su corazón en ella—. No está bien. Lo que hice no...

—Te defendiste.

—No lo entiendes —dijo Thomas—. Camila... —él miró al suelo, y cerró sus puños tan fuerte que todo su brazo tembló—. Camila, yo... lo disfruté.

Moví mi cabeza de lado a lado. —¿Qué?

—Disfruté lo que hice —dijo, su voz temblando aún más—. Cada golpe que le di lo disfruté como no imaginas. Saber en el momento que tenía la vida de alguien que había lastimado a alguien que amo en mis manos y estaba por quitársela...

—Thomas, ya basta.

—Soy un monstruo, Camila —dijo, y rompí en llanto como nunca lo había hecho—. Toda mi vida he crecido con violencia en mi vida.

—No, Thomas, tú...

—Desde que mi padre metió a mi madre a un hospital por la fuerza, hasta mi vida en el ejército —Thomas se sentó en la cama, mirando el suelo—. He hecho cosas en una noche que te causarían pesadillas por el resto de tu vida. Mi alma está infectada. No soy la persona que debes tener a tu lado. No debo estar al lado de nadie.

—Thomas, no digas esas cosas —dije—. Lo que hiciste...

Levantó la mirada, y nos vimos a los ojos por un instante antes de que él volviera a bajar la cabeza.

—No puedo ni verte a los ojos —dijo—. No puedo soportar que me mires como lo estás haciendo.

—¿Cómo, Thomas? —dije entre sollozos— ¿Cómo te estoy viendo?

—¡Asustada! —dijo, cubriéndose la boca, luego pasó su mano entre su cabello— No soporto que me mires así.

—¡Claro que estoy asustada, Thomas!

—No mereces eso, Camila —dijo, levantándose—. No seré el motivo por el que estés asustada más tiempo. Ya has vivido con miedo lo suficiente.

—Thomas...

—Yo no seré la causa de que vuelvas a vivir así —dijo Thomas—. Prefiero morir.

—¿Y mi opinión no cuenta? —le dije, acercándome— ¿Acaso nuestra relación es una dictadura donde solo tú pones las reglas? ¿Dónde solo tú decides lo que es mejor para nosotros? ¿Eso estás diciendo?

Él respiró profundo, y logró mirarme a los ojos. —No, Camila —dijo—. Estoy diciendo que ya no hay relación entre nosotros.

Un puñetazo en el rostro me habría dolido menos. Una puñalada en mi corazón me habría dolido menos. Que me arrancaran un miembro de mi cuerpo me habría dolido menos.

—No lo dices en serio —dije.

—Por favor, vete —dijo Thomas, saliendo de la caseta tan rápido como pudo sin correr.

Me quedé ahí, parada, adormecida. Mi cabeza estaba en blanco, mi mente aún trataba de procesar lo que Thomas acababa de decirme.

—¿Así de fácil? —dije, para mí misma, y mi pecho se encendió de un coraje que jamás había experimentado.

Salí de la caseta mirando a todos lados, y cuando lo encontré me dirigí a él.

—¿Así de fácil, Thomas?! —le grité.

Él se detuvo.

—¿Así de fácil volverás a dejarme?! —me acerqué a él, deteniéndome detrás— ¡¿Vas a huir otra vez?! —

Él se quedó quieto unos momentos. Vi de reojo a Lorena y a Dante mirándonos desde el umbral de la mansión sin decir una palabra.

Thomas giró y me miró a los ojos. La misma frialdad con que me recibió había regresado a su rostro.

—Al menos esta vez lo estoy haciendo de frente.

Le acomodé una cachetada tan fuerte que mi mano me dolió al instante.

—Vete al diablo, Thomas —dije, pasando a su lado.

Pasé entre Lorena y Dante, y aceleré el paso tan rápido como pude.

El coraje dentro de mí me había llenado por completo, pero mi estómago se retorció, y en un instante el coraje se convirtió en algo más. Algo que me sacó más lágrimas, que me hizo desear salir de ahí tan rápido como pudiera.

Salí de la mansión y corrí hacia el coche de Lorena. Tomé la manija y traté de abrir la puerta varias veces, pero estaba cerrada.

Me deshice en ese momento. Lloré mientras me recargaba contra el coche, y me habría deslizado al suelo si mi amiga no me hubiera seguido tan de cerca.

Abrió la puerta y me ayudó a subir. Miré hacia la mansión y solo vi a Dante en la puerta. Thomas no estaba por ningún lado.

—Vámonos de aquí —le rogué a Lorena en cuanto subió al coche.

—Sí, amiga.

Cerré mis ojos con todas mis fuerzas, como si aquello fuera a despertarme de la terrible pesadilla que estaba viviendo.

Sobra decir que no funcionó. La pesadilla fue real.

## Capítulo 25.

*Camila*

—Maldita sea —tallé mis mejillas de nuevo. Parecía que si limpiaba una lágrima otras tres salían de mis ojos para tomar su lugar—. Ya quiero dejar de llorar.

—Cami —Lorena lamentó mientras conducía—. No lo reprimas. Si necesitas llorar...

Rechiné mis dientes y miré al techo de su coche. —Ya lloré suficiente —dije—. Maldita sea, Inés no puede verme así.

Lorena estacionó el coche fuera de una tienda de conveniencia. —¿Necesitas algo? —preguntó.

—Un trago —dije, cerrando mis ojos—. Tequila, de preferencia.

Lorena respiró profundo. —Te traeré un café.

—Y gomitas —le dije.

—Buscaré la bolsa más grande que tengan —dijo, sonriendo, antes de bajar del coche.

Moví mi cabeza de lado a lado mientras imaginaba a Lorena salir de la tienda con un costal lleno de esas gomitas que tanto nos gustaban.

Sonreí. “¡Dios! ¡Qué bien se siente eso!” pensé al atreverme a imaginar semejante situación de caricatura y permitirme reír un poco.

Recargué mi sien contra el vidrio, y mi cabeza se quedó quieta. No pensaba en nada, fijé la vista hacia enfrente notando a la gente haciendo fila para pagar sus cosas adentro de aquella tienda, pero ningún pensamiento pasó por mi mente.

Le di la bienvenida a aquella paz momentánea, como si mi cuerpo hubiera dicho “¡basta! ¡no puedo más!” y haya decidido apagar la señal viniendo de mi cerebro.

Saqué mi teléfono y abrí mis redes sociales en busca de una foto graciosa, o una imagen tierna de un bebé, cachorro o gatito. Lo que sea con tal de distraerme.

Dos segundos después y ya tenía en la pantalla el perfil de Thomas, y quedé mirando su rostro sonriente y lo impresionante que se miraba vistiendo traje y con brazos cruzados recargado contra el marco de su puerta.

“Yo le tomé esa foto,” pensé.

Mis labios temblaron de nuevo, las lágrimas se acumularon una vez más en mis ojos, y mi respiración se agitó. Hice mi mejor esfuerzo para evitar llorar de nuevo, pero no me quedaban fuerzas. Cubrí mi boca, cerré mis ojos, y lo dejé todo salir.

Lorena abrió la puerta del coche de mi lado, me giró hacia ella y me abrazó con todas sus fuerzas.

—No te aguantes, Cami —dijo—. Déjalo ir.

Me aferré a ella tan fuerte como pude, esperando que la tormenta de tristeza, coraje, confusión y desesperación calmara su ira.

Lorena estiró su mano por encima de mi cabeza, tomó un vaso viajero del techo de su coche y me lo ofreció. Respiré profundo y comprobé que era un delicioso capuchino.

—Gracias —le dije antes de dar un sorbo.

—Entonces es final —dijo Lorena—. Tú y Thomas...

Asentí. —Se acabó —dije con más facilidad que la esperada—. Lo mejor que me había pasado recientemente y vino el hijo de puta de Norberto a arruinarlo todo.

Lorena se recargó a un lado de la puerta. —Thomas también tuvo algo de la responsabilidad.

“*Responsabilidad*,” pensé mientras daba otro trago a mi café, y disfruté el calor bajando por mi garganta, cómo aterrizaba en mi estómago, y de ahí el calor disipándose en mis entrañas.

Tuve conciencia de mi vientre, y recordé el recordatorio de mi calendario.

—Mierda —dije, mirando la tienda y suspirando de alivio.

—¿Qué pasa? —preguntó Lorena.

Le entregué mi café y salí del coche. —Necesito entrar a comprar algo.

—Yo voy —dijo Lorena—. Tú aquí quédate y...

—No —le interrumpí—. Yo voy.

—Es en serio, no tengo ningún problema con...

—Necesito comprar una prueba de embarazo —le dije.

Lorena se quedó congelada, mirándome y con su brazo extendido hacia mí. —¿Necesitas una qué?

Gruñí. —Aquí espérame.

—¿Estás embarazada? —dijo, siguiéndome.

—¡No lo sé! —le dije—. Para eso necesito la prueba.

—¡Esas cosas se pueden equivocar! —dijo cuando entramos a la tienda— Espera, si lo estás el padre sería...

Me detuve, giré a verla de reojo, y luego reanudé mi camino hacia las pruebas. Entre a la tienda y recorrí los pasillos hasta encontrarlas.

—¿Él sabe? —preguntó Lorena cuando me alcanzó frente a las pruebas de embarazo.

—¿Cómo va a saber algo que ni yo sé, Lore? —dije, tomando un par de distintas marcas en mis manos.

—Lleva de las tres —dijo Lorena, tomando la otra marca que no había visto—, por si una falla.

Me quedé mirando las tres pruebas de embarazo, y me quedé tan quieta como se quedaron mis pensamientos en ese momento tras hacerme una pregunta que provocó un shock en todo mi ser.

—Camila —llamó Lorena—. Camila, ¿estás bien?

—¿Y si estoy embarazada? —susurré.

Lorena se quedó callada. La miré y estaba boquiabierta negando con la cabeza.

—Quizá no debemos adelantarnos —dijo—. Podrías no estarlo.

—Podría estarlo —dije, mirándola a los ojos—. Joder, Lorena, ¿y si estoy? ¿qué haré?

—Ya tuviste una —dijo con una sonrisa—. Será como montar una bicicleta.

—¡Lorena!

Ella gruñó y miró de un lado a otro. —¿Qué te digo, Camila? —dijo— Si estás embarazada vas a tener que decirle a Thomas, para empezar.

Negué con la cabeza. —No lo sé.

—¿Cómo no vas a saber? —dijo Lorena— Sería suyo, ¿no? —no contesté de inmediato, y Lorena abrió sus ojos de par en par— ¡No me digas que tú y Norberto volvieron a...!

—¡No! —le grité— ¡Claro que no! ¡Jamás!

—Entonces sólo podría ser de Thomas.

Le miré enfadada. —Sí, Lorena, sólo podría ser de Thomas.

—Entonces le dices —dijo —, y lo resuelven juntos.

—Acabamos de terminar —le dije—. ¿Cómo crees que va a reaccionar?

—Si lo conozco bien hará a un lado su ego de macho y se hará responsable.

—Sí —dije, asintiendo—. Igual que Norberto se hizo responsable.

Di la vuelta y caminé hacia el mostrador.

—Momento —dijo Lorena, siguiéndome de cerca—. No puedes estar comparando a Norberto y a Thomas.

—¿Ah no? —le dije— Thomas haría *exactamente* lo que Norberto hizo hace años: hacerse responsable, casarse conmigo, y resentir el estar atada a mí por el resto de sus días.

—¿Acaso estamos hablando de la misma persona? —dijo Lorena— Eso no pasará con Thomas.

—¿No? —me detuve y la miré a los ojos— Dime una pareja que conozcas que se haya juntado por un embarazo accidental y ahora esté feliz.

—¡Juan y Perla! —dijo Lorena.

—¡Se preocupan más por su perro que por su hijo!

—El perro es mejor portado que el hijo —dijo Lorena— ¡Ah! ¡Alicia y Simón!

—¡Alicia tiene a Simón tan asustado con sus ataques de celos que él ni se atreve a saludar a otras mujeres! ¡Por eso nos divierte tanto coquetearle!

—Fidel y Sofia.

Me detuve y giré a mirarla. —¿En serio? —dije— ¿Fidel y Sofia?

—Lo siento no sé qué estaba pensando —dijo Lorena, luego me apuntó con su dedo índice al rostro— ¡Maru y Javier!

Quedé pensativa, encogí mis hombros, y asentí mientras apretaba mis labios. —Bueno, sí, ellos son muy felices.

—¿Ves? —dijo Lorena.

—Pero son la excepción. Ve cuántas otras parejas conoces unidas por compromiso que no son felices.

—Son prueba de que podrían...

—Lore, ya —levanté mi mano abierta y cerré mis ojos—. Ya lo decidí.

—¿Qué decidiste? —dijo Lorena— ¿No le piensas decir?

Respiré profundo. —Si lo estoy... todavía no.

Ella suspiró. —Estás cometiendo un error.

—Lorena, él regresaría conmigo por compromiso —dije—. No quiero que esté conmigo sólo porque *tiene* que estar conmigo.

—Camila, él te ama.

—¿Entonces por qué me cortó? —le dije— ¿Por no hacerme daño?

—Quizá —dijo Lorena—. Camila, no debemos olvidar la vida que Thomas vivió antes de regresar a Ciudad del Sol.

—¿Y qué vida es esa?

—Fue un soldado —dijo Lorena—. Y por lo que nos contó y lo que pude investigar, fue de los mejores. Lo mandaban a lugares donde nadie más tenía los cojones para ir.

—Eso ya lo sabía.

—Entonces también sabes que ha visto cosas que tú y yo sólo vemos en las películas como efectos especiales o maquillaje —dijo Lorena—. Él lo vivió, Camila.

Dejé las pruebas de embarazo en la caja y le entregué mi tarjeta de débito al muchacho que la atendía.

—Mira —Lorena recargó su trasero contra el mostrador de la caja— Reyes me contó que sólo los psicópatas pueden tener esas experiencias y no ser afectados por ellas. Thomas no es un psicópata, es una de las personas más buenas que conocemos.

La miré y recordé un par de veces en que me pareció verle desconectarse del mundo, mirando cosas que no estaban ahí, murmurándose a sí mismo algo para tranquilizarse.

Respiré profundo y moví mi cabeza de lado a lado. —De todas las tonterías que Thomas me dijo ahorita hubo una que tenía mucha razón —tomé mi tarjeta y la bolsa de plástico con mis productos, giré y miré a Lorena a los ojos—: he vivido demasiado tiempo con miedo.

—Entonces no tengas miedo de decirle a él la verdad —dijo Lorena mientras salíamos de la tienda—. Desde todos los puntos de vista que puedan existir él merece saber.

—Y lo sabrá —dije, levantando la bolsa con las pruebas—, pero primero necesito saber si hay algo que él necesite saber.

Me quedé parada frente al coche. Mi pecho se hundió y un vacío enorme apareció en mi estómago que exprimí más lágrimas de mis ojos.

—Cami...

—No puedo creer que haya terminado.

Lorena suspiró. —Yo tampoco —dijo—. Pensé que esta vez las cosas serían distintas.

Resoplé. —Yo también —dije—. Pensé que por fin la vida estaba dándome un respiro, ¿sabes?

Lorena tomó la bolsa de mis manos. —Vamos a mi casa a que hagas esto primero —dijo.

—Tengo que ver a Inés...

—Reyes y Luciana se llevaron a Inés a nuestra casa —dijo Lorena con una sonrisa.

Sonreí y le di un abrazo a mi querida amiga. —Al menos siempre te tendré a ti.

—Siempre, Cami —dijo Lorena, con una sonrisa—. Entra al coche y espérame. Sospecho que necesitaremos más de una bolsa de gomitas.

Reí y asentí.

## Capítulo 26.

*Thomas*

Abrí mi armario con la intención de elegir algunos trajes para llevarlos en mi viaje, pero quedé paralizado por una ligera punzada en mi mandíbula, que ya estaba disminuyendo su hinchazón.

Vinieron a mí chispazos de Norberto tirado ante mí, ensangrentado, y mis manos temblaron como si recién le hubiera propinado esos golpes.

Miré mis nudillos mientras abría y cerraba mis manos llenas de hematomas y rasguños. Recordé el rostro aterrorizado de Camila, y cerré mis ojos tan fuerte como pude, como si aquello fuera a ahuyentar aquella imagen de mi cabeza.

Al contrario, fue como iniciar una película de lo sucedido la noche anterior, cuando le dije que no debíamos vernos más.

Mi garganta se cerró, y la punzada en mi corazón por poco y me doblé. Pero me mantuve de pie, abrí mis ojos, y forcé mi atención a la tarea de elegir qué trajes llevar en mi maleta.

—¡Thomas! —gritaron a lo lejos. Giré un poco mi cabeza hacia la puerta, y escuché pasos de tacones—. ¡Thomas! —gritaron de nuevo, y suspiré al reconocer la voz.

Lexi abrió mi puerta de golpe, y cuando giré a verla estaba entrando a la habitación seguida de cerca de Dante. Venía sonriendo, pero dejó de hacerlo poco a poco en cuanto notó la herida en mi rostro.

—Lo siento, señor, ella...

—Está bien —le dije—. Déjanos solos.

Lexi tomó mi mentón y giró mi cabeza para ver mi herida.

—¡Oye, eso duele! —le reclamé.

Ella apretó sus labios y levantó su cabeza sin quitar su vista de mi herida. —Te lo mereces por no invitarme a la fiesta —dijo.

—Créeme, no hubo fiesta —le dije.

—¿Ya te vio un doctor?

—Dante trajo uno en la mañana —dije, girando hacia mi armario y tomando los primeros cuatro trajes que vi—. Me recetó un antibiótico y me dio el visto bueno para viajar.

—¿A dónde vas?

Suspiré. —A donde sea que no se llame Ciudad del Sol —murmuré.

—¿Problemas con Camila? —preguntó Lexi, y cuando giré a verla su expresión cambió de jugueteo a preocupación— Joder, ¿qué hiciste?

—¿Por qué asumes que fui yo?

Apuntó a mi rostro. —Eso tuvo algo que ver, ¿no? —tomó mis manos y apuntó a mis nudillos—, y esto —apuntó a los trajes que había dejado en mi cama junto a otros cambios de ropa—, y eso.

Levanté la vista al techo mientras me alejaba de ella. Giré hacia la ventana de mi habitación y puse mis manos en mi cadera.

—Golpeé a Norberto.

—¿Nada más fue eso? —preguntó Lexi— Joder, el tipo se lo merecía.

—No como lo hice yo.

Lexi se quedó callada unos momentos. —¿Qué tan mal?

—Mal —dije, recordando su rostro hinchado y lleno de moretones—. No sé si Camila le haya llamado a una ambulancia o él se fue por su cuenta, pero...

—No digas más —dijo Lexi. Di la vuelta y ella golpeteaba su teléfono como si no hubiera mañana—. No hay reportes de ambulancias, ni reportes de agresión por parte de ningún hospital, y no hay registros en la morgue.

—¿Cómo rayos sabes...? —dije, pero sacudí mi cabeza y suspiré—. Déjalo, olvidé por un momento con quién hablaba.

—Rayos —dijo Lexi—, entonces sí estás mal de la cabeza.

—Graciosa —dije, tratando de sonreír tanto como el hinchazón de mi mandíbula me lo permitió.

—Al menos no lo mataste —dijo Lexi, luego asintió y abrió su boca—, ¿por eso es este viaje?

Suspiré y la miré de reojo antes de ir a mi armario por otras cosas. —Ya fui este fin de semana a ver a algunos inversionistas en Boston, pero necesito ir a conocer las fábricas en México y Brasil, además de las refinerías en...

—Patrañas —dijo Lexi—. Estás huyendo.

—No estoy huyendo —le miré y ella estaba de brazos cruzados.

—¿Qué pasó con Camila? —preguntó.

—Nada.

—Algo pasó.

—Te dije que nada.

—¿Entonces por qué estás tenso?

—No estoy tenso.

—Sí lo estas.

—No lo estoy.

—Sí lo estás.

—Dije que no.

—¡Mírate! —se acercó y me dio una palmada en la nalga— Podría romper una nuez entre tus nalgas de lo tenso que estás.

Reí un poco, y de pronto solté una carcajada junto con ella al punto en que necesité sentarme en el suelo.

—Joder, cariño, necesitaba eso.

—Cuéntame.

Puse mi mano encima de un estante de mi armario. —Le hice daño, Lexi.

—¿La golpeaste por accidente mientras molías a su ex?

—No —dije, mirando al suelo—, pero la forma en que me vio... E Inés —sacudí mi cabeza— ... Ningún niño debería ver lo que ella vio.

—¿Y por qué, Thomas? —dijo Lexi— No creo que él te haya provocado hasta ese punto.

Apunté a mi mandíbula. —Puño americano. Me derribó, y cuando volví en sí fue como si volviera a estar en combate allá, ¿sabes?

—Joder, con razón casi lo matas —dijo Lexi—. Te he visto en modo bestia.

—No quería hacerlo —dije—, pero...

—No estabas en control de ti mismo —dijo Lexi—. Te he dicho muchas veces que necesitas ver a un profesional. Lo que tienes no es algo que puedas suprimir con fuerza de voluntad.

—No voy a exponer a Camila ni a Inés ni a nadie aquí a ese peligro.

—Eres un soldado, Thomas —dijo Lexi—. Sí, hemos visto lo peor de la humanidad, pero no es nada que un buen loquero no pueda ayudarte a solucionar. Hombre, tienes a uno prácticamente en la familia.

—¿Y mientras tanto? —le dije.

—¿La amas? —preguntó.

Quedé estupefacto ante la pregunta. —Maldita sea, sabes la respuesta.

—No, no lo sé —ella se encogió de hombros—. Quizá sólo la aprecias como un buen faje y una agradable compañía.

—La cosa no es así, y lo sabes.

—¡No lo sé! —dijo Lexi—. Contéstame: ¿la amas?

Gruñí y cerré mis ojos. Mi pecho quemaba por dentro, y mis ojos ardían al tratar de reprimir las lágrimas que luchaban por escapar.

Asentí.

—Dilo —insistió Lexi—. ¿La amas?

—Sí.

—¿Sí qué?

—La amo —dije, abriendo los ojos un momento antes de cerrarlos una vez más cuando salieron varias lágrimas de ellos.

—Entonces jamás le harías daño —dijo Lexi—. Te conozco, grandísimo animal, y aunque eres capaz de despedazar a alguien que le ha hecho daño a alguien que amas, jamás dirigirías esa violencia hacia alguien que conoces.

—No lo entiendes, Lexi —dije—. Ya la lastimé.

—¿La golpeaste anoche sin querer?

—No —dije—, pero...

—Ya vio lo feo de ti —dijo, poniendo una mano en mi hombro—. ¿Has hablado con ella después?

—Vino aquí a buscarme —dije—, y es cuando le dije que no debíamos estar juntos.

—¿Pero ella vino a terminar la relación o...?

—No lo sé, supongo —dije—, ¿por qué más vendría?

Lexi acomodó una certera palmada en la parte de atrás de mi cabeza. —Porque se preocupó por ti, tarado —dijo—. Thomas, si alguien jamás le haría daño a esa mujer serías tú.

—No viste cómo me miró.

—¿Asustada? ¡Claro que se asustó! ¡No me da la impresión de ser el tipo de chicas que se prende al ver a un tipo golpeando a otro!

—Lexi...

—Déjame hablar —crucé mis brazos y caminé hacia mi cama—. Thomas, todos traemos nuestro bagaje al entrar a una relación. Tú y yo somos soldados, así que es normal que tengamos algo de Estrés Post-Traumático en la cabeza. ¿Crees que ella no tiene sus traumas por su matrimonio con aquel animal?

—No me importa qué traumas sean, estaría aquí para apoyarla.

—Buena decisión —dijo Lexi—, ¿por qué no le diste a ella la oportunidad de elegir si estaba dispuesta a apoyarte con los tuyos?

—No son lo mismo.

Lexi gruñó. —¡Ustedes los hombres son unos imbéciles! —dijo—. No se trata de cuál trauma

es más grande, sino que no le diste a ella la oportunidad de elegir si quería estar contigo.

—Tomé una decisión pensando en su seguridad.

—No te correspondía tomar esa decisión, Thomas —dijo Lexi—. Le correspondía a ella. Joder, hombre, enamorarse es abrirte a otra persona tanto que quizá esa persona te haga más daño que cualquier otra, pero sólo en esa vulnerabilidad nace la verdadera confianza para salir adelante los dos como pareja —apuntó su dedo hacia mi rostro—, ella estaba abierta a eso, pero tú no.

—Por supuesto que lo estaba.

—Thomas, no te escudes detrás de un supuesto sentido de caballerosidad —dijo Lexi—. No te asusta que te haya visto violento con su ex, te asusta que vio una parte de ti y no le gustó, y piensas que eso se traduce en que ya no podría amarte. Tuviste miedo, y por eso estás huyendo.

Suspiré. —Bueno, ¿qué se supone que debí hacer?

—No lo sé, pero sé lo que debes hacer: Llámale.

—No.

—Maldita sea, Thomas.

—Lo hecho, hecho está —dije—. Si fue un error, tendré que vivir con ello.

—¡Dios! Eres... —extendió sus dos manos hacia mí preparada para ahorcarme.

Sonreí antes de regresar mi atención a la ropa en mi cama. —¿Qué estás haciendo aquí, por cierto?

—¿Se te olvidó?

—Es claro que sí —dije sin pensarlo.

Lexi suspiró. —Se supone que conocerías a mi jefe hoy en nuestras instalaciones de Ciudad del Sol.

Cerré mis ojos y asentí. —Tienes razón.

—Pero si no estás en condiciones...

Apunté a la cortada en mi mandíbula. —¿Tú crees?

—Él ha visto peores, créeme —dijo Lexi, cruzándose de brazos—. A decir verdad, te ves malo. Malo sexy.

Reí mientras ponía mis manos en la cintura. —¿Eso quiere decir que ya terminaste de regañarme?

—Bebé, te estaré regañando todo el día a cada oportunidad que tenga.

Suspiré y me detuve luego de meter algunas camisas a una maleta.

—¿Te costó abrirte así con Dora? —le pregunté.

Lexi suspiró. La miré y estaba sonriendo. —Sí, mucho —asintió y soltó una risilla—. Vamos, hombre, conoces nuestra historia.

—Lo sé —dije, regresando mi atención a mi ropa—. ¿Valió la pena?

Lexi rio, luego puso su mano abierta frente a mí, y noté el anillo de diamantes en su dedo.

—Valió la pena, bebé —dijo.

Reí mientras le abrazaba. —Lexi, te felicito.

—Necesito que te compongas, Thomas —dijo—. Necesitaré a mi padrino de bodas en su mejor momento.

—Trataré, Lexi —suspiré mientras apretábamos nuestro abrazo—. ¿A qué hora era nuestra cita con tu jefe?

—Tenemos tiempo para que me llesves a desayunar —dijo Lexi con una sonrisa—, porque no he terminado de regañarte.

—Maldita sea.

## Capítulo 27.

*Camila*

—¿Ya? —dijo Lorena desde afuera del baño, detrás de la puerta cerrada.

—No —le contesté por enésima vez sin quitar la vista de la prueba de embarazo. Saqué mi teléfono y vi el conteo regresivo de mi temporizador avanzar a paso de tortuga.

Mi móvil vibró en mi mano, y una notificación en la parte superior de la pantalla me indicó la llegada de otro mensaje de texto de Norberto.

—Contéstame el puto teléfono —decía el mensaje.

Gruñí y lo borré, dejé el móvil junto a la prueba de embarazo con el temporizador en la pantalla, y crucé mis brazos.

A unos segundos de terminar la cuenta regresiva el móvil sonó. Lo tomé y sacudí mi cabeza al ver que Norberto me llamaba.

—Voy a cambiar de número, definitivamente —dije para mí misma antes de contestar—. ¿Qué quieres?

—¿Quieres explicarme por qué demonios me acaba de llamar la trabajadora social para decirme que todas mis visitas habían sido canceladas?

—Porque le llamé anoche y le dije lo que hiciste, Norberto.

—¿Lo que yo hice? —dijo— ¡El bruto que te estás follando casi me mata a golpes frente a nuestra hija! ¿Qué putas mentiras...?

—¿Mentiras? —le interrumpí— Viniste a la casa borracho, me gritaste, y me metiste a la casa a la fuerza.

—Eres una puta mentirosa.

—Me importa un comino lo que pienses, Norberto —le dije—. Te di todas las oportunidades del mundo, pero no pudiste dejar de ser... —resoplé y miré al techo del baño de Lorena—. No más, Norberto. No voy a arriesgar a mi hija.

—Es mi hija, desgraciada —dijo—. Es mi derecho divino...

—Ya no me hables, hijo de tu puta madre —le dije—. Si vuelves siquiera a marcarme por accidente voy a ir directo a la policía a decirles exactamente cómo mantienes a flote tu restaurante gracias a tu negocio familiar.

—No me amenaces, Camila —dijo Norberto—. No sabes de lo que soy capaz.

—Ponme a prueba, Norberto —le dije antes de colgarle.

Suspiré y cerré mis ojos unos momentos, recuperando mi aliento. “*Un descanso,*” pensé. “*Ya necesito un maldito descanso.*”

Tocaron a la puerta. Al abrirla vi a Lorena de brazos cruzados esperándome.

—Lo siento —le dije—, yo...

Me tomó de los hombros y me abrazó con todas sus fuerzas. —No tienes nada de qué disculparte —dijo—. Tú dime y me encargo que ese hijo de perra jamás vuelva a molestarte.

Sonreí y le correspondí el abrazo. —Gracias, Lore —le dije.

—Y pueden quedarse aquí el tiempo que quieran —dijo Lorena, alejándose—. Reyes no tiene

problema con eso.

—Dile que le voy a pagar la puerta y los daños que...

—No te preocupes por eso —dijo Lorena, luego miró encima de mi hombro y apuntó a la prueba de embarazo encima del lavabo—. ¿Ya la viste?

—No —dije—. Estaba... —levanté mi móvil.

Guardé mi teléfono en el bolsillo de mi pantalón de vestir y tomé la prueba de embarazo en mis manos.

—¿Y bien? —preguntó Lorena.

Sonreí y asentí. —Es negativa.

—¿Y las otras? —preguntó Lorena, mirando el banquillo junto al lavabo, donde había puesto las otras dos pruebas. Se acercó y las miró—. Negativas.

—Dios mío, gracias —dije, sonriendo, mientras arrojaba la prueba en mis manos a la basura.

Sonreí más al imaginarme la expresión que habría puesto Thomas si le hubiera tenido que decir de mi embarazo, y la presión dentro de mi pecho me hizo saber que quizá no habría sido tan catastrófico que la prueba resultara positiva.

—¿Puedo serte honesta? —dijo Lorena—. La verdad, la verdad, estoy algo decepcionada que no estés embarazada.

Ambas reímos. —Sí, yo también —pasé mis manos entre mi cabello—. Joder, Lore, no quiero ir a trabajar.

—No vayamos —dijo con una sonrisa—. Ve y ponte tu pijama otra vez, yo me pongo la mía, y estémonos en mi sala contestando correos y viendo pelis todo el día.

—No me tientes —dije.

Giré hacia la puerta, donde Reyes se ponía su abrigo.

—Vámonos, niñas —dijo antes de mirarnos de reojo—. Vayan a despedirse de sus madres.

Luciana salió de su habitación seguida de Inés. Me hiqué y abracé a mi pequeña en cuando pude.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, mamá —dijo—. Ya deja de preguntarme eso.

La alejé un poco pero no le solté las manos. —No dejaré de preguntarte eso, ni de pedirte perdón por lo que pasó.

—No fuiste tú —dijo—. Papá quiso hacerte daño, y Thomas te salvó.

Sonreí. —¿No estás enojada con él?

—No —dijo, sonriendo—. Thomas era soldado, su trabajo era acabar con los malos. Y mi papá se volvió un malo. Así me lo explicó el tío Reyes.

Miré al marido de Lorena. —Lo siento —dijo Reyes—, debí consultar contigo antes de decirle...

—Está bien —dije mientras tallaba mi mejilla de una lágrima. Tomé el rostro de Inés y le di un fuerte beso en la mejilla—. Te amo. Hablamos más en la tarde que regreses de la escuela.

—Yo también te amo, mamá.

Lorena se detuvo a mi lado y vimos a nuestras pequeñas irse con Reyes. Recargué mi cabeza en el hombro de mi amiga y suspiré.

—Thomas me salvó —dije, sonriendo.

—Por lo que me contaste, sí —dijo Lorena—. Deberías llamarle.

Negué con la cabeza. —Si vamos a trabajar desde aquí necesitaremos café —dije.

—No me cambies el tema —Lorena me siguió dentro de su cocina.

—No estoy lista para eso, ¿sí? —dije, dirigiéndome a la cafetera.

—Vale —la miré y Lorena ya se dirigía a la sala por nuestros portátiles.

La mañana transcurrió sin eventos. Dos cafeteras y un montón de correos electrónicos mantuvo mi atención enfocada en mi trabajo, aunque cada momento libre lo pasé resistiendo la tentación de tomar mi móvil y mirar las redes sociales de Thomas, o las fotos que me había tomado con él, o leer los mensajes que nos habíamos enviado.

Suspiré y miré fuera de la ventana de la cocina. Escuché a Lorena discutir con alguien al teléfono, y al verla recordé la postura firme y controlada que Thomas hacía cada que llamaba por teléfono.

Joder, se miraba tan sexy cuando estaba en control de las cosas.

Mi teléfono sonó. Lo tomé rápido al ver la imagen de un hombre en la pantalla, pero al verla bien comprobé que no era Thomas quien me llamaba.

Era Reyes.

—¿Qué pasó? —contesté el móvil.

—Lorena tiene el teléfono ocupado —dijo.

—Sí, está en una llamada.

—¿Quién es? —articuló Lorena mirándome sin quitar su teléfono de su oído.

—Reyes —le susurré antes de regresar mi atención a la llamada—. ¿Todo bien?

—Vine a la escuela por las niñas —dijo.

Miré el reloj y quedé boquiabierta al ver que ya era pasada la una de la tarde. —Vaya, se nos fue la mañana volando.

—Camila —dijo Reyes con tono serio—. No está Inés.

—¿Qué? —dije, sonriendo a fuerzas como si hubiera escuchado un mal chiste.

—Luciana me está diciendo que la directora fue por ella hace unas horas y nunca regresó al salón.

—¿Por qué? —pregunté, poniéndome de pie.

Lorena me miró y colgó su llamada. —¿Qué pasa?

Escuché a Reyes respirar profundo. —Dijo que su papá vino a recogerla.

—No —dije, moviendo la cabeza de lado a lado—. No, él no...

“*Maldita sea, lo apunté como persona autorizada para recogerla,*” pensé, recordando la lista que hice para la escuela cuando empezó el año escolar.

—¿Qué está pasando? —Lorena se levantó y caminó hacia mi lado de la mesa.

—Inés no está en la escuela —dije—. Norberto se la llevó.

—Llamaré a la policía —dijo Lorena.

Colgué la llamada con Reyes y busqué el teléfono de Norberto. Entre los contactos de mi móvil. Sonó una vez, y contestó.

—Justo a tiempo, mamita.

—¿¿Dónde está? —estampé mi mano abierta en la mesa— ¿¿Por qué sacaste a Inés de la escuela?!

—Cállate la puta boca, Camila —dijo despacio y calmado—. Ya entendí que te he perdido para siempre. Ya te estuve rogando y rogando y me he cansado de eso. Ya vi qué tipo de mujer eres, y no voy a dejar que mi hija se vuelva una puta cazafortunas como su madre.

—¿¿Dónde está?!

—Sabes, cuando me casé contigo cometí un error: debí regresar a México contigo y con Inés, así no habrías tenido las malas influencias de esa zorra de Lorena y su marido el doctor de la

cabeza que sólo te metieron ideas —casi podía escucharlo sonreír—. Inés está bien, ya está sentadita arriba en el avión.

—No —dije, escuchando en el fondo un motor arrancar.

—Me la llevo a donde será educada como debe ser educada una mujer de bien.

—Norberto, te voy a...

—¿Qué me vas a hacer, mamita? —dijo entre risas— ¿Vas a llamarle a la policía? ¿Vas a delatarme con el juez? A donde voy nadie me puede hacer nada. Ni la ley, ni tú, ni nadie. A donde voy, yo soy el rey.

—No, Norberto, no... —colgó la llamada— ¡No!

—¿Era él? —dijo Lorena con su móvil en su oído— Tengo a la policía en la línea, ¿qué te dijo?

—Se la va a llevar a México —dije, sollozando—. Ya está en el avión.

—¿Dónde? —preguntó Lorena— ¿A qué parte de México va?

—No sé —dije. Mis rodillas temblaron, ya no fueron capaces de mantenerme de pie. Caí al suelo, y la sonrisa arrogante de Norberto agredió mis pensamientos—. Hijo de puta... ¡Hijo de puta!

Lorena se hincó y me abrazó, y yo me aferré tan fuerte a ella como pude.

Mientras la abrazaba recordé aquella mañana, cuando le dije a Inés que la amaba y la abracé.

Me deshice.

## Capítulo 28.

*Thomas*

—Prueba este —dijo Lexi, entregándome un rifle M14 que recién había cargado.

Sonreí al sostenerlo entre mis manos. —Hola, viejo amigo —dije, acomodándolo contra mi hombro y apuntando a los blancos al otro extremo del campo de tiro. Abrí fuego, derribando las placas metálicas con siluetas pintadas.

—Y tú pensabas que estarías oxidado —dijo Lexi, poniendo su mano en mi hombro.

Puse el seguro y giré el rifle en mis manos. —Está modificado.

—¿Cómo supiste?

—El gatillo es más sensible, está más ligero, y... —saqué el cargador y noté el tamaño de la cámara— son balas de tamaño personalizada. Más pequeñas, por lo tanto, más disparos por cargador.

Lexi rio. —¿Cómo rayos supiste eso?

Giré a verla. —¿Olvidaste con quién hablas?

—Impresionante —dijeron detrás de mí. Noté a Lexi mirarme de reojo y ampliar su sonrisa antes de dar la vuelta.

El sujeto de traje azul marino miraba la pantalla junto a la estación de tiro desde donde disparé. En ellas veía un diagrama indicando el lugar donde mis balas impactaron.

Aunque su traje se miraba casi tan caro como el mío no tenía el mismo porte que muchos hombres de negocios que conocía. La forma en que estaba de pie, y la manera en que tomó un revolver de la mesa y lo manejaba me decía que tenía formación militar de algún tipo.

—Lexi me ha hablado mucho de usted, señor Beringer —dijo el sujeto, dejando el revolver en la mesa antes de ofrecerme su mano a estrechar—. Níkolos Reiter.

Sonreí al estrecharle la mano. —Un placer, señor Reiter.

—Él es mi jefe —dijo Lexi—. Es el dueño de este lugar.

Asentí y miré el campo de tiro. —Me gustan sus instalaciones —dije—. Muy impresionantes, y sus juguetes no se quedan atrás.

—No he escatimado en gastos —dijo Níkolos antes de mirar de reojo a Lexi.

—¡Oh! —dijo ella— Necesito ir a revisar algo del... Asunto.

Aguanté la risa. Lexi era pésima mentirosa.

Níkolos esperó a que se alejara un poco antes de extender su mano hacia la salida del campo de tiro. —Tengo un *dallah* caliente en mi oficina. ¿Gusta?

Arqué una ceja. —Hizo su tarea, señor Reiter —le dije sonriendo—. No he tomado café árabe desde que regresé de mi última misión.

—Llámeme Níkolos, por favor —dijo—. Esta mezcla en particular la disfruto mucho en días que necesito despertar.

Se detuvo para abrirme la puerta hacia un área de oficinas.

—El negocio de la seguridad privada ha de ser muy agotador para que necesite algo tan fuerte para despertar.

—Un recién nacido en casa, más bien —dijo Níkolos—. Mi primero.

—Felicidades.

—Gracias, Thomas —dijo Níkolos.

Caminamos lado a lado hacia una escalera que llevaba a una oficina en alto desde donde podría verse toda el área de oficinas.

Su despacho era sencillo: un escritorio grande de cristal, con algunas fotos en cuadros, un par de pantallas grandes con un teclado frente a ellas, y dos sillones de piel negra en la esquina, con una mesita ante ellos.

Era la oficina de alguien que recién se instaló, y no ha tenido el tiempo de hacer suyo el espacio.

Aspiré el intenso aroma del café árabe en la jarra adornada encima de la mesita, un *dallah* precioso, trayéndome recuerdos de los mercados iraquíes que tuve oportunidad de conocer.

Níkolos tomó asiento en el extremo de un sofá mientras yo hacía lo propio en el otro.

—Agradezco la hospitalidad —dije mientras Níkolos servía dos tazas de café humeante.

—No la agradezca aún —dijo con una sonrisa—. Hay un motivo por el que le pedí a Lexi que le trajera.

—Si es para ofrecerme un trabajo...

Níkolos rio mientras deslizaba la taza en mi dirección. —Nada me daría más gusto que tener a alguien con su experiencia al frente de un equipo —dijo Níkolos mientras tomaba su propia taza—. Pero la ventaja que habría tenido de ofrecerle una fortuna como pago desapareció cuando su padre le hizo dueño de una de las empresas de energía más grandes del planeta.

—Sin embargo, aquí estoy —dije antes de dar un sorbo—. Joder, esta cosa está deliciosa.

—Traída directamente de un tostador selecto en Bagdad —dijo Níkolos—. Como dijo: hice mi tarea.

Níkolos bebió de su taza, chasqueó sus labios, y la dejó en la mesa. —Sé que tiene programado un vuelo en un par de horas, así que iré al grano —dijo—. Ambos somos hombres militares, y sospecho que ambos tenemos cierto desdén hacia las pláticas sin sentido de políticos y negocios.

—Políticos, sí —dije sonriendo—. ¿Negocios? Depende.

—Al grano, entonces —dijo Níkolos—. Como puede ver, estoy expandiendo las operaciones de mi compañía. Tengo una instalación como ésta en Nueva York y otra en las afueras de Arlington.

Miré alrededor, y fuera de la ventana hacia los cubículos en el nivel inferior. —¿Igual de equipadas que esta?

—Así es.

—¿Con los mismos permisos que expide el gobierno para porte de armas, transporte blindado...?

—Y accesos a bases de datos gubernamentales e imágenes satelitales en tiempo real —dijo Níkolos.

Asentí y regresé mi atención a él. —Está en números rojos.

Níkolos movió su cabeza de lado a lado. —No, el dinero no es problema para mí —dijo—. Pero si expandiré mis operaciones a incluir actividades paramilitares necesitaré alguien que conozca el entorno mejor que yo.

Dejé mi taza en la mesa. —Pensé que no me ofrecería un trabajo.

—Un trabajo no —dijo Níkolos—. Una sociedad.

Alcé mis cejas y apreté mis labios. —Interesante.

—Mencioné su nombre a mis muchachos de operativos especiales, y dos de ellos le reconocieron como el hombre a cargo de la Unidad Infierno.

Solté una carcajada. —Olvidé que así llamaban a mi unidad.

—¿Por qué el apodo?

—Porque éramos quienes enviaban cuando todo se iba al infierno.

—Eso es lo que necesito —dijo Níkolos—, alguien que...

Escuchamos pisadas fuertes venir de las escaleras, indicando alguien subiendo aprisa. Ambos miramos hacia la puerta y Lexi entró apurada y con su rostro pálido.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Levantó su teléfono. —Todavía tengo configurado mi teléfono para que me notifique si el nombre de Norberto aparece en las bases de datos policiacas.

Detuve mi respiración y recargué mis codos en mis rodillas, esperando lo peor.

—¿Dónde está su cuerpo?

—No, Thomas —dijo Lexi—. No está muerto.

—¿Entonces?

—Necesitas llamar a Camila.

—No voy a...

—¡Pon tu orgullo a un lado y hazlo! —gritó, luego miró a Níkolos—. Lo siento, jefe.

Miré a Níkolos. —Le daré privacidad —dijo, poniéndose de pie, luego salió de su oficina seguido de Lexi.

Saqué mi teléfono y marqué el teléfono de Camila. Mi rostro se tensó. Miré el techo tratando de relajarme y bajar el ritmo de mi corazón, pero éste se detuvo por un momento cuando la escuché contestar.

Sollozó un poco. —¿Sí? —contestó.

—Camila —dije sin poder evitar sonreír—. Hola.

—Thomas —dijo con voz temblorosa.

—¿Qué tienes? —dije.

—Lo siento, Thomas, ahora no puedo...

—Dime —dije, poniéndome de pie—. ¿Pasó algo? —ella sollozó. Miré afuera de la ventana y vi a Lexi hablando con Níkolos, que tenía una mano en su cadera y la otra en su mentón— Camila, háblame.

—Se la llevó, Thomas —dijo—. Se llevó a mi hija.

Miré la pared vacía frente a mí e imaginé a Camila llorando hablando por teléfono. Quedé paralizado un momento, froté mi mano abierta encima de mis labios y respiré profundo mientras la escuchaba llorar.

Escuché algo de movimiento antes de que el llanto de Camila se alejara de la bocina.

—¿Thomas? —preguntó una mujer. Era Lorena.

—¿Qué sucedió? —pregunté sin ocultar mi ira.

—Norberto se llevó a Inés de la escuela —dijo—. Se fue del país.

—¿A dónde?

—A México.

Bajé el teléfono y lo apreté con todas mis fuerzas un instante. —¿Qué dice la policía?

Lorena suspiró. —¿Qué crees que dicen? —dijo— Si está fuera del país no hay mucho que puedan hacer.

Respiré profundo. —Ellos no —dije—, pero yo sí.

Colgué el teléfono antes de que Lorena dijera otra cosa. Salí de la oficina y miré alrededor del área de oficinas mientras bajaba las escaleras. Encontré a Lexi y a Níkolos frente a una estación de trabajo con tres monitores, con ella sentada frente a ellos al teclado.

—¿Quieres que seamos socios? —le pregunté a Níkolos—Te tengo una...

Él volteó y puso su mano abierta en mi pecho. —Lexi me contó —dijo—. Tiene mi ayuda, acuerde ser mi socio o no. Todos los recursos de mi compañía están a su disposición. Hablaremos de negocios cuando recuperemos a esa niña.

—¿Qué tan bien entrenados están tus hombres en extracción de activos vivos en territorio hostil?

—Perfectamente entrenados —dijo Níkolos—. Rescate de Rehenes es una de las operaciones para las que más entrenan.

—Necesitamos entrar y salir de México sin que nos detecten.

—Si usted consigue un avión, tengo contactos que se encargarán de lo demás —dijo Níkolos.

—Lexi —puse mi mano en el hombro de mi amiga—, necesito que hagas tu magia y encuentres a ese hijo de perra.

—¿Qué crees que he estado haciendo? —dijo Lexi sin quitar la vista de sus pantallas.

Solo vi mapas con líneas y números en aquellas pantallas mientras escuchaba el llanto de Camila en mi cabeza. Respiré profundo, enterrando ese coraje que ardía en mi interior, guardándolo para cuando fuera necesario liberarlo.

*“Y esta vez no me detendré,”* pensé.

—Listo —dijo Lexi, apuntando a una de las pantallas—. El avión aterrizó en las afueras de Mazatlán hace menos de una hora, y de ahí fueron a este rancho a un par de kilómetros.

—Esa es mi chica —dijo Níkolos.

—Nunca decepciona —dije, poniendo mi mano en el hombro de Lexi un momento antes de girar hacia Níkolos—. Llévame con tu equipo. Tenemos que planear un rescate.

## Capítulo 29.

*Thomas*

—¿Dónde...? —pregunté a mí mismo mientras examinaba los compartimientos de la habitación dentro del avión en busca de una cobija.

Abrí un cajón y las encontré. Tomé una y la extendí encima de Inés hasta sus hombros. Pobrecita, se había quedado dormida recostada viendo la televisión.

Salí de la habitación y miré hacia el frente del avión, donde el equipo de rescate de Níkolás Reiter hablaba sobre nuestra pequeña operación. Caminé hacia ellos y guardaron silencio al voltearme a ver.

—La niña está dormida —les dije, mirándolos a los ojos uno por uno—. Si alguno de ustedes la despierta se las verá conmigo.

—Entendido, jefe —dijo Jiménez, su comandante, con una sonrisa—. ¿Ella está bien?

—Está tranquila —dije, apoyando mis manos en los asientos—. Hará rico al psicólogo que le ayudará a lidiar con el trauma de haber sido secuestrada por su propio padre, pero está viva, está sana, y está rumbo a casa.

—Salud por eso, jefe —dijo una de las dos mujeres en el equipo, levantando la botella de cerveza en su mano.

Todos susurraron salud, sacándome una sonrisa. Caminé entre ellos rumbo a la cabina.

Al abrirla el piloto volteó de reojo. —¿Todo bien, señor Beringer?

—¿Cuánto tiempo para llegar a Ciudad del Sol?

—Una hora —dijo.

Asentí y regresé a la puerta de la habitación. Me detuve y miré la escotilla por donde bajaría al área de almacenamiento.

La abrí, puse mi mano encima de la pistola enfundada en mi cintura para recordarme que aún estaba ahí, y bajé.

Otro miembro del equipo de rescate estaba sentado en el suelo, mirando un video en su móvil. A unos metros de él, esposado y acostado, estaba Norberto.

El mercenario me miró y apagó su móvil. —Dígame, jefe.

—Necesito un momento a solas con el prisionero —le ordené, mirando a Norberto mientras se sentaba de piernas cruzadas.

—Sí, señor.

Miré a Norberto a los ojos mientras el mercenario se alejaba. Se notaba la ira en ellos, pero la relajación en sus hombros y la forma en que sostenía sus manos me decía que ya había aceptado que no tenía escapatoria.

—¿Cómo están tus costillas? —pregunté— ¿Siguen adoloridas?

—¿Qué chingados quieres?

Tomé la botella de agua en el suelo y se la ofrecí. —Hablar —dije, sentándome en el mismo lugar donde el mercenario había estado.

Norberto tomó la botella, bebió un sorbo, y me la regresó. —No tenemos nada de qué hablar.

—Sí, tenemos —dije—. En una hora estaremos en Ciudad del Sol, y cuando lo hagamos pasará lo siguiente: Le entregaré Inés a Camila —Norberto retorció sus labios un poco—, y tú te entregarás por voluntad propia a las autoridades.

—¿Por voluntad propia? —dijo Norberto entre risas, levantando sus manos esposadas— ¿Y les digo que me puse las esposas por mi cuenta?

Le tomé de una muñeca, y se las quité.

Norberto acarició el dorso de sus manos, mirándome. No me moví, estaba convencido que no haría nada estúpido contra mí tras ver lo que fui capaz de hacerle a los guardaespaldas de su primo.

—¿Por qué habría de hacer lo que dices? —dijo— Podría decirles la verdad: que fui traído contra mi voluntad.

—Podrías hacer eso —dije—, pero jamás volverías a ver a tu hija.

Me incliné hacia enfrente. —Verás, la policía ya tiene el video de tu intento de asesinarme, ya tiene la evidencia de tu pequeña operación de lavado de dinero para tu primo, y ya tiene la denuncia de Camila de secuestro de una menor.

Recargué mi espalda y asentí. —Podrías decir que fuiste traído en contra de tu voluntad, pero... —apunté hacia arriba— ¿quién te va a creer? Todos los testigos trabajan para mí, y todos tus amigos y primo están muertos. No hay nadie que respalde tu historia. Irás a la cárcel por el resto de tus días.

Norberto asintió y recargó su cabeza en la pared detrás de él. —¿O?

—O —junté y separé mis manos frente a mí—, te entregas por voluntad propia, y el fiscal jamás verá el video del aeropuerto.

Respiré profundo. —También te contrataré el mejor abogado para que sirvas tu condena por secuestro y lavado de dinero en una prisión de baja seguridad.

Arqueé una ceja y chasquéé mis labios. —Camila no querrá que vuelvas a ver a Inés, pero cuando ella sea mayor será más fácil para ella visitarte en lugar de una prisión de máxima seguridad.

—¿Y estas heridas? —dijo, apuntando a los moretones en su rostro y las marcas de las esposas en sus muñecas.

—Fuiste secuestrado en México —dije—, y yo contraté a aquel equipo de arriba para rescatarte. Obviamente, los secuestradores no fueron delicados contigo.

—Eres un hijo de puta.

—No tienes idea —le dije antes de ponerme de pie—. Son tus opciones, Norberto. Si fuera mi decisión te habría dejado muerto al lado de tu primo y sus hombres allá en tu rancho, pero tratas bien a Inés, y ella quiere a su padre.

Norberto asintió. —Conque ese es tu plan, ¿verdad? Ser el héroe que le regresa su hija a la zorra de mi exesposa.

Sonreí. —Al fin reconoces que es tu exesposa —dije—. Eso es progreso. Quizá sí haya remedio para ti.

—Púdrete.

—¿Entonces nos entendemos, Norberto? —le pregunté al ponerme de pie— ¿Qué decidirás?

Él cerró sus ojos y bajó su cabeza. —Me entregaré, pero no creas que olvidaré lo que hiciste.

—Más vale que no lo hagas —dije, frunciendo el ceño—, por tu bien.

Di la vuelta, subí las escaleras y regresé a mi asiento. Al cabo de unos minutos el piloto anunció nuestra llegada a Ciudad del Sol. Fui a la habitación y encontré a Inés sentada en la cama

mirando la televisión.

—Hola, cariño —le saludé.

—Hola —dijo sin voltearme a ver.

Me senté en la orilla de la cama. —En un rato volveremos a casa —dije—. Tu mamá te estará esperando en el aeropuerto.

Inés sonrió cuando me miró. —Okey —dijo.

—¿Estás bien? —le pregunté, y ella asintió— ¿Necesitas agua? ¿Quieres un refresco? ¿Unas galletas? —Inés negó, y yo sonreí—. Vale, cariño. Necesitas sentarte y ponerte el cinturón, ¿sí?

Me puse de pie y esperé a que ella bajara de la cama y se sentara en la silla a un lado. Me arrodillé ante ella y le abroché el cinturón. En ningún momento dejé de mirarme. Era como mis días de recluta siendo observado por mis instructores y asegurándose que hiciera todo perfecto.

Caminé hacia la puerta y la abrí. —Thomas —ella llamó, y yo giré—. Gracias.

Sonreí. —De nada, cariño.

Tomé asiento y miré fuera de la ventana mientras descendíamos y aterrizábamos en la pista privada. Mi corazón bombeaba como si estuviera por iniciar la fase crítica de una operación. Caray, ni cuando entramos al rancho durante la madrugada mi corazón palpitaba de esa forma.

Tragué cuanta saliva pude, pero los nervios sólo aumentaron cuando vi los coches y patrullas estacionados fuera del hangar.

El avión se detuvo, y vi a varios metros de nosotros a una multitud esperándonos. Frente a todos ellos estaba Camila, siendo abrazada por Lorena.

—Jiménez —llamé al comandante de los mercenarios—. Esperen a que me vaya con la niña y su mamá antes de salir con el prisionero.

—Sí, jefe.

Me levanté y abrí la puerta de la habitación. Inés saludaba por la ventana. Volteó y corrió hacia mí, sonriendo. Le tomé la mano y esperamos frente a la puerta del avión.

Seguro fue menos tiempo del que percibí, pero la espera pareció eterna. En cuanto la puerta abrió, Inés bajó las escaleras tan rápido como pudo.

—¡Mamá! —gritó cuando iba a la mitad, y sonreí al ver a Camila separarse de Lorena para correr al encuentro de su hija.

Bajé despacio, sin quitarle la mirada a la madre de rodillas abrazando a su hija con todas sus fuerzas. Levanté la vista y alcé el mentón hacia Lorena junto con un guiño de mi ojo. Tanto ella como Reyes no paraban de sonreír.

Me detuve a unos pasos de Camila e Inés. Ella me miró, tenía los ojos llenos de lágrimas, y esa sonrisa suya me obligó a sonreír también. Puse mis manos detrás de mi espalda y ella se puso de pie.

—Ella está bien —le dije.

Camila asintió. —Gracias —dijo entre risas—. Thomas, yo... No sé cómo...

Alcé mi mano abierta. —No tienes nada que agradecer —dije—. Haría lo que fuera por ti, Camila.

—Thomas.

Inés se acercó y tomó mi mano. —Bésala ya, tontito.

Tanto Camila como yo nos reímos a carcajadas, pero la niña tiró de mí y me acercó a su madre.

—Yo no le dije que hiciera eso —le aclaré.

—Lo sé —dijo Camila, arrojando sus brazos alrededor de mi cuello—. Pero qué bueno que lo hizo.

Respiré profundo, mirándole sus ojos destellantes, y esa sonrisa que me tenía hipnotizado. — Camila...

—¡Ya dile que la amas! —gritaron desde la multitud. Levanté la vista y vi a Lexi con sus manos juntas frente a su pecho.

Miré a Camila los ojos. —Te amo, Camila —dije—. Pero no quiero volver a hacerte daño.

Ella suspiró. —Sólo me hiciste daño cuando me dejaste —dijo—. No vuelvas a hacer eso, ¿sí? Sonreí.

—Te amo, Thomas —dijo Camila.

Puse mis manos en sus caderas, y cuando nos besamos hubo fuegos artificiales en nuestras bocas. Cerré mis ojos y una corriente de electricidad sacudió todo mi interior, paró todos mis pensamientos, y sólo pude concentrarme en esa conexión con su cuerpo, y deseé que jamás terminara.

Cuando dejamos de besarnos, Inés tomó mi mano. Abrí los ojos y vi que también había tomado la mano de Camila.

—Tengo hambre —dijo, sonriendo.

—¿Y qué quieres comer, cariño?

—Gofres.

Reí. —Le llamaré a Dante para que los prepare mientras vamos a la mansión, ¿te parece?

Miré a Camila, y ella me dio otro beso rápido en la mejilla antes de tomar mi mano, dar la vuelta, y recibir los aplausos de la gente esperándonos.

Miré a Níkolás, que estaba junto a Lexi. Asentí, y él hizo lo mismo, entendiendo que tenía mi agradecimiento y mi sociedad.

—Guau —dijo Lorena, mirándome de arriba abajo.

—¿Qué?

—Te ves muy bien de militar —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Reí mientras miraba a Lorena, a Reyes, Luciana, Lexi, y me detenía con Camila. —Le prometí a Inés unos gofres en la mansión, ¿nos acompañan?

## Capítulo 30.

### *Camila*

—¡Corre! ¡Corre! —grité a Inés cuando abrí la puerta de la camioneta justo cuando nos cayó el diluvio en las afueras de la mansión.

Ella saltó fuera y corrió a toda velocidad a la entrada, donde Dante ya la esperaba con una toalla.

—Entra —dijo Thomas detrás de mí—, yo meto las maletas.

Giré y le vi empapado, pero no había un solo indicio de que el agua le molestara, a pesar de que su camiseta negra ya estaba pegada a su físico.

Cuando me miró de arriba abajo caí en cuenta que traía una blusa blanca que se transparentaría con el agua. No me importó. Al contrario, quise que él mismo me la quitara en ese momento.

Escuché coches estacionarse detrás de nosotros. Giré y vi a Lorena bajar corriendo mientras Reyes le abría la puerta de atrás a Luciana, y los tres entraron tan rápido que ni nos voltearon a ver.

—Anda —dijo Thomas, poniendo una mano en mi espalda baja.

Giré a verle, puse mi mano en su pecho un momento, y le hice caso. Cuando llegué a la puerta Dante me ofreció una toalla, la cual tomé y sequé mi cabello mientras veía a Thomas colgar su bolsa de deporte en su espalda antes de levantar mi maleta y la de Inés.

—¡Señor, permítame...! —escuché a Dante gritar y dar un paso hacia su patrón.

—Me has visto levantar cosas más pesadas que esto, hombre —regañó Thomas al pasar junto a él. Pasó junto a mí, cruzamos nuestras miradas, y me guiñó el ojo.

Al entrar Thomas dejó el equipaje en la entrada. Tomó la última toalla que Dante traía y se secó su rostro.

—Lleva éstas a las habitaciones que preparaste para Camila e Inés —ordenó Thomas.

—Es sólo unas semanas, en lo que... —dije.

Él giró y sonrió. —Toma el tiempo que necesites —dijo—. Mi casa es tu casa, y de tu hija.

Un gruñido nos hizo voltear a todos a ver a Atlas tirado con su panza al aire mientras Luciana e Inés reían al rascarla.

—¡Qué rica agua! —gritaron detrás de nosotros. Al girar vi a Lexi pasar su mano entre su cabello y escurrirlo en la entrada.

—¿Todo bien con Nicolás? —preguntó Thomas.

Lexi asintió. —Te enviará su plan de negocios esta semana para repararlo, junto con la cuenta por sus servicios.

—¿Así que ahora entrarás en el negocio de la seguridad privada? —preguntó Lorena.

—Probablemente, si su propuesta es sólida —dijo Thomas, volteándome a ver—. Sin duda la calidad de su servicio y capacidad de sus hombres hacen que valga la pena la inversión.

—Sigo sin creer lo que hiciste —dije, cruzándome de brazos.

—Yo les dije a ti y a Lorena que era el mejor en lo que hacía —dijo Thomas, tomándome de la cintura—. ¿Acaso lo dudabas?

Miré a Inés, y sonreí. —Jamás volveré a dudar de ti.

—¿Entonces sí dudabas?

Todos entramos a la sala. Me senté en el sofá de dos asientos mientras Lorena se sentaba junto a Reyes en el otro. Lexi caminó hasta el carrito de licores, y Thomas tomó asiento en el descansabrazos junto a mí.

—¿Qué pasará con Norberto? —preguntó Reyes.

Mi estómago se retorció al escuchar su nombre. Miré a Thomas y él cruzó sus brazos sin quitarle la vista a Lorena.

—Negocié con el fiscal como me lo pediste —dijo, asintiendo—. Si coopera y se declara culpable, será condenado a la pena mínima por lavado de dinero y será encarcelado en la penitenciaría estatal de baja seguridad.

—Eso hará —dijo Thomas.

—Pero, ¿el cartel para el que trabaja no buscará represalias? —preguntó Reyes.

—No causarán problemas —dijo Thomas al recibir un vaso de whisky que Lexi le entregó.

—No puedo creer que al fin está fuera de mi vida —dije.

—En realidad jamás estará fuera de tu vida —dijo Reyes, ganándose una mirada—. Digo, sigue siendo el papá de Inés. ¿Qué pasará si ella quiere verlo?

Suspiré y recargué mi cabeza contra la cadera de Thomas. —No lo sé, no quiero pensar eso ahora.

Lorena pellizcó el muslo de Reyes. —Como sea —dijo ella, mirando a Thomas— ¿qué vamos a comer?

—Dante está preparando gofres —dijo Thomas—. Es lo que Inés quería comer, y le prometí los mejores gofres del mundo.

—¿Y estás dejando que Dante los haga? —preguntó Lorena, y reí al notar el tono de indignación de su voz— ¿Qué les pondrá?

Miré a Thomas y estaba boquiabierto. —Harina, supongo. ¿Huevos? ¿Leche?

—No, no, no —Lorena se puso de pie y se dirigió a la cocina.

—¿Deberíamos detenerla? —preguntó Lexi.

—¿Sí sabe preparar gofres? —preguntó Thomas a Reyes.

—Thomas, me agradas, pero no arriesgaré mi matrimonio al contestar esa pregunta —dijo, sacándonos una carcajada a todos.

Mi teléfono sonó, y cuando encendí la pantalla noté la poca batería que le quedaba. Puse mi mano en el hombro de Thomas y le miré a los ojos. —¿A qué habitación llevó Dante nuestras maletas?

Thomas sonrió mientras me hacía señas con su dedo de que me acercara más. —Sus maletas están en la habitación principal—susurró.

Alcé mis cejas. —¿Esperas que los tres durmamos en la misma cama?

Thomas rio. —Dormiré en la caseta de la piscina.

—Nosotras podemos dormir ahí —dije.

—Insisto —dijo Thomas, tomándome de la cadera.

—Dilo otra vez —susurré, acariciándole sus mejillas.

—¿Decir qué?

—Lo que me dijiste en el aeropuerto.

Él sonrió. —Te amo.

Suspiré. —Yo también te amo.

Nos dimos un rápido beso y caminé rumbo a la escalera principal. Vi a Inés sentada en los escalones con Luciana hablando mientras rascaban detrás de las orejas de Atlas.

—¡Y luego pum! —dijo Inés— ¡Thomas atravesó la puerta de una patada!

—¿De qué hablan? —me quedé frente a ellas con los brazos cruzados.

—Inés me está contando cómo Thomas la rescató.

—Mamá, dime la verdad —dijo Inés, mirando a mis ojos—: ¿Thomas es un superhéroe?

—¿Qué? —reí.

—Es que cuando llegamos al rancho mi papá tenía muchos amigos feos con él, pero cuando Thomas me sacó ya no había ninguno, como si los hubiera hecho desaparecer. Sólo tenía a mi papá en esposas esperándome en la entrada.

“*Gracias a Dios no vio nada feo,*” pensé.

—Hija, ¿puedes irle a ayudar a tu mamá? —le dije a Luciana.

—¿Dónde está?

—En la cocina, ayudándole a Dante con los gofres.

—Ay no —dijo Luciana antes de levantarse y correr tan rápido como pudo, seguida de Atlas.

—No hemos hablado de esto, cariño —le dije a Inés, que me miraba atenta—, ¿pero estás bien?

Ella asintió. —Sí.

—¿No viste nada feo con tu papá o cuando Thomas te rescató?

Inés negó con la cabeza. —No me gustaban los amigos de mi papá —dijo—. Hablaban muy feo y me daban miedo. Los amigos de Thomas fueron muy amables. Tenían unas pistolas así de grandes —abrió sus manos a los lados.

—Vente —le tomé la mano—, vamos a cambiarte.

—Sí —dijo—. Esta ropa me pica.

Caminamos hasta la habitación principal. Nuestras maletas estaban encima de la cama. Abrí la de Inés, y dejé que ella sacara una blusa color chicle y unos jeans.

—Mamá —dijo Inés—, papá irá a la cárcel, ¿verdad?

Respiré profundo. —Sí —dije, cruzándome de brazos—. Pero no dejará de ser tu papá. Podrás irlo a visitar cuando tú quieras.

Inés me miró y negó con la cabeza. —No quiero, mamá. ¿Tengo que hacerlo?

Me arrodillé y la abracé, aguantando las lágrimas de mis ojos. —No, mi amor —dije—. Pero es importante que sepas que podrás irlo a ver cuando tú quieras.

—Ahorita no —dijo—. Estoy muy enojada con él.

—Está bien —dije, cerrando mis ojos—, cuando se te quite lo enojada, ¿va?

Me levanté y fui hacia la ventana, tallándome las mejillas de las lágrimas. Miré afuera y respiré profundo el aroma de la tierra y hojas mojadas. Crucé mis brazos y temblé un poco con la brisa fresca entrando por la pulgada abierta.

Vi a Thomas caminar hacia la caseta de la alberca, cargando su bolso deportivo. Miré mi reflejo en el cristal de la ventana y noté mi sonrisa.

—Mamá —llamó Inés.

—¿Sí? —dije sin quitar la vista de la caseta, esperando la salida de Thomas.

—¿Ahora vamos a vivir aquí?

Giré y me encogí de hombros. —Un rato, solamente —dije—. Mientras encuentro otra casa donde vivir.

—¿Por qué no nos podemos quedar aquí para siempre? —dijo con una sonrisa— ¡Podría jugar

con Atlas todos los días! ¡Y Dante podría hacernos gofres todas las mañanas!

Solté una carcajada y asentí. —Ya veremos.

Inés se acercó y me abrazó. —Me gusta cómo sonríes cuando Thomas está cerca.

—¡Largo! —escuché gritar a Dante desde la planta baja— ¡Tiene prohibida la entrada a mi cocina!

—¿La tía Lorena? —preguntó Inés.

Asentí y reí. —La tía Lorena.

—Ella tiene la culpa —dijo Inés mientras salíamos de la habitación—. Dante hace gofres más ricos.

—No le digas eso —dije entre risas.

Al llegar a las escaleras vi a Thomas aguantando la risa mirando hacia la cocina con los brazos cruzados. Pensaba que había ido a cambiarse, pero quedé aliviada al verlo ahí con su misma vestimenta militar.

Giró hacia nosotros mientras bajábamos las escaleras, y su sonrisa creció con cada paso que bajábamos.

—¿La tía Lorena arruinó los gofres? —preguntó Inés.

—No lo sé —dijo Thomas—, ¿por qué no vas a ver?

Ella entró a la cocina. Yo me acerqué por detrás y abracé a Thomas.

Él puso sus manos encima de las mías, y yo recargué mi frente contra su espalda. —No quiero que este día termine —dije.

—Terminará —dijo Thomas—, pero podemos tener cientos como este. Mejores, incluso.

Sonreí y suspiré.

## Capítulo 31.

*Camila*

—¡No! —le dije a Thomas mientras sostenía la puerta abierta de la camioneta— ¡No sabes lo que me estás pidiendo!

—Sé perfectamente lo que te estoy pidiendo, cariño —dijo con su mueca traviesa—. No estoy seguro de la sabiduría de lo que te estoy pidiendo, pero...

—¡Ves! —le dije— Sin duda es una mala idea.

—Que manejes de aquí a la mansión no es una mala idea —dijo Thomas, moviendo la cabeza de lado a lado.

—No tienes idea de lo que estás diciendo —dijo Inés desde el asiento de atrás.

Thomas y yo volteamos a verla. —No estás ayudando —dijo él entre risas.

—Estoy viendo por el bienestar de los tres —dijo la niña encogiendo los hombros.

—Vale, me rindo —dijo Thomas, levantando sus manos. Le tiré un beso antes de que cerrara la puerta. Vi cómo caminó frente a nosotros saludando a alguien que pasaba en su coche antes de subir al lado de conductor—. Esto no ha terminado.

—¿Te dije que te amo el día de hoy? —dije entre risas.

—En múltiples ocasiones —dijo Thomas con una sonrisa—, pero no por eso te salvarás de aprender a manejar.

—Por cierto —dijo Inés, asomándose entre los asientos.

—¡Siéntate bien! —le dijimos Thomas y yo al mismo tiempo.

La miré hacer puchero mientras se recargaba hasta atrás en el asiento. —¿Qué ibas a decir?

—Saqué diez en matemáticas —dijo con una sonrisa—, y en historia, y en ciencias.

—¿Y en español? —preguntó Thomas.

Inés sonrió y levantó sus manos abiertas mientras articulaba “diez” en sus labios.

—Esa es mi chica —dijo Thomas mientras detenía la camioneta en la luz roja. Presionó un par de botones en la pantalla táctil, y escuchamos las bocinas emitir el tono de llamada.

—¿Aló? —contestó Lexi.

—Aquí Águila Uno —dijo Thomas—. Adelante con Operación Canario.

—¡Nunca dude de ti, mocosa! —gritó Lexi— Estaré lista para cuando lleguen a la mansión.

—¿Lista con qué? —pregunté, extrañada.

Inés se levantó de su asiento y asomó la cabeza entre los asientos de nuevo, mirando a Thomas. —¿No le dijiste?

—¡Siéntate bien! —dijimos Thomas y yo al mismo tiempo.

Cuando Inés hizo caso giré a ver a Thomas. —¿Decirme qué?

—Algo que le prometí podría hacer con Lexi si sacaba diez en esas cuatro materias —dijo Thomas a regañadientes.

Entrecerré mis ojos. —¿Qué le prometiste?

Él miró por el espejo retrovisor antes de verme a los ojos. —Le prometí que Lexi podría llevarla a volar en el helicóptero.

—¡Qué! —exclamé.

—Antes que digas algo Lexi es una excelente piloto e Inés estará perfectamente a salvo.

—No me preocupa su seguridad, ¿a mí cuándo me piensas llevar a pasear en helicóptero? — dije fingiendo tanta indignación como pude.

—¿No te preocupa mi seguridad? —preguntó Inés.

Thomas se encogió de hombros. —¿No le tienes miedo a las alturas?

—Sí, pero...

—Por eso.

—¿Y cuándo me pensabas pedir permiso? —le pregunté a Inés.

Verlos a ambos retorcerse del arrepentimiento fue demasiado como para no aguantar mis carcajadas.

—Eres malvada —dijo Thomas.

—¿Entonces sí puedo? —preguntó Inés.

Asentí. —Por supuesto que sí —giré a ver a Thomas—. Para la otra avísame cuando quieras consentir a mi hija con algo tan extravagante.

Llegamos a la mansión. Por el ruido pude asumir que el helicóptero estaba aterrizado en el helipuerto a unos metros de la piscina en el claro de los jardines.

Inés salió corriendo de la camioneta hacia la puerta, donde Dante apenas alcanzó a esquivarla.

—¿Hace mucho que llegó Lexi? —preguntó Thomas.

—Unos minutos, señor —dijo, entregándome un sobre blanco con bordes dorados—. Me encargo les entregara esto.

—¡La invitación de su boda con Dora! —brinqué al verla— ¡El sobre está hermoso!

—¿Has ido a Washington, Dante? —preguntó Thomas mientras ambos le seguíamos dentro de la mansión.

—No, señor.

—Te encantará —dijo Thomas.

Dante se detuvo junto a la puerta de los jardines. —Estaré esperando con ansias, señor —dijo—. ¿Qué gustaría cenar?

Miré a Thomas y él sólo sonrió. —Brisket con puré de papa —dije.

Dante apretó sus labios. —Necesitaré salir a comprar la carne.

—Muy bien, Dante —dijo Thomas dándole una palmada en los hombros—. Gracias.

Salimos juntos hasta la piscina, desde donde vimos a Lexi decirle algunas cosas a Inés antes de ponerle un casco de aviadora y ayudarle a subir al helicóptero. Ambas voltearon y agitaron sus manos despidiéndose antes de subir.

Thomas me abrazó por la espalda, y recargué mi cabeza contra su mejilla mientras mirábamos el helicóptero elevarse y alejarse.

—¿Cuánto tiempo estarán fuera? —pregunté.

—Supongo que una hora, más o menos —dijo Thomas, deslizado sus manos debajo de mi blusa, acariciándome mi abdomen.

Sonreí y restregué mis labios contra su mejilla. —No hagas eso —le susurré.

—¿Hacer qué? —subió su mano por debajo de mi blusa, despacio, dejando que las puntas de sus dedos se deslizaran encima de mi piel en su trayecto a mis pechos.

—Estamos aquí afuera —me quejé con una sonrisa, frotando el antebrazo de su mano traviesa.

—¿Y? —dijo Thomas— Dante se fue a comprar las cosas de la cena, Inés se fue con Lexi, y los jardineros no vendrán hasta mañana.

—Tengo que regresar al trabajo —suspiré cuando sus manos tomaron mis pechos y apretaron encima de mi sujetador.

—Claro que no —susurró.

—¿Y si me despiden?

Thomas rio. —Entonces tu supervisor tendrá una plática muy seria con el dueño de la compañía.

Solté una carcajada que se volvió un gemido cuando deslizó mi sujetador hacia arriba, liberando mis senos, para después tomarlos en cada mano y apretarlos.

—Uy, señor Beringer —gemí, restregándome contra su cuerpo.

Giré y le miré a los ojos mientras desabotonaba mi blusa.

Él se quitó su chaqueta y la arrojó encima de un camastro junto a la piscina.

Desbroché mi sujetador y lo dejé caer frente a mí. Tomé la corbata de Thomas y se la quité tan rápido como pude considerando la distracción de sus manos recorriendo mi espalda baja y nalgas.

Me estremecí cuando encontró la bragueta de mi blusa. Abrí su camisa y pasé mi mano encima de sus pechos, respirando agitada y mirando de reojo hacia la mansión en busca de algún par de ojos que podría estarnos mirando.

La excitación superó el nerviosismo.

Él deslizó sus manos debajo de mi falda, apretó mis nalgas, y presionó sus labios contra los míos.

Dimos unos pasos hacia atrás mientras nuestras bocas se rehusaban a despegarse y declarar una de nuestras lenguas ganadoras de la danza ocurriendo entre ellas en aquel momento.

Pero no contábamos que se nos acabaría el suelo. Uno de mis pasos hacia atrás no encontró soporte demasiado tarde para evitar que cayera de espaldas a la piscina. Por instinto me aferré al brazo de Thomas, pero también fue tomado desprevenido, y caímos juntos a la piscina.

Salí rápido a la superficie, carcajeándome igual que Thomas.

—¡Ves lo que provocas! —le regañé, parándome de puntas en el suelo de la piscina y arrojándole agua al rostro.

Thomas alcanzaba a asomar de la mitad de su pecho hacia arriba. Pasó su mano encima de su cabello y caminó hacia mí.

—No me disculparé por no poder dejar de tocarte —dijo antes de tomarme de la cintura y levantándome con demasiada facilidad.

—¿No? —dije, abrazándolo del cuello con mis brazos. Tiré un par de patadas para liberarme de mi falda bajo el agua para luego abrazarle de las caderas.

La brisa no estaba fresca, pero estar mojada la hacía parecer una caricia deliciosa contra mi cuello, nuca, y clavícula. Jamás había estado en una situación así en una piscina, y estar con el hombre de mis sueños me hizo pensar que quizá estaba soñando.

Llegamos a la orilla de la piscina, y puse mis manos encima del borde. Thomas me bajó, y sin quitarnos la mirada de los ojos él deslizó mis bragas hasta la rodilla, donde de un par de patadas lentas logré deslizarla a mis tobillos y liberarme de ella mientras él desabrochaba su pantalón y lo bajaba.

Arremetió su boca contra la mía, y le recibí cerrando los ojos y entregándole mi sabor con la misma intensidad que él deseó saborearme. Al instante que sus manos se aferraron a mi cuerpo mis piernas supieron que era momento de abrazarle de las caderas.

Mis profundidades temblaron exquisito al recibirlo. El apoyo que tenía en el borde de la piscina me permitió arquear mi espalda y ponerme en un ángulo que habría sido demasiado

cansado hacerlo fuera del agua.

Aunque un hombre con la fuerza de Thomas no habría tenido problemas para ello, y sin duda no tenía ningún problema llevándome al borde en instantes con sus embestidas y gruñidos y quejidos.

Deslizó una mano encima de la mitad de mi cuerpo bajo el agua sin alterar su ritmo en lo más mínimo. Una mano parecía serle suficiente para sostenerme de la cintura y llevarme una estocada a la vez hasta el cielo.

Su mano subió por mi cuerpo, saliendo del agua y, combinada con la exquisita brisa y la humedad ya presente en mi piel encendió mi interior de tal forma que ninguna cantidad de agua podría disminuir.

Aquella intensidad se esparció por todo mi cuerpo, y perdí noción de todo excepto de Thomas, de esos ojos suyos mirando los míos, de vez en cuando distraídos por mi cuerpo entregado por completo al suyo.

Sus ojos me hablaban, me decían cosas deliciosas, pero había un brillo nuevo, una energía palpable emanando de ellos cuando me tenía a su merced.

Me prometía con la mirada que jamás me haría daño, que jamás me provocaría algo que no fuera felicidad, dicha, pasión, y todo aquello que esa promesa implicaba.

Sonreí, y estiré una de mis manos hacia su cuello, aferrándome a él, y entendió que mi cuerpo requería mayor intensidad, que estaba ante la puerta del éxtasis y requería que él la tumbara como tumbó los muros alrededor de mi corazón impidiéndome entregarme de cuerpo y alma a alguien otra vez.

Y lo hizo. ¡Joder, lo hizo!

Explotó junto conmigo, llenándome de su ser al mismo tiempo que cada músculo de mi cuerpo se tensaba tanto que no fui capaz de liberar el grito atorado en mi pecho junto a mi corazón acelerado por el enorme placer que sólo Thomas había logrado introducir en mi vida.

Cuando al fin pude gritar, lo hice entre risas, deleitada ante el hombre de mi vida, el hombre que había regresado a mí tras haber ido al infierno siendo un muchacho. Un hombre que compartió conmigo su fuego.

—Las cosas que me provocas hacer —dije jadeando.

—¿Es queja? —preguntó, también jadeando. Imposible saber si la humedad en su frente era sudor o agua.

—Nunca —dije, abrazándolo—. Te amo tanto, Thomas Beringer.

Él me tomó de la cintura y me sostuvo como si soltarme significara dejarme ir para siempre.

—Te amo, Camila —dijo.

Escuchamos una puerta azotarse, y yo me pegué al cuerpo de Thomas mientras él miraba alrededor.

Un golpeteo contra el suelo nos hizo voltear en dirección de la mansión, y vimos a Atlas acercarse a la orilla de la piscina.

Thomas y yo nos carcajamos mientras el perro se sentaba y nos juzgaba con la mirada unos instantes antes de darse la vuelta, tomar uno de mis zapatos, y alejarse caminando.

—¿Es en serio? —pregunté entre risas.

—¡Atlas! —gritó Thomas, pero el perro ni siquiera volteó a verlo. Regresó su atención a mí, y le acaricié la mejilla— Tendré que comprarte otro par, ¿verdad?

Asentí. —Me temo que sí —dije entre risas.

Thomas pegó su frente a la mía. —Lo que tú quieras, cariño. Lo que tú quieras.

# Epílogo

*Thomas*

Tomé asiento detrás del escritorio de mi padre.

Miré alrededor de su despacho en la mansión. Cambié muy pocas cosas desde que regresé a la mansión dos años atrás: restauré el cuadro detrás del cual tenía la caja fuerte, instalé una televisión digital en el muro opuesto al escritorio, e instalé clima artificial.

Todo lo demás estaba como mi padre lo había dejado. Los sillones de piel, su gigantesco escritorio de madera, y la comodísima silla donde yo estaba sentado.

—¿Amor? —gritaron desde afuera de la oficina.

—Aquí, cariño —contesté, mirando el ordenador encendido con mis correos electrónicos desplegados.

Camila entró y apoyó su mano contra el marco de la pared. Sonreí al verle su gigantesca barriga. Cualquiera que la viera pensaría que daría a luz en cualquier momento, pero el doctor nos aseguraba que quedaban un par de semanas más de embarazo.

Entró y caminó hacia el sillón, donde se dejó caer con un quejido.

—¿Todo bien? —pregunté sin quitarle la mirada de encima.

—Sí —dijo, subiendo sus piernas extendidas en el sillón—. Ya quiero que me saquen esta niña.

Reí al levantarme. Caminé hacia ella y me arrodillé frente a sus pies. Los tomé en mis manos y froté despacio. La miré y tenía los ojos cerrados con una sonrisa boquiabierta.

—Dios, se siente tan bien —dijo.

Mi teléfono sonó, y cuando Camila abrió sus ojos fue para amenazarme con la mirada.

—Si te detienes, te mato —dijo.

—Podría ser Lexi —dije, deslizando mi pulgar por toda la planta de su pie—. Los nervios se la están comiendo viva.

—Estar a punto de ser mamá hace eso—dijo Camila—, no puedo creer que ella y Dora al fin vayan a adoptar a un niño.

Me detuve y la miré. —Hay algo que deberíamos hacer.

—¿Qué?

—Casarnos.

Camila soltó una carcajada que detuvo al notar que no reía junto con ella. —¿Hablas en serio?

Saqué de debajo del sillón una cajita aterciopelada. —Encontré esto el otro día entre las pertenencias de mi padre —abrí la cajita, y Camila quedó boquiabierta al ver el anillo de plata con diamantes incrustados alrededor del aro—. El anillo de mi madre. Él lo guardó.

—Thomas —Camila se sentó y cubrió su boca con sus manos.

—Llevas dos años “buscando un lugar dónde quedarte” —dije con una sonrisa, tomando la mano de Camila—, y en esos dos años hemos vivido juntos como una familia, y pronto estará por expandirse —froté su barriga—. Creo que es hora de reconocerlo y hacer lo que debimos haber hecho hace rato.

—¿En serio, Thomas? —Camila pasó su mano entre su cabello— ¿Me pides matrimonio cuando estoy toda hinchada, sin maquillar, sin peinar, y...?

—Llevo semanas tratando de llevarte a cenar a Peccati pero...

—Yo sé, he sido un fastidio —dijo Camila entre risas.

—Jamás podrías ser un fastidio —dijo Thomas—, luego me di cuenta que no necesitaba llevarte a ningún lugar especial, ni encontraría un momento especial, porque todo momento que paso contigo es especial.

Camila suspiró y asintió.

—Así que, Camila Sant...

—¡Sí!

Solté una carcajada. —¿Me dejas terminar, mujer?

—¡No quiero! ¡Ya quiero decirlo! —dijo Camila asintiendo más rápido— ¡Sí, quiero casarme contigo!

El grillo de emoción viniendo desde el pasillo delató la presencia de Inés.

—¡Te dije que diría que sí! —dijo la niña, cargando al enorme cachorro de mastín tibetano negro en sus brazos.

—¿Tú sabías? —preguntó Camila.

—Tenía que pedirle permiso a alguien —dije, tomando su mano y deslizando el anillo de mi madre en él—. Perfecto.

—¿Cómo rayos planeaste esto? —preguntó Camila, mirando el anillo en su dedo.

—Todos los días desde el último mes entras aquí y te sientas en ese sillón a descansar mientras trabajo —dije, sonriendo.

—Iba a hacerlo ayer, pero Hércules se llevó la cajita y tuvimos que atraparlo —dijo Inés, dejando al perro en el suelo.

—¿Por eso lo perseguían ayer? —preguntó Camila, bajando su mano cuando Hércules se acercó a ella, se levantó en dos patas, y recargó en su pierna— Travieso hermoso. Eres igualito a tu papá.

—¿De verdad no me lo puedo llevar? —preguntó Inés.

Camila me miró y yo sonreí. —Ya obedece cuando Inés lo trae de la correa.

Mi futura esposa suspiró y apuntó a su hija. —Lo traerás contigo a todo momento.

—Sí, mamá.

—Lo llevarás al baño y recogerás su tiradero tú solita.

—¿Entonces sí puede venir con nosotros?

Camila me miró. —¿Puede subirlo al avión?

—Somos los dueños del avión, cariño —dijo Thomas—. Por supuesto que sí.

Mi teléfono sonó otra vez. Lo saqué y sonreí al ver la foto de Lorena en el identificador de llamadas.

—Dijo que sí —contesté.

Tuve que separar el auricular de mi oído al escuchar el grito de emoción de nuestra querida amiga. Camila e Inés rieron mientras que Hércules ladraba al mismo tiempo que caminaba hacia atrás.

—¡Felicidades a los dos! —dijo por el altavoz— ¡Por fin!

—Gracias —dijo Camila.

—¿A qué hora vuelan a Washington?

—La grúa viene más tarde para levantar a Camila del sillón —dije, ganándome un manotazo de

Inés y Camila al mismo tiempo.

—¿Entonces no vendrás a la oficina hoy?

—No —dije, mirando el reloj de pared en la pared a un lado del escritorio—. Iré a mi terapia con tu marido, y luego vendré por mis chicas.

—Vale, yo me encargo del fuerte mientras no estás.

—Me parece perfecto, señora presidenta —dije con una sonrisa.

—Dilo bien.

Negué con la cabeza. —Señora presidenta de la mesa directiva.

—Ay, qué bonito se oye eso —dijo Lorena entre risas—. Buen viaje a los dos.

—Dígale a Luciana que le llamo cuando llegue —dijo Inés.

—Lo haré, cariño.

Colgué la llamada, y pillé a Camila mirando su anillo con su adorable sonrisa en su rostro.

—¿Ya tienes todo empacado? —le pregunté.

—Necesito algo de ayuda con...

—Disculpe, señor —dijo Dante desde la puerta. Traía consigo el teléfono inalámbrico—. Tengo una llamada por cobrar para la señorita Inés del señor Norberto.

Inés volteó a ver a Camila y ella asintió. —Acepta los cargos —le dijo Camila a Dante, luego miró a su hija—. Salúdame a tu papá.

—Sí, mamá —dijo Inés, luego corrió hacia Dante y tomó el teléfono—. ¡Hola papá! ¡Te tengo una buena noticia: mi mamá me llevará a visitarte cuando regresemos!

Miré a Camila. —La puedo llevar yo, si quieres.

Ella puso su mano encima de su barriga. —Me harías un enorme favor.

—Dalo por hecho —me puse de pie y tomé a Camila de las manos para ayudarle a ponerse de pie.

Salimos de la oficina tomados de la mano, pero luego de dar un par de pasos hacia nuestra habitación Camila se detuvo.

—¿Qué sucede? —giré rápido y vi que tenía su mano encima de su barriga.

—Siente —tomó mi mano y la puso encima de ella. Mi corazón se aceleró y sonreí tanto como pude cuando sentí a nuestra pequeña dar varias pataditas.

—Serás karateca —dije, frotando con mi otra mano otra parte de su barriga—. O baterista de banda de rock.

—O soldada, como su papá —dijo Camila.

—O mujer de negocios, como su mamá —dije, sonriendo—. ¿Aún no te decides?

Ella miró su anillo y suspiró. —Sí, creo que sí.

—¿Y bien? —dije sin parar de sobarle su barriga—. Llevamos meses sin decidir cómo le pondremos a nuestra hija.

—¿Qué te parece Alba? —preguntó Camila.

—Como mi madre —sonreí, y en ese momento otra patadita golpeo donde tenía una de mis palmas—. ¿Te gustó ese nombre? Dos para sí, uno para no.

Camila rio. —Creo que dijo que sí.

—Alba, entonces —dije, luego miré a Camila—. Me gusta.

Camila acarició mi rostro y sonrió. —Te amo, Thomas.

—Te amo, Camila.

*FIN*

BACKMATTER



Con su amor sanarán las heridas en sus corazones.

Briseida Figueroa le ha prohibido al amor entrar a su vida, pues el mundo está lleno de patanes que sólo la quieren para sexo y ya ha tenido suficiente. No abrirá su corazón a nadie, aunque el nuevo dueño de su trabajo le hace dudar de su determinación. Su presencia basta para tentarla de cometer una indiscreción en sus últimos días con la compañía.

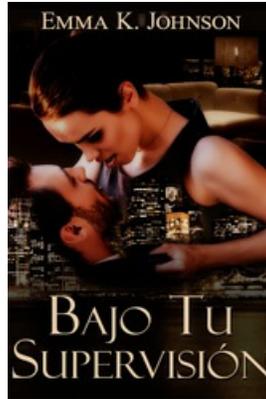
La vida de Níkolos Reiter es hueca y carente de sentido tras la muerte de su esposa años atrás. Él daría todo su dinero con tal de una pizca de la felicidad que alguna vez tuvo, aunque esa chica alocada y magnética en su compañía recién adquirida le provoca hacer lo que él creía imposible: sonreír otra vez.

Un tiroteo en el lugar de trabajo los unirá y encontrarán que juntos podrían darle ese sabor único a su vida que no sabían que añoraban hasta conocerse. ¿Podrán vencer al dolor que les impide ver lo felices que podrían ser si tan solo se dieran la oportunidad?

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!](#)



Su pasión atravesará las barreras de lo prohibido.

Serena Vallarta añora ser la única mujer en el mundo para un hombre digno de su amor, pero parece que los hombres las prefieren más putas y menos ocupadas. ¿Por qué ha de ser diferente con el ex esposo de su hermana, con quien ahora debe trabajar?

Tener una pareja sublime por dentro y hermosa por fuera es lo ideal para Alek Carvalho, pero las mujeres en su vida tienden a dejarlo cuando más pueden hacerle daño. Sin duda la singular asociada a quien supervisa lo lastimará como ellas si se lo permite.

Ambos saben que la irresistible atracción entre ellos no debería existir, pero reprimir el desbordante deseo que crece con cada segundo juntos sólo hace que crezca en exquisita intensidad y desate tentadores pensamientos.

¿Serán capaces de ver más allá de lo que creen que no debería ser, y permitirse un amor como ningún otro en sus vidas?

NOTA: Esta obra solía titularse “No Me Quitarás A Tu Ex”. Lo único distinto es el título. El contenido es el mismo.

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!](#)



En su amor está el exquisito equilibrio entre los negocios y el placer.

Emilia Salazar está harta de que todos los hombres que conoce no quieren más que sexo. Decide enfocarse en su nuevo trabajo como secretaria del dueño y presidente de una empresa multimillonaria. Pero su nuevo jefe despierta emociones poderosas e irresistibles desde cada rincón de su ser. Trabajar para él es una tormentosa delicia que la tiene siempre al borde de cometer una deliciosa indiscreción.

Para Jerrold Chandler no hay nada por encima de su empresa en su vida. Ni siquiera el amor. Pero su nueva secretaria no es como otras mujeres que sólo lo quieren por lo que puede ofrecerles. Es una mujer de sueños propios, voluntariosa, un alma salvaje. Es todo lo que él no sabe que le falta.

La vida los unirá a pesar de sus protestas, y cuando al fin logren estar juntos sus respectivos pasados pondrán a prueba su pasión. ¿Podrán encontrar en su amor la felicidad que ambos añoran en sus vidas?

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!](#)

¡Gracias, cariño, por leer hasta el final! Espero hayas disfrutado la lectura tanto como disfruté escribirla.

Te invito a que me dejes tu opinión sincera de mi trabajo. Me encantaría saber lo que **te gustó** y lo que **no te gustó**. Eso me ayudaría mucho a crecer como autor y darte en un futuro muchísimo mejores lecturas.

Si deseas conocer todas mis obras puedes verlas en mi Página de Autor en [Amazon USA](#), o en [Amazon España](#).

¿Quieres estar en contacto conmigo? Te dejo mi Página de Autor en [Facebook](#).

Nos vemos pronto.

Un besito donde más te plazca.

*Emma H. Johnson*